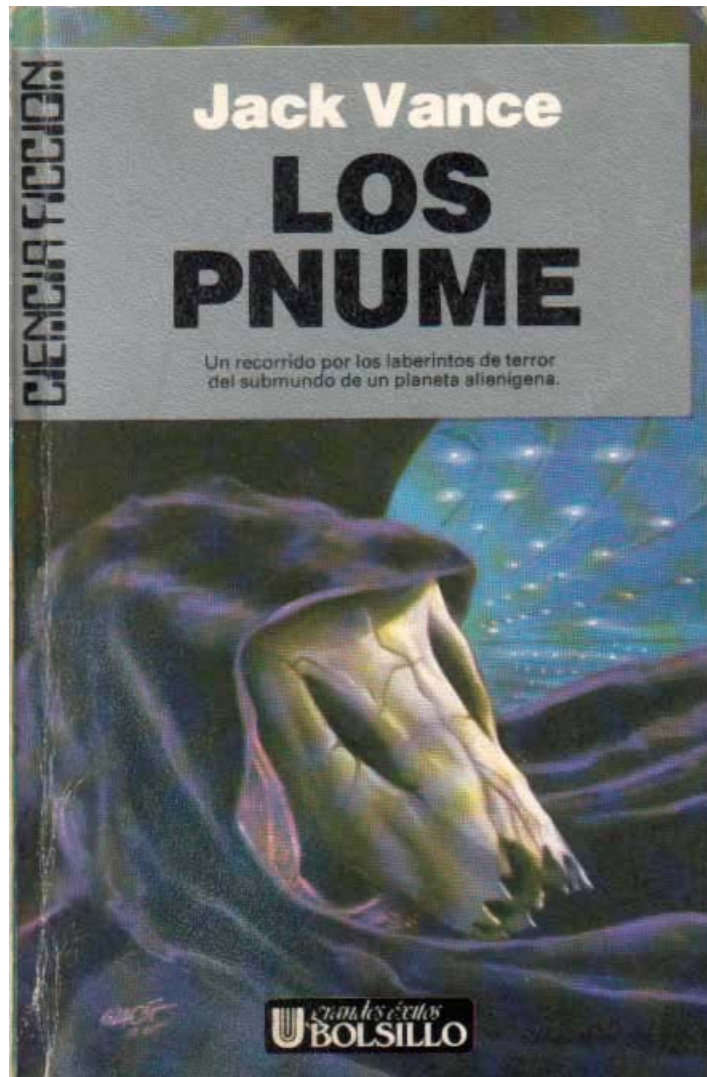


LOS PNUME



Ciclo de Tschai, el planeta de la aventura/4

Jack Vance

Título original: The Pnume (Planet of Adventure, IV).
Traducción: Domingo Santos. Portada: Antoni Garcés.

1 ° edición: junio 1986. 2' edición: abril 1988.

© 1970 by Jack Vance.
© Ultramar Editores, S.A., 1986. Mallorca, 49.'x' 32124 00. Barcelona—08029. ISBN: 84—7386—
385—2. Depósito legal: NA—283—1988. Fotocomposición: Fénix, servicios editoriales / TCE.
Impresión: Gráficas Estella, S.A., Estella (Navarra), 1988. Printed in Spain.

Digitalizado por Electronic Sapiens – corregido por ch0kl0 – agosto de 2003

LOS PNUME

1

Aila Woudiver permanecía sentado, perchado en un taburete, en el almacén al borde de las llanuras de sal de Sivilshe. Llevaba una cadena que unía el collar de hierro que rodeaba su cuello a un alto cable; podía caminar de su mesa al pequeño cubículo adosado a la pared donde dormía, arrastrando la cadena tras él.

Aila Woudiver estaba prisionero en sus propios dominios, insulto sobre injuria, lo cual hubiera debido provocar en él espasmos de rechinante furia. Pero permanecía plácidamente sentado sobre el taburete, con sus enormes posaderas colgando blandamente a cada lado como flácidos talegos, exhibiendo una absurda sonrisa de santa paciencia.

Adam Reith vigilaba atentamente junto a la nave espacial que ocupaba la mayor parte del almacén. La abnegación de Woudiver era más inquietante que la furia. Reith esperaba que, cualesquiera que fuesen los planes que estaba maquinando Woudiver, no madurasen demasiado pronto. La nave espacial era ya casi operativa; Reith esperaba poder abandonar el viejo Tschai en más o menos una semana.

Woudiver estaba ocupado tejiendo una labor de encaje, y de tanto en tanto alzaba su trabajo para contemplar el dibujo a trasluz... la esencia misma de la paciente afabilidad. Traz penetró en el almacén y frunció el ceño hacia Woudiver, y resumió en una sola frase la filosofía de sus antepasados, los nómadas Emblema:

—¡Matémoslo ahora mismo; matémoslo y terminemos con esto!

Reith lanzó un gruñido inconcreto.

—Está encadenado por el cuello; no puede hacernos ningún daño.

—Encontrará un medio. ¿Acaso has olvidado sus trucos?

—No puedo matarlo a sangre fría.

Traz lanzó un gruñido de disgusto y salió pisando fuerte del almacén. Anacho, el Hombre-Dirdir, contempló su marcha y dijo:

—Por una vez estoy de acuerdo con el joven vagabundo de las estepas: imata a esa maldita bestia!

Woudiver, captando la esencia de la conversación, desplegó su más gentil sonrisa. Había perdido peso, observó Reith. Las mejillas antes hinchadas colgaban ahora en flácidos pliegues; el enorme labio superior se abatía sobre el inferior como un pico apuntando a la escasa mandíbula.

—¡Mírale sonreír! —silbó Anacho—. ¡Si pudiera nos haría saltar a golpes de sacudenervios! ¡Mátalo ahora!

Reith emitió otro sonido de moderación.

—Dentro de una semana estaremos lejos de aquí. ¿Qué puede hacernos, encadenado a impotente?

—¡Es Woudiver!

—Aún así, no podemos matarlo como si fuera un animal.

Anacho alzó las manos y siguió a Traz al exterior del almacén. Reith se acercó a la nave y por unos instantes observó el trabajo de los técnicos. Se dedicaban ahora al exquisitamente delicado trabajo de ajustar las bombas del combustible. Reith no podía ofrecerles su ayuda. La tecnología Dirdir, como la psique Dirdir, estaba más allá de su comprensión. Ambas derivaban de certidumbres intuitivas, o al menos así lo sospechaba; había pocas evidencias de finalidad racional en ninguno de los aspectos de la existencia Dirdir.

Largas lanzas de luz amarronada penetraban oblicuamente por las altas ventanas; estaba atardeciendo. Woudiver dejó pensativamente a un lado su labor. Hizo a Reith una amistosa inclinación de cabeza y se dirigió a su pequeño cubículo adosado a la pared, arrastrando tras de sí la cadena con un sonoro ruido metálico.

Los técnicos salieron de la nave junto con Fio Haro, el maestro mecánico. Iban todos a cenar. Reith apoyó la mano sobre el casco, apretando la palma contra el acero, como si no pudiera dar crédito a su realidad. ¡Una semana más, y estaría de regreso a la Tierra! La perspectiva le parecía un sueño; la Tierra se había convertido en un mundo remoto y extraño.

Reith fue a la despensa en busca de un trozo de salchicha negra y se dirigió a la entrada. Carina 4269, bajo en el cielo, bañaba las llanuras de sal con una luz color cerveza, proyectando largas sombras tras cada matorral.

Las dos figuras negras que últimamente aparecían cada día al atardecer no se veían hoy por ninguna parte.

La vista tenía una cierta belleza melancólica. Al norte, la ciudad de Sivishe era un amontonamiento de vieja mampostería teñido de color tostado por la sesgada luz del sol. Al oeste, más allá del paso de Ajzan, se alzaban las espiras de la ciudad Dirdir de Hei, y, dominándolo todo, la Caja de Cristal.

Reith fue al encuentro de Traz y Anacho. Estaban sentados en un banco, arrojando guijarros a un charco: Traz de rasgos toscos, taciturno, recio de huesos y músculos, y Anacho delgado como una anguila, quince centímetros más alto que Reith, pálido de piel, con rasgos largos y severos, tan locuaz como callado era el nómada. Traz desaprobaba las actitudes de Anacho; Anacho consideraba a Traz demasiado directo y poco sofisticado. Ocasionalmente, sin embargo, se ponían de acuerdo... como ahora acerca de la necesidad de destruir a Aila Woudiver.

Reith, por su parte, se sentía más preocupado respecto a los Dirdir. Desde sus espiras casi podían ver a través del portal del almacén lo que se estaba maquinando en su interior. La inactividad Dirdir parecía tan poco natural como la sonrisa de Aila Woudiver, y para Reith significaba una terrible amenaza.

—¿Por qué no hacen algo? —se quejó Reith, dando un mordisco a la salchicha negra—. Tienen que saber que estamos aquí.

—Es imposible predecir la conducta de los Dirdir —respondió Anacho—. Han perdido el interés hacia ti. ¿Qué son los hombres para ellos, sino gusanos? Prefieren atosigar a los

Pnume en sus madrigueras. Ya no eres el objeto de un tsau'gsh⁽¹⁾: esto al menos es lo que supongo.

Reith no se sentía enteramente tranquilizado.

—¿Y qué hay de los Phung o los Pnume⁽²⁾, sean quienes sean, que acuden a vigilarnos? No vienen por aquí por puro placer. —Y les habló de las dos formas negras que acudían al atardecer, figuras macilentas envueltas en capas negras y tocadas son sombreros negros de ancha ala.

—Los Phung siempre van solos; en consecuencia, éstos no son Phung —dijo Traz—. Los Pnume nunca aparecen a la luz del día.

—Y nunca tan cerca de Hei, por miedo a los Dirdir —dijo Anacho—. De modo, pues... que son Pnumekin, o más probablemente Gzhindra⁽³⁾

En su primera aparición, las criaturas permanecieron observando el almacén hasta que Carina 4269 desapareció tras los acantilados; luego se desvanecieron en la oscuridad. Su interés parecía más que casual; Reith se sintió inquieto por la vigilancia, pero no pudo pensar en ningún remedio contra ella.

El día siguiente se presentó brumoso y calado por una fina llovizna; las llanuras de sal permanecieron vacías. Al otro día el sol brilló de nuevo, y al atardecer las oscuras formas vinieron de nuevo a observar el almacén, llenando otra vez a Reith de inquietud. La vigilancia era presagio de acontecimientos desagradables: eso era un axioma de la existencia en Tschai.

Carina 4269 rozaba casi el horizonte.

—Si han de venir ——dijo Anacho—, éste es el momento.

Reith registró las llanuras de sal con su sondoscopio⁽⁴⁾

—Ahí fuera no hay nada excepto arbustos y matorrales. Ni siquiera se ve un lagarto.

Traz señaló por encima de su hombro.

—Allí están.

—Hummm —murmuró Reith—. Acabo de mirar en esta dirección. —Elevó la potencia de aumentos del sondoscopio hasta que el batir de su propio pulso hizo que las figuras saltaran y danzaran. Los rostros, completamente a oscuras, no podían distinguirse—. Tienen manos —dijo Reith—. Son Pnumekin.

⁽¹⁾ Tsau'gsh: comportamiento orgulloso, finalidad única, ansia de gloria. Un concepto intraducible en su esencia.

⁽²⁾ Phung: indígenas de Tschai parecidos a los hombres y de comportamiento errático a imprevisible. Pnume: personajes elusivos y secretos, similares a los Phung pero de menor estatura.

⁽³⁾ Pnumekin: hombres asociados con los Pnume a lo largo de un periodo de decenas de miles de años, con la consiguiente asimilación de costumbres y procesos mentales Pnume. GZkindra: Pnumekin expulsados del mundo subterráneo, normalmente a causa de «comportamiento no decoroso»; vagabundos de la superficie, agentes de los Pnume.

⁽⁴⁾ Sondoscopio: binoculares fotomultiplicadores.

Anacho tomó el instrumento. Al cabo de un momento dijo:

—Son Gzhindra: Pnumekin expulsados de los túneles. Para comerciar con los Pnume uno tiene que tratar con los Gzhindra; los Pnume nunca negocian directamente.

—¿Por qué vienen hasta aquí? No queremos tratos con los Pnume.

—Pero ellos sí quieren tratos con nosotros, o al menos así parece.

—Quizá estén esperando a que aparezca Woudiver —sugirió Traz.

—¿Al anochecer, y solamente al anochecer?

De pronto a Traz se le ocurrió algo. Se alejó del almacén hasta un poco más allá de la antigua oficina de Woudiver, una excéntrica construcción de ladrillos rotos y pedernal, y volvió la vista hacia el almacén. Caminó un centenar de metros más, saliendo a las llanuras de sal, y miró atrás de nuevo. Hizo un gesto a Reith y Anacho, que acudieron a su encuentro.

—Observad el almacén —dijo Traz—. Ahora podréis ver quién trata con los Gzhindra.

Por entre los negros maderos se divisaba el destellar de un reflejo dorado, que se agitaba y parpadeaba.

—Tras esta luz está la habitación de Aila Woudiver —dijo Traz.

—¡El gordo cerdo amarillo está haciendo señales! —declaró Anacho con un jadeante susurro.

Reith inspiró profundamente y controló su furia: era una estupidez pensar cualquier otra cosa de Woudiver, que vivía en la intriga del mismo modo que un pez vive en el agua. Con voz controlada, dijo a Anacho:

—¿Puedes leer las señales?

—Sí; es el código típico de emisión y pausa. « ...compensación... adecuada... por vuestros... servicios... pronto... será... el momento... » —la parpadeante luz desapareció— Eso es todo.

—Nos ha visto por la rendija —murmuró Reith.

—O ya no dispone de más luz —dijo Traz, observando que Carina 4269 había desaparecido tras las empalizadas. Reith miró a través de las llanuras de sal y vio que los Gzhindra se habían ido tan misteriosamente como habían venido.

—Será mejor que hablemos con Woudiver —dijo Reith.

—Dirá cualquier cosa menos la verdad —dijo Anacho.

—Eso espero —dijo Reith—. Pero puede que nos informe a través de lo que no nos diga.

Penetraron en el almacén. Woudiver, atareado de nuevo con su labor de encaje, dirigió a los tres hombres la más afable de sus sonrisas.

—Ya debe ser hora de cenar.

—No para ti —dijo Reith.

—¿Qué? —exclamó Woudiver—. ¿No hay comida? Oh, vamos; no llevemos demasiado lejos nuestro pequeño juego.

—¿Por qué estabas haciéndoles señales a los Gzhindra?

Excepto un ligero alzarse de sus cejas carentes de pelo, Woudiver no evidenció ni sorpresa ni culpabilidad.

—Un asunto de negocios. Ocasionalmente hago tratos con la subgente.

—¿Qué tipo de tratos?

—Oh, esto y aquello, cosas. Esta noche he pedido disculpas por no haber podido servir un pedido. Estáis destruyendo mi buena reputación.

—¿Qué pedido dejaste de servir?

—Oh, vamos —se burló Woudiver—. Permittedme que siga conservando mis pequeños secretos.

—No te permito nada —dijo Reith—. Soy muy consciente de que estás maquinando algo.

—¡Bah! ¡Tonterías! ¿Cómo puedo maquinar nada atado a una cadena? Te aseguro que considero esta situación muy poco digna para mi persona.

—Si algo va mal —dijo Reith—, vas a verte alzado dos metros del suelo colgado del extremo de esta misma cadena. Entonces podrás seguir hablando de dignidad.

Woudiver hizo un gesto de burlón disgusto y miró hacia el otro lado del almacén.

—Parece que se han hecho excelentes progresos.

—No gracias a ti.

—¡Oh! ¡Minimizas mi ayuda! ¿Quién proporcionó el casco, con grandes penalidades y poco provecho? ¿Quién lo arregló y organizó todo, quién proveyó sus valiosos consejos?

—El mismo hombre que tomó nuestro dinero y nos traicionó en la Caja de Cristal —dijo Reith. Fue a sentarse al otro lado de la estancia. Traz y Anacho se le unieron. Los tres observaron a Woudiver, hosco ahora ante la ausencia de su cena.

—Deberíamos matarle —dijo Traz llanamente—. Está planeando algo perjudicial para todos nosotros.

—No lo dudo —dijo Reith—. ¿Pero por qué tendría que tratar con los Pnume? Parece que los Dirdir son la parte más implicada. Saben que soy un terrestre; pueden saber o no saber lo de la espacionave.

—Si lo saben, no les importa —dijo Anacho—. No sienten el menor interés hacia los demás. Los Pnume son otro asunto. Quieren saberlo todo, y se sienten extremadamente curiosos respecto a los Dirdir. Los Dirdir, a su vez, descubren los túneles de los Pnume y los inundan con gases.

—¡Habéis olvidado mi cena! —dijo Woudiver en voz alta.

—No he olvidado nada —dijo Reith.

—Bien, entonces tráeme mi comida. Esta noche quiero una ensalada de raíces blancas, un guiso de lentejas, carne de gargán con girándula, una bandeja de buen queso negro, y mi vino habitual.

Traz lanzó un ladrido de burlona risa. Reith preguntó:

—¿Por qué deberíamos llenar tu barriga cuando tú complotas contra nosotros? Pide tu cena a los Gzhindra.

El rostro de Woudiver pareció colgar flácido; dio una palmada con ambas manos contra sus rodillas.

—¡Así que ahora torturáis al pobre Aila Woudiver, cuyo único pecado ha sido ser constante en su fe! ¡Qué miserable destino vivir y sufrir en este terrible planeta!

Reith se volvió, disgustado. Woudiver, nacido medio Hombre-Dirdir, sostenía energicamente la Doctrina del Doble Génesis, que atribuía el origen de los Dirdir y los Hombres-Dirdir a dos células gemelas de un Huevo Primigenio en el planeta Sibol. Desde este punto de vista Reith aparecía como un iconoclasta irresponsable, que debía ser anulado a toda costa.

Por otra parte, los crímenes de Woudiver no podían imputarse totalmente al ardor doctrinal. Reith recordó algunos ejemplos de su lascivia y desenfreno, y las punzadas de compasión y remordimiento desaparecieron.

Durante otros cinco minutos Woudiver gruñó y se quejó, y luego se quedó repentinamente inmóvil. Por un período de tiempo permaneció observando a Reith y sus compañeros. Finalmente se decidió a hablar, y Reith creyó detectar un cierto regocijo en su voz.

—Tu proyecto se acerca a buen término... gracias a Aila Woudiver, su nave, y su escasa provisión de sequins, injustamente secuestrada.

—Admito que el proyecto se está acercando a buen término —dijo Reith.

—¿Cuándo tienes intención de marcharte de Tschai?

—Tan pronto como sea posible.

—¡Magnífico! —declaró Woudiver con untuoso fervor. Reith tuvo la impresión de que sus ojos chispeaban divertidos—. Eres un hombre realmente notable. —La voz de Woudiver adquirió una repentina resonancia, como si no pudiera seguir conteniendo su secreta alegría—. ¡Sin embargo, en ciertas ocasiones es mejor ser modesto y vulgar! ¿Qué piensas de ello?

—No sé de qué estás hablando.

—Cierto —dijo Woudiver—. Eso es correcto.

—Puesto que estás dispuesto a hablar —dijo Reith—, ¿por qué no me cuentas algo de los Gzhindra?

—¿Qué hay que contar? Son criaturas tristes, condenadas a vagar por la superficie, aunque siguen temiendo el aire libre. ¿Te has preguntado alguna vez por qué Pnume, Pnumekin, Phung y Gzhindra llevan todos sombreros de ala muy ancha?

—Supongo que es su costumbre vestir así.

—Cierto. Pero la razón profunda es: el ala de sus sombreros oculta el cielo.

—¿Y qué es lo que impele a esos Gzhindra en particular a salir a ese cielo abierto que tanto les oprime?

—Como todos los hombres —dijo Woudiver con una cierta pomposidad—, esperan, anhelan.

—¿Qué, exactamente?

—En su sentido último —dijo Woudiver— lo ignoro, por supuesto; todos los hombres son misterio. ¡Incluso tú me dejas perplejo, Adam Reith! Me tratas con una caprichosa crueldad; viertes mi dinero en un proyecto alocado; ignoras todas mis protestas, todas mis súplicas de moderación. ¿Por qué? Eso es lo que me pregunto a mí mismo: ¿por qué? ¿Por qué? Si todo esto no fuera tan absurdo, creería realmente que eres un hombre de otro planeta.

—Sigues sin decirme qué es lo que desean los Gzhindra —dijo Reith.

Con una enorme dignidad, Woudiver se puso en pie; la cadena de su collar de hierro osciló y tintineó.

—Sería mejor que te informaras de este asunto con los propios Gzhindra.

Fue hasta su mesa y, tras una última y críptica mirada hacia Reith, se sumió de nuevo en su labor de encaje.

2

Reith se retorció y temblaba en medio de una pesadilla. Soñaba que se hallaba tendido en su habitual camastro en la antigua oficina de Woudiver. La habitación estaba inundada por un curioso resplandor amarillo verdoso. Woudiver estaba de pie al otro lado de la estancia, charlando con un par de hombres inmóviles envueltos en capas negras y tocados con sombreros negros de ancha ala. Reith se esforzaba por moverse, pero sus músculos seguían flácidos. La luz amarillo verdosa se intensificaba y descendía; Woudiver permanecía como congelado en medio de una irreal incandescencia azul plateada. La típica pesadilla de impotencia y futilidad, pensó Reith. Hizo desesperados esfuerzos por despertar, pero lo único que consiguió fue empezar a sudar. El sudor era pegajoso.

Woudiver y los Gzhindra le miraron desde sus posiciones superiores. Sorprendentemente, Woudiver llevaba su collar de hierro, pero la cadena había sido rota o cortada o fundida a unos treinta centímetros de su cuello. Parecía complacido de sí mismo y en absoluto preocupado: el Woudiver de antes. Los Gzhindra no mostraban más expresión que una atención tensa. Sus rasgos eran largos, estrechos y muy regulares; su piel, de un color marfil pálido, resplandecía con el lustre de la seda. Uno de ellos llevaba al brazo una tela doblada; el otro permanecía de pie con las manos a la espalda.

Repentinamente, Woudiver pareció hacerse enorme por encima de él. Exclamó con voz fuerte:

—Adam Reith, Adam Reith, ¿dónde está tu hogar?

Reith se debatió contra su impotencia. Un extraño y desolado sueño, uno que recordaría durante mucho tiempo.

—Es el planeta Tierra —graznó—. El planeta Tierra.

El rostro de Woudiver se expandía y contraía.

—¿Hay otros terrestres en Tschai?

—Sí.

Los Gzhindra se inclinaron hacia delante; Woudiver tronó con una voz que parecía el sonido de un cuerno:

—¿Dónde? ¿Dónde están los terrestres?

—Todos los hombres son terrestres.

Woudiver se echó hacia atrás, con la boca muy abierta en saturnino disgusto.

—Tú naciste en el planeta Tierra.

—Sí .

Woudiver pareció flotar hacia atrás, triunfante. Hizo un amplio gesto hacia los Gzhindra.

—¡Una rareza, un ejemplar único!

—Nos lo llevaremos. —Los Gzhindra desplegaron la tela, que Reith, con impotente horror, vio que era un saco. Sin ninguna ceremonia, los Gzhindra metieron el saco por sus

piernas, tiraron hacia arriba hasta que sólo asomó su cabeza. Luego, con una sorprendente facilidad, uno de los Gzhindra se echó el saco al hombro, mientras el otro arrojaba una bolsa a Woudiver.

El sueño empezó a desvanecerse; la luz amarillo verdosa se volvió incierta y llena de manchas. La puerta se abrió bruscamente, para revelar a Traz. Woudiver saltó hacia atrás, horrorizado; Traz alzó su catapulta y la disparó al rostro de Woudiver. Un sorprendente borbotón de sangre verdosa arrojó por todas partes gotitas que resplandecieron amarillentas... El sueño se hizo más impreciso; Reith durmió.

Reith despertó en un estado de extrema incomodidad. Sentía las piernas agarrotadas; un horrible olor como a arsénico parecía llenar toda su cabeza. Sintió presión y movimiento; tanteó, y descubrió áspera tela. Una desanimante realización lo invadió; el sueño era real; se hallaba verdaderamente metido en un saco. ¡Ah, los recursos de Woudiver! Reith se sintió asaltado por debilitantes emociones. Woudiver había negociado con los Gzhindra; había arreglado las cosas de modo que Reith fuera drogado, probablemente mediante un gas narcótico. Los Gzhindra estaban llevándolo ahora hacia un lugar desconocido, con propósitos también desconocidos.

Durante un período de tiempo Reith se agitó en el saco, sintiéndose torpe y mareado. ¡Woudiver, incluso encadenado por el cuello, había conseguido jugársela! Reith reunió los últimos fragmentos de su sueño. Había visto a Woudiver con el rostro hendido, chorreando sangre verde. Woudiver había pagado por su traición.

A Reith le resultaba difícil pensar. El saco se agitaba, sentía un rítmico golpeteo: aparentemente, el saco estaba siendo transportado suspendido de una pértiga. Por una afortunada casualidad llevaba puestas todas sus ropas; la noche antes se había dejado caer en su camastro completamente vestido. ¿Era posible que todavía llevara su cuchillo? Su bolsa había desaparecido; el bolsillo de su chaqueta parecía vacío, y no se atrevía a moverse por temor a señalar a los Gzhindra el hecho de que estaba consciente.

Apretó su rostro contra la tela del saco con la esperanza de ver a través de la basta tela, sin éxito. Todavía era de noche; recorrían un terreno accidentado.

Transcurrió un tiempo imposible de calcular, en el que Reith se sintió tan impotente como un feto en su seno. ¡Cuántos extraños acontecimientos habían visto las noches del viejo Tschai! Y ahora otra, con él como participante. Se sintió avergonzado y humillado; se estremeció, rabioso. Si podía echarles mano a sus captores, ¡se iba a tomar una buena venganza!

Los Gzhindra se detuvieron, y por un momento permanecieron completamente inmóviles. Luego el saco fue depositado en el suelo. Reith escuchó pero no oyó voces, ni susurros, ni ruido de pasos. Parecía como si estuviese solo. Llevó las manos a su bolsillo, esperando encontrar un cuchillo, una herramienta, algo cortante. No halló nada. Tanteó la tela con sus uñas: era burda y áspera, y resistente también.

Un sexto sentido le dijo que los Gzhindra habían vuelto. Se inmovilizó. Los Gzhindra estaban cerca, y creyó oír susurros.

El saco se movió; fue alzado y transportado. Reith empezó a sudar. Iba a ocurrir algo.

El saco osciló. Colgaba de una cuerda. Tuvo la sensación de descender; abajo, abajo, abajo, no pudo estimar cuánto trecho. Se detuvo con una sacudida y se quedó oscilando hacia delante y hacia atrás. Desde muy arriba llegó la reverberación de un gong: un sonido grave y melancólico.

Reith pateó y empujó. Se sintió frenético, víctima de un espasmo claustrofóbico. Jadeaba y sudaba y apenas podía mantener la respiración; así era como se sentía uno al volverse loco. Sollozando y jadeando, intentó controlarse. Rebuscó en su chaqueta, sin resultado: nada metálico, nada afilado. Intentó concentrarse, se obligó a pensar. El gong era una señal; alguien o algo había sido llamado. Tanteó todo el saco, esperando hallar alguna abertura, por pequeña que fuese. Ningún éxito. ¡Necesitaba metal, algo afilado, una hoja, una punta! Se pasó revista de la cabeza a los pies. ¡Su cinturón! Lo soltó, con enorme dificultad, y utilizó el pasador de la hebilla para agujerear la tela. Forcejeando, consiguió hacer un pequeño desgarrón; empujando y tirando, amplió la abertura y finalmente consiguió pasar por ella su cabeza y hombros. ¡Nunca en su vida había conocido tal exaltación! ¡Aunque muriera al cabo de un momento, al menos había vencido al saco!

Concebiblemente, podría conseguir otras victorias. Miró a su alrededor, a una vasta caverna débilmente iluminada por unos pocos botones de luz blancoazulada. El suelo casi rozaba el fondo del saco; Reith recordó el descenso y la sacudida final con un estremecimiento. Se deslizó fuera del saco y se quedó de pie, temblando de tensión y fatiga. Escuchó el muerto silencio subterráneo, y creyó oír un lejano sonido. Algo, alguien, estaba agitándose.

Sobre su cabeza la caverna se alzaba formando una chimenea, de cuya oscuridad brotaba la cuerda. En algún lugar allá arriba debía haber una abertura al mundo exterior, pero ¿cuán lejos? Había permanecido colgando en el saco un intervalo de diez o doce segundos, lo cual, haciendo un cálculo aproximado, daba una cifra de bastante más de treinta metros.

Reith miró a la caverna y escuchó. Alguien debía estar acudiendo en respuesta al gong. Miró cuerda arriba. Al otro extremo estaba el mundo exterior. Sujetó la cuerda, empezó a trepar. Ascendió hacia la oscuridad, aferrándose: arriba, arriba, arriba. El saco y la caverna pasaron a formar parte de un mundo perdido; se vio envuelto en oscuridad.

Le ardían las manos; sus hombros empezaban a pulsarle, ardientes y débiles; entonces alcanzó el extremo superior de la cuerda. Tanteando, descubrió que pasaban por una rendija en una plancha de metal, que descansaba sobre un par de gruesas viguetas metálicas. La plancha parecía una especie de trampilla, que evidentemente no podía ser abierta mientras su peso colgara de la cuerda... Sus fuerzas empezaban a fallarle. Rodeó sus piernas con la cuerda y alzó un brazo. A un lado notó una especie de plataforma metálica; era el soporte transversal de las vigas que sostenían la trampilla, de una treintena de centímetros de anchura o quizá más. Descansó unos instantes —el tiempo apremiaba—, luego adelantó una pierna, intentando situarse sobre la plataforma. Por un alucinante momento tuvo la impresión de que caía. Se tensó desesperadamente, se arrastró con el corazón latiendo a toda velocidad hasta situarse sobre el soporte de las vigas. Se inmovilizó allí, jadeante, sintiéndose enfermo y miserable.

Pasó un minuto, apenas el tiempo suficiente para que la cuerda se inmovilizara de nuevo. Allá abajo se acercaban cuatro oscilantes luces. Reith se afirmó en la estrecha plataforma a intentó alzar la placa metálica. Era sólida y pesada; alzarla era tanto como querer alzar una montaña. ¡Inténtalo de nuevo! Empujó con todas sus fuerzas, sin el menor efecto. Las luces estaban ahora inmediatamente debajo, sostenidas por cuatro formas oscuras. Reith se apretó contra la sección vertical de la viga.

Las cuatro figuras de abajo se movían en medio de un silencio fantasmal, como criaturas submarinas. Examinaron el saco y lo encontraron vacío. Reith pudo oír murmullos y susurros. Miraron a su alrededor, mientras las luces temblaban y parpadeaban. En alguna especie de impulso simultáneo, miraron hacia arriba. Reith se apretó aún más contra el metal y ocultó la mancha pálida de su rostro. El resplandor de las luces pasó más allá de él, se detuvo en la trampilla, que entonces vio que estaba asegurada por cuatro pasadores controlados desde arriba. Las luces se alejaron de él, registrando los lados del

pozo. Luego, la gente de allá abajo se puso a discutir entre sí, perpleja. Tras una inspección final de la caverna y un último barrido de luz hacia arriba, desandaron camino, agitando sus luces a uno y otro lado.

Reith siguió agazapado allá arriba en la oscuridad, preguntándose si no estaría aún soñando. Pero las tristes y desoladas circunstancias que le rodeaban eran completamente reales. Estaba atrapado. No podía alzar la puerta que tenía sobre su cabeza; era posible que no volviera a abrirse en semanas. Resultaba impensable seguir agazapado allí, como un murciélago, aguardando. Para bien o para mal, Reith tenía que reconsiderar su situación.

Miró hacia abajo; las luces, débiles, agitándose como fuegos fatuos, estaban ya lejos. Se deslizó hacia abajo por la cuerda y partió en su persecución, corriendo con largos y elásticos pasos. Un solo pensamiento ocupaba su mente, una desesperada esperanza antes que un plan: aislar a una de las figuras oscuras y, de alguna forma, obligarle a que le condujera a la superficie. Sobre su cabeza ardía el primero de los débiles botones azules, arrojando una ligera luminosidad parecida a la luz de una luna, pero suficiente para mostrar el camino que serpenteaba entre las prominencias rocosas que surgían alternativamente de ambos lados.

No tardó en divisar de nuevo a las cuatro formas que avanzaban lentamente, investigando los pasadizos a ambos lados de una forma vacilante, perpleja. Reith empezó a sentir una loca exultación, como si estuviera ya muerto y en consecuencia fuera invulnerable. Pensó en recoger una piedra y arrojársela a las oscuras figuras... ¡Histeria! Instantáneamente, aquel pensamiento lo serenó. Si quería sobrevivir, tenía que dominarse.

Las cuatro formas avanzaban con una intranquila deliberación, susurrando y murmurando entre ellas. Saltando de una bolsa de sombras a otra, Reith se les acercó tanto como creyó prudente, preparado para el caso de que uno de ellos se distanciara de los demás. Excepto un breve atisbo en las mazmorras de Pera, nunca había visto a un Pnume. Ésos, por lo que Reith podía ver de sus posturas y forma de andar, parecían humanos.

El pasadizo se abrió a una caverna de paredes casi intencionadamente mal desbastadas... o quizá aquella tosquedad ocultaba una delicadeza más allá de la comprensión de Reith, como en el caso de un saliente de cuarzo que asomaba a un lado mostrando un resplandor de cristales de pirita.

El lugar parecía un cruce, un nudo de comunicaciones, un punto importante del que partían otros tres corredores. Una zona en el centro había sido pavimentada con pulidas losas de piedra; una luz un poco más intensa que la de la caverna brotaba de una serie de gránulos en las rocas sobre sus cabezas.

Un quinto individuo estaba de pie, inmóvil, a un lado; como los demás, llevaba una capa negra y un sombrero negro de ala ancha. Reith, pegándose al suelo como una cucaracha, se deslizó hacia una bolsa de profunda oscuridad cerca de la cámara. El quinto individuo era también un Pnumekin; Reith pudo ver su largo rostro, blanco, frío e impasible. Por un momento pareció no reparar en los otros cuatro y éstos a su vez no parecieron verle, un curioso ritual de indiferencia mutua que despertó el interés de Reith. Gradualmente, los cinco fueron juntándose, sin que ninguno de ellos pareciera mirar directamente a los otros.

Luego se produjo un susurrar de casi inaudibles voces. Reith tendió el oído. Hablaban la lengua universal de Tschai; eso al menos fue lo que pudo captar por las entonaciones. Los cuatro informaron de las circunstancias de su descubrimiento del saco vacío; el quinto, un oficial o monitor, apenas mostró decepción o inquietud. Al parecer, la contención, la indiferencia aparente, eran aspectos clave de la existencia subterránea de Tschai.

Cruzaron la cámara en dirección a la caverna cercana a Reith, que se apretó contra la pared. El grupo se detuvo a no más de tres metros, y ahora Reith pudo oír la conversación.

Uno de ellos habló con una voz cuidadosamente átona:

—...entrega. No sabemos nada de eso; no encontramos nada.

—El pasadizo estaba vacío —dijo otro—. Si la malversación se produjo antes de que fuera bajado el saco, hubiera habido alguna explicación.

—Imprecisión —dijo el monitor—. Entonces el saco no hubiera sido bajado.

—La imprecisión existe en cualquier caso. El pasadizo estaba limpio y vacío.

—Tiene que estar todavía allí —dijo el monitor del túnel—. No puede haber ido a ninguna otra parte.

—A menos que conozca algún acceso secreto al pasadizo.

El monitor se envaró, los brazos pegados a sus costados.

—Desconozco la existencia de un tal acceso. La explicación es remotamente concebible. Hay que efectuar una nueva búsqueda absolutamente a fondo; yo por mi parte indagaré acerca de la posibilidad de ese acceso secreto.

Los cuidadores del pasadizo se alejaron lentamente por la caverna, con sus luces oscilando arriba y abajo, hacia delante y hacia atrás. El monitor se quedó observando su marcha. Reith se tensó: aquel momento era crítico. Si se volvía hacia un lado, el monitor no dejaría de ver a Reith, ahora a menos de dos metros de distancia. Si se volvía hacia el otro lado, Reith estaría temporalmente seguro... Estudió las posibilidades de un ataque. Pero los otros cuatro aún estaban cerca; un grito, un sonido, cualquier indicación de lucha, atraería su atención. Reith se contuvo.

El monitor se volvió hacia el lado contrario a Reith. Caminando suavemente, cruzó la cámara y entró en uno de los pasadizos laterales. Reith le siguió, caminando de puntillas. Observó el pasadizo. Cada una de las paredes era una cornisa de piroxilita. Sorprendentes cristales emergían de ambos lados, algunos de treinta centímetros de diámetro, facetados como brillantes: marrón rojizo, marrón oscuro, verde oscuro. Habían sido expertamente limpiados y pulidos a fin de sacar el mayor partido de ellos: se había dedicado mucho esfuerzo a aquel corredor. Los cristales ofrecían adecuados escondites; Reith siguió silenciosamente al deslizante Pnumekin, confiando en cogerlo desprevenido y amenazar su vida: un plan primitivo y desesperado, pero Reith no podía pensar en nada mejor... El Pnumekin se detuvo, y Reith saltó nerviosamente tras un resalte de resplandecientes cristales oliváceos. El Pnumekin, tras mirar hacia uno y otro lado, se dirigió a la pared, tiró de un pequeño cristal, empujó otro. Un segmento de la pared se deslizó hacia un lado. El Pnumekin cruzó la abertura; el portal se cerró. El pasadizo estaba ahora vacío. Reith se maldijo. ¿Por qué habla dudado? Cuando el Pnumekin se detuvo era el momento de saltar sobre él.

Miró hacia arriba y hacia abajo. No se veía a nadie en el corredor. Avanzó a paso rápido y, al cabo de un centenar de metros, llegó bruscamente al borde de un gran pozo. Muy abajo resplandecían débiles luces amarillas y se apreciaba movimiento de enormes objetos que Reith no pudo identificar.

Reith volvió junto a la puerta por la que había desaparecido el Pnumekin. Se detuvo, elaborando mentalmente alocados planes. Para alguien tan desesperado como él cualquier línea de acción era arriesgada, pero el camino seguro al desastre era la inacción. Reith se puso a trabajar en la roca, tal como había visto hacerlo al Pnumekin. La puerta se deslizó hacia un lado. Reith dio un paso atrás, preparado para enfrentarse a cualquier cosa. Ante él se abría una cámara de unos diez metros de diámetro: una sala de conferencias, o al menos eso dedujo Reith por la redonda mesa central, los bancos, las estanterías y los pequeños cubículos.

Cruzó la abertura, y la puerta se cerró a sus espaldas. Miró a su alrededor. El techo estaba salpicado de granos de luz; las paredes habían sido meticulosamente picadas para formar un granulado que resaltara la estructura cristalina de la roca. A la derecha se abría un corredor en arco, recubierto por una sustancia blanca; a la izquierda había una serie de cubículos, estanterías, como un armario.

Del corredor llegaba un sordo golpetear rítmico, un sonido que transmitía un mensaje de urgencia. Reith, tan tenso como un ladrón, miró a su alrededor, presa del pánico, en busca de un lugar donde ocultarse. Corrió hacia el armario, abrió la puerta, echó a un lado las capas negras colgadas de perchas y se metió dentro. Las capas y los sombreros negros colgados detrás desprendían un olor a moho. Reith sufrió una arcada. Se contuvo, se echó hacia atrás y cerró la puerta casi completamente. Acercando un ojo a la rendija, miró a la estancia.

El tiempo pareció inmovilizarse. Reith notó que su estómago empezaba a contraerse por la tensión. El monitor Pnumekin regresó a la estancia, donde se detuvo como sumido en profundos pensamientos. El extraño sombrero de ala ancha arrojaba su sombra sobre sus austeros rasgos, que, notó Reith, eran casi clásicamente regulares. Reith pensó en los demás hombres compuestos de Tschai, —todos ellos más o menos mutados en la misma dirección que su raza anfitriona: las siniestras irracionalidades de los Hombres-Dirdir; los estúpidos y embrutecidos Hombres-Chasch; los venales y supercivilizados Hombres-Wankh. La humanidad esencial de todos ellos, excepto quizá el caso de los Hombres-Dirdir Inmaculados, permanecía intacta. Los Pnumekin, por su parte, no parecían haber sufrido ninguna evolución física perceptible, pero sus psiques se habían alterado; parecían tan remotos como espectros.

La criatura de la estancia —Reith no podía pensar en él como en un hombre— permanecía inmóvil sin la menor expresión en sus rasgos, y lo suficientemente lejos como para que cualquier intento de atacarle desde el armario fuera una locura.

Reith empezó a sentir calambres. Cambió de postura y produjo un pequeño ruido. Sintiendo sudores fríos, apretó su ojo contra la rendija. El Pnumekin parecía seguir absorto en sus pensamientos. Reith deseó que se moviera, que se acercara un poco, sólo un poco... Un pensamiento lo inquietó: ¿y si la criatura no respondía como él esperaba a la amenaza contra su vida? Quizá careciera de la facultad de sentir miedo... La puerta se abrió de pronto; otro Pnumekin entró en la estancia: uno de los cuidadores del pasadizo. Los dos miraron cada uno por su lado, ignorándose mutuamente. El recién llegado habló con voz suave, como si musitara en voz alta algo para sí mismo:

—Es imposible encontrar la entrega. El pasadizo y el pozo han sido registrados a fondo.

El monitor del túnel no respondió. Siguió un silencio de una cualidad casi irreal.

El cuidador del pasadizo habló de nuevo:

—No puede habérsenos escapado aquí. La entrega no ha sido efectuada, o de otro modo ha escapado por algún acceso desconocido por nosotros. Ésas son las posibilidades alternativas.

—La información queda registrada —dijo el monitor—. Habrá que instalar un control de tránsito en el Nivel Ziad, en Zud-Dan-Ziad, en el Nódulo Ferstan Seis, y en el Nódulo Lul-lil y la Estación Posteridad.

—Así se hará.

Un Pnume penetró en la cámara, utilizando una abertura más allá del ángulo de visión de Reith. Los Pnumekin no le prestaron atención, ni siquiera una mirada de reojo. Reith estudió a la criatura extrañamente articulada: era el primer Pnume que veía detalladamente, más allá del breve atisbo en las mazmorras de Pera. Tenía aproximadamente la estatura de un hombre, y debajo de su voluminosa capa negra parecía delgado, incluso frágil. Un sombrero negro ocultaba sus órbitas; su rostro, con la forma y el color de un cráneo equino, carecía de expresión; bajo su borde inferior un complicado juego de mecanismos roedores y masticadores rodeaban una boca casi invisible. La articulación de las piernas de la criatura trabajaba a la inversa que la de los humanos: se movía hacia delante, con el movimiento de un hombre caminando de espaldas. Sus estrechos pies iban descalzos y estaban moteados de negro y rojo oscuro; tres gruesos dedos curvados hacia abajo golpeaban el suelo del mismo modo que un hombre nervioso tablearía el sobre de una mesa con los dedos de la mano.

El Pnumekin monitor del túnel dijo suavemente, como dirigiéndose al aire:

—Una situación anormal, cuando una entrega no es más que un saco vacío. El pasadizo y el pozo han sido registrados a conciencia; el objeto no ha sido entregado, o bien ha conseguido escapar utilizando un acceso secreto de Calidad Siete o superior.

Silencio. El Pnume, con una voz apagada y ronca, pronunció unas pocas palabras:

—No puede verificarse una comprobación, de la entrega. La posibilidad de un acceso clasificado existe, por encima de la Calidad Diez, y más allá del alcance de mis secretos⁽¹⁾. Podemos solicitar información del Guardián de la Sección⁽²⁾.

La voz del monitor del túnel sonó con tonos de tentativa indagación:

—Entonces, ¿es cierto que la entrega posee un interés particular?

Los dedos del Pnume tablearon el suelo con la delicadeza de los dedos de un pianista.

—Es para Posteridad: una criatura del planeta de los hombres contemporáneo. Se ha tomado la decisión de capturarlo.

Reith, acurrucado en el armario, se preguntó por qué la decisión habría sido demorada tanto tiempo. Buscó una posición más cómoda, apretando los dientes contra la posibilidad de algún ruido. Cuando acercó de nuevo el ojo a la rendija el Pnume se había marchado. El monitor y el cuidador del pasadizo permanecían inmóviles, como prescindiendo cada uno de la presencia del otro.

Pasó el tiempo, Reith no pudo precisar cuánto. Sus músculos pulsaban y protestaban, y ahora temía cambiar de posición. Inspiró profundamente y se resignó a la paciencia.

⁽¹⁾ Secretos: traducción aproximada de una frase indicando un cuerpo de tradiciones relativo a un status en particular. En el contexto de la sociedad Pnume, la palabra secretos contiene significados mucho más precisos.

⁽²⁾ También una aproximación de un término intraducible: el título, en términos de Tschai, connota una erudición superlativa en combinación con un alto status y autoridad.

De tanto en tanto los Pnumekin hablaban en murmullos, mirando cada vez hacia otro lado, como si estuvieran hablándole al aire. Reith captó una o dos frases: « ...no se sabe nada de la situación del planeta del hombre...» « ...bárbaros, habitantes de la superficie, locos como los Gzhindra...» «...un espécimen valioso, invisible...»

El Pnume reapareció, seguido por otro: una criatura alta y demacrada, que caminaba con el paso furtivo de un zorro. Llevaba una caja rectangular, que colocó con una delicada precisión sobre un banco a un metro de distancia de Reith; luego pareció sumirse en sus pensamientos. Transcurrieron unos instantes. El cuidador del pasadizo de inferior status fue el primero en hablar.

—Cuando el gong indica una entrega, el saco es normalmente pesado. Un saco vacío es causa de perplejidad. Evidentemente la entrega no se hizo, o el artículo entregado conocía algún acceso secreto, por encima de la Calidad Diez.

El Guardián se volvió hacia un lado y, extendiendo su gran capa, tocó los cierres de la caja de cuero. Los dos Pnumekin y el primer Pnume se interesaron en los cristales de la pared.

El Guardián abrió la caja y extrajo un portafolios de blando cuero azul. Lo abrió con reverente cuidado, volvió páginas, estudió una maraña de líneas coloreadas. Luego cerró el portafolios, volvió a colocarlo en la caja. Tras un momento de meditación, habló con voz tan suave que Reith tuvo dificultades en comprenderle.

—Existe un antiguo acceso de Calidad Catorce. Recorre novecientos metros hacia el norte, desciende, y penetra en el Jha Nu.

Los Pnumekin guardaron silencio. El primer Pnume dijo:

—Si el objeto de la entrega ha alcanzado el Jha Nu, puede atravesar el balcón, descender por el Oma-Cinco hasta el Gran Lateral Superior. Luego puede desviarse hacia la Subida Azul, o incluso al Mirador de Zhu, y alcanzar así el *ghaun* ⁽¹⁾.

—Todo esto solamente si conoce los secretos —dijo el Guardián—. Si suponemos que ha utilizado un acceso de Calidad Catorce, entonces podemos suponer lo demás. La forma en que nuestros secretos han sido divulgados, si ése es el caso, no está clara.

—Desconcertante —murmuró el cuidador del pasadizo.

—Si un *ghian*⁽²⁾ conoce los secretos de Calidad Catorce —dijo el monitor—, ¿cómo pueden estos secretos estar a salvo de los Dirdir?

Los dedos de los pies de ambos Pnume tabalearon el suelo de piedra.

—Las circunstancias aún no están claras —observó el Guardián—. Un estudio de los accesos proporcionará una información más exacta.

El cuidador del pasadizo de rango inferior fue el primero en abandonar la estancia. El monitor, perdido aparentemente en sus reflexiones, le siguió, dejando a los dos Pnume de pie inmóviles y rígidos como un par de insectos. El primer Pnume salió, con largas y silenciosas zancadas. Solamente quedó el Guardián. Reith se preguntó si no debería saltar a intentar dominarlo. Se contuvo. Si los Pnume compartían la fantástica fuerza de los

⁽¹⁾ *Ghaun*: una región salvaje expuesta a los vientos y al clima. En el uso especial de los Pnume: la superficie de Tschai, lo cual enfatiza las nociones de exposición, vacío opresivo, desolación.

⁽²⁾ *Ghian*: un habitante del *ghaun*, es decir, un morador de la superficie.

Phung, Reith se encontraría en una terrible desventaja. Otra consideración: ¿se sometería el Pnume a la presión? Reith no estaba seguro. Sospechaba que no.

El Guardián tomó la caja de cuero y lanzó una deliberada mirada a su alrededor. Parecía estar escuchando. Avanzando con una sorprendente brusquedad, llevó la caja hasta una zona de desnuda pared. Reith observó fascinado. El Guardián adelantó su pie, tocó delicadamente tres protuberancias rocosas con sus gruesos dedos. Una sección de la pared retrocedió, revelando una cavidad donde el Guardián metió la caja. La roca volvió a su lugar; la pared adquirió nuevamente una apariencia sólida. El Guardián se marchó en pos de los otros.

3

La estancia estaba vacía. Reith salió tambaleándose del armario. Cruzó cojeando la habitación. La pared no mostraba ninguna grieta, ninguna junta. El trabajo era de una precisión microscópica.

Reith se inclinó, tocó las tres protuberancias. La roca se hundió hacia atrás y se deslizó hacia un lado. Reith tomó la caja. Tras una brevísima vacilación, abrió la caja y extrajo el portafolios. Tomó del armario una cajita llena de pequeñas botellas oscuras, que pesaban aproximadamente lo mismo que el portafolios, y la metió en la caja, devolviéndolo todo a la cavidad. Tocó nuevamente los botones; la cavidad se cerró; la pared volvía a ser roca sólida.

Reith se inmovilizó en el centro de la habitación, sujetando el portafolios, que evidentemente era un artículo de valor. Si conseguía eludir el ser detectado y capturado, si conseguía descifrar la ortografía Pnume —todo lo cual parecía intrínsecamente improbable—, tal vez consiguiera descubrir un camino a la superficie.

Tomó una capa del armario, con la que se envolvió, y un sombrero, un poco demasiado pequeño, pero que apretando y tironeando consiguió ajustar sobre su cabeza. La costumbre Pnumekin de no mezclarse los unos con los otros iba a ayudarle; nadie intentaría pasar más desapercibido que él. Ahora debía abandonar inmediatamente aquellos lugares y encontrar algún lugar discreto donde pudiera examinar el portafolios con tranquilidad. Se lo metió bajo su chaqueta y echó a andar por el corredor recubierto de blanco, apoyando suavemente un pie delante del otro tal como había visto hacer a los Pnumekin.

El corredor se extendía largo y vacío ante él, abriéndose finalmente sobre un balcón que dominaba una larga habitación de la que brotaba un zumbido y un agitar de actividad.

El suelo de la estancia estaba a unos seis metros más abajo. En las paredes había mapas a ideogramas; en el centro, niños Pnumekin aprendían sus lecciones. Reith había desembocado en una escuela Pnumekin.

Retrocediendo a las sombras, Reith pudo mirar hacia abajo sin temor a ser detectado. Vio tres grupos de niños, de ambos sexos, veinte en cada grupo. Como sus mayores, llevaban capas negras y sombreros con copas planas. Los pequeños rostros blancos, largos y afilados, parecían casi ridículamente graves. Nadie hablaba; avanzaban mirando con fijeza al frente, lentos y solemnes, en una especie de ejercicio. Tres mujeres Pnumekin de edad indefinida cuidaban de ellos, envueltas en capas como los hombres y distinguibles de ellos solamente por su menor estatura y su expresión algo menos grave.

Los niños realizaban su ejercicio en completo silencio, roto solamente por el suave roce de sus pies. No iba a sacar nada en limpio de allí, pensó Reith. Miró en ambas direcciones, luego se encaminó hacia la izquierda. Un túnel en arco daba acceso a otro balcón, que dominaba una cámara mayor aún que la primera: un refectorio. En su parte central había alineadas mesas y bancos, pero la estancia estaba vacía excepto un par de Pnumekin que permanecían sentados muy lejos el uno del otro, inclinados ante sendos bols de algo parecido a gachas. Reith tuvo consciencia de su propia hambre.

Oyó un sonido. Un par de Pnumekin apareció en el balcón, el uno detrás del otro. El corazón de Reith empezó a latir tan fuertemente que temió que pudieran oír su sonido al aproximarse. Bajó la cabeza, encajó los hombros, siguió caminando en lo que esperó fuera el típico paso Pnumekin. Los otros dos pasaron por su lado, los ojos hacia otro lado, los pensamientos en asuntos propios.

Con algo más de seguridad en sí mismo, Reith prosiguió adelante por el corredor, que casi inmediatamente se ensanchaba hasta convertirse en un nódulo aproximadamente circular, la unión de tres corredores. Una escalera cortada en la misma roca gris se curvaba hacia abajo hasta el nivel inferior.

Los corredores estaban desiertos y en penumbra; Reith los consideró poco prometedores. Dudó, sintiendo cansancio y futilidad. Los mapas, decidió, no iban a serle de gran ayuda; necesitaba el auxilio, voluntario o no, de un Pnumekin. También se sentía muy hambriento. Se dirigió indeciso a la escalera y, tras unos instantes de duda, descendió, lamentando cada nuevo paso que le llevaba un poco más lejos de la superficie. Desembocó en una pequeña antesala junto al refectorio. Un portal cercano daba a lo que parecía ser una cocina. Reith miró cautelosamente a su interior. Un cierto número de Pnumekin trabajaban ante diversos mostradores, presumiblemente preparando la comida para los niños de la sala de ejercicios.

Reith retrocedió a regañadientes y se dirigió hacia un pasadizo lateral. Estaba casi oscuro y silencioso, iluminado solamente por unos pocos gránulos de luz en el alto techo. A unos treinta metros el pasadizo giraba a un lado y terminaba bruscamente al borde de un pozo. De abajo llegaba el sonido de agua corriendo: seguramente se trataba de un lugar donde arrojar los desechos y la basura, reflexionó Reith. Se detuvo, preguntándose dónde ir y qué hacer, y regresó a la antesala. Allí descubrió una pequeña cámara de almacenamiento donde había apilados sacos, bolsas y cajas. Comida, pensó Reith. Dudó; la cámara debía ser utilizada frecuentemente por los cocineros. Los niños aparecieron procedentes de la sala de ejercicios, caminando en fila india, los ojos fijos en el suelo. Reith retrocedió a la cámara de almacenamiento: los niños descubrirían que no era uno de ellos con mayor facilidad que los adultos. Se acurrucó al fondo de la cámara, tras un montón de cajas apiladas: sin duda el más seguro de los escondites, aunque precario pese a todo; si alguien entraba en la cámara, tenía bastantes posibilidades de pasar desapercibido. Reith se relajó un poco. Extrajo el portafolios y dobló hacia atrás la flexible tapa de cuero azul. Las páginas eran de un hermoso terciopelo suave; la cartografía estaba impresa con el cuidado más meticuloso en negro, rojo, marrón, verde y azul pálido. Pero los esquemas y líneas no proporcionaban ninguna información; ésta estaba escrita en caracteres indescifrables. Tristemente, Reith cerró el portafolios y volvió a metérselo en la chaqueta.

Los niños tomaron una serie de bols de un mostrador en la parte frontal de la cocina y los llevaron al refectorio.

Reith atisbó por una rendija entre las cajas, más consciente que nunca de su hambre y de su sed. Investigó el contenido de un saco, para descubrir hierba del peregrino seca, un producto correoso altamente nutritivo pero no excesivamente apetitoso. Las cajas a su lado contenían tubos de una pasta negra de aspecto grasiento, rancia y de intenso sabor: aparentemente un condimento. Reith volvió su atención al mostrador donde era servida la comida. El último de los niños había llevado ya su bol al refectorio. La zona estaba vacía, pero en el mostrador quedaban todavía media docena de bols y jarras. Reith actuó sin pensarlo conscientemente. Salió de la cámara de almacenaje con los hombros hundidos, se dirigió al mostrador, tomó un bol y una jarra, y retrocedió apresuradamente a su escondite. El bol contenía gachas de hierba del peregrino cocidas con unos granos parecidos a pasas, tiras de pálida carne y dos tallos de una verdura semejante al apio. La jarra contenía medio litro de cerveza ligeramente efervescente, con un agradable sabor astringente. Al frasco iba unido un saquito con seis pequeños discos, una especie de galletitas que Reith probó pero encontró incomibles. Dio cuenta de las gachas y bebió la cerveza, y se felicitó por su decidida acción.

Seis niños mayores que los anteriores aparecieron en la zona de servicio: esbeltos, erguidos, con aire de suficiencia. Mirando entre las cajas, Reith decidió que todos ellos eran mujeres. Cinco pasaron por el mostrador, tomando bols y jarras. La última en llegar,

al no encontrar nada que comer, se quedó allí desconcertada. Reith observó con la culpable conciencia de que había robado y devorado su cena. Las primeras cinco se dirigieron al refectorio, dejando a la última esperando en el mostrador, sin saber que hacer.

Transcurrieron cinco minutos; la muchacha no dijo nada, de pie allí con los ojos fijos en el suelo. Finalmente, unas manos invisibles trajeron otro bol y otra jarra y los depositaron en el mostrador. La muchacha Pnumekin tomó la comida y se dirigió lentamente al refectorio.

Reith empezó a intranquilizarse. Decidió volver a subir por las escaleras y seleccionar uno de los pasadizos con la esperanza de encontrarse con algún Pnumekin solitario y conecedor. Se puso en pie, pero en aquel momento los niños empezaron a abandonar el refectorio, y Reith se echó hacia atrás. Uno a uno, sobre silenciosos pies, volvieron a la sala de ejercicios. Reith miró una vez más, y de nuevo retrocedió cuando las cinco muchachas salieron también del refectorio. Eran como maniqués salidos de una fábrica: delgadas y erguidas, con pieles tan pálidas y translúcidas como papel, arqueadas cejas negras como el carbón y rasgos regulares aunque muy angulosos. Llevaban las habituales capas negras y sombreros negros, que acentuaban la cualidad rara y extraterrena de sus cuerpos. Hubieran podido ser muy bien cinco versiones de la misma persona, aunque Reith, en el mismo momento que la idea cruzó su mente, supo que cada una de ellas sabía distinguirse fácilmente de las demás, por sutiles que fueran sus diferencias; cada una tenía la sensación de que su existencia personal era el movimiento central del cosmos.

La zona de servicio estaba de nuevo desierta. Reith avanzó y cruzó a largas zancadas hasta la escalera. Justo a tiempo: uno de los cocineros salió de la cocina en dirección a la cámara de almacenamiento. Si Reith se hubiera retrasado otro momento, hubiera sido descubierto. Con el corazón latiéndole aceleradamente, empezó a subir las escaleras... Se detuvo en seco y retuvo el aliento. De arriba llegaba un débil sonido: el pad-pad-pad de pasos. Reith se inmovilizó. El sonido se hizo más fuerte. Bajando las escaleras aparecieron los pies moteados de rojo y negro de un Pnume, luego el revolotear de una capa negra. Reith retrocedió apresuradamente, y se detuvo indeciso al pie de las escaleras. ¿Adónde ir? Miró frenético a su alrededor. En la cámara de almacenamiento, el cocinero estaba sacando hierba del peregrino de un saco. Los niños ocupaban la sala de ejercicios. Reith sólo tenía una elección. Encajó los hombros y penetró silenciosamente en el refectorio. En una de las mesas del centro había una muchacha Pnumekin, aquella cuya cena él había robado. Reith ocupó el asiento que consideró menos llamativo y se quedó allí sentado, sudando. Su disfraz era insostenible; una simple mirada directa revelaría su identidad.

Transcurrieron unos silenciosos minutos. La muchacha Pnumekin estaba dedicada a su paquete de galletitas, que parecía estar disfrutando enormemente. Finalmente se puso en pie y se dispuso a abandonar la estancia. Reith bajó la cabeza: demasiado brusco, demasiado seco... un movimiento discordante. La muchacha volvió una sorprendida mirada en su dirección, a incluso entonces las viejas costumbres fueron demasiado fuertes; miró más allá de él, sin enfocar directamente sus ojos. Pero vio, supo. Por un instante permaneció como helada, el rostro fijo a incrédulo; luego lanzó un suave grito de terror, y echó a correr saliendo de la estancia. Reith estuvo instantáneamente sobre ella, cubriendo su boca con una mano y aplastándola contra la pared.

—¡Quieta! —murmuró—. ¡No hagas ningún ruido! ¿Comprendes?

Ella lo miró en un horrorizado aturdimiento. Reith la sacudió.

—¡No hagas ningún ruido! ¿Comprendes? ¡Asiente con la cabeza!

Ella consiguió agitar la cabeza. Reith retiró la mano.

—¡Escucha! —susurró—. ¡Escucha atentamente! Soy un hombre de la superficie. Fui secuestrado y traído aquí abajo contra mi voluntad. Conseguí escapar, y ahora quiero volver a la superficie. ¿Me oyes? —Ella no respondió—. ¿Comprendes? *¡Responde!* —Sacudió de nuevo sus frágiles hombros.

—Sí.

—¿Sabes cómo alcanzar la superficie?

Ella apartó la mirada, fijándola en el suelo. Reith lanzó una rápida ojeada hacia la zona de servicio; si a alguno de los cocineros se le ocurría mirar al refectorio, todo estaba perdido. ¿Y el Pnume que había bajado la escalera? ¡Y el balcón! ¡Reith había olvidado el balcón! Con un enfermizo estremecimiento de terror, alzó la vista hacia las altas sombras. No había nadie observando. Pero no podía permanecer más tiempo allí, ni otro minuto. Sujetó por el brazo a la muchacha.

—Ven conmigo. ¡Ni un sonido, recuerda! ¡O tendré que hacerte daño!

Tiró de ella a lo largo de la pared hacia la entrada. La zona de servicio estaba vacía. De la cocina llegaba un sonido raspante y un entrechocar de metal. No había ninguna señal del Pnume.

—Arriba, por las escaleras —susurró Reith.

Ella emitió un sonido de protesta; Reith aplastó la mano contra su boca y la arrastró hacia la escalera.

39

—¡Arriba! ¡Haz lo que yo digo y no sufrirás ningún daño!

—Vete —dijo ella con una voz suave y átona.

—Eso es precisamente lo que quiero —declaró Reith con un murmullo apasionado—. ¡Pero no sé cómo!

—Yo no puedo ayudarte.

—Tendrás que hacerlo. Arriba, por la escalera. ¡Aprisa!

De pronto, ella se dio la vuelta y echó a correr escaleras arriba, tan ligera que sus pies parecían flotar. Reith fue tomado por sorpresa. Saltó tras ella, pero la muchacha ganó distancia y siguió a toda velocidad por uno de los corredores. Huía desesperadamente; Reith la perseguía con la misma desesperación, y a los quince metros la alcanzó. La arrojó contra la pared, donde la muchacha se inmovilizó jadeante. Reith miró arriba y abajo por el corredor: no se veía a nadie. Se sintió tremendamente aliviado.

—¿Quieres morir? —susurró en su oído.

—¡No!

—¡Entonces haz exactamente yo que yo te diga! —gruñó Reith. Esperó que la amenaza la convenciera; y de hecho su rostro reflejó el temor que esperaba; sus ojos se abrieron negros y enormes. Intentó hablar, y finalmente dijo:

—¿Qué es lo que quieres que haga?

—En primer lugar, abre camino hasta un lugar tranquilo, donde no pueda venir nadie.

La muchacha se volvió con hombros estremecidos y echó a andar por el corredor. Reith preguntó suspicaz:

—¿Dónde me llevas?

—Al lugar de castigo.

Un momento más tarde giró por un corredor lateral que casi inmediatamente terminaba en una cámara redonda. La muchacha se dirigió hacia un par de cabujones de pedernal; mirando por encima de su hombro como una bruja de cuento de hadas, empujó los negros bulbos. Un portal se abrió a un espacio negro; la muchacha lo cruzó, con Reith muy cerca detrás. Ella tocó un interruptor; un panel se encendió con una débil iluminación.

Estaban al borde de una plataforma que dominaba un tenebroso abismo. Una grúa de aspecto insectoide se inclinaba sobre las profundidades; de su extremo colgaba una cuerda.

Reith miró a la muchacha; ella le devolvió silenciosamente la mirada, con una especie de indiferencia entre asustada y confusa. Sujetándose a la grúa, Reith miró por encima del borde. Un frío soplo de aire azotó su rostro, y se volvió de nuevo hacia la muchacha. La Pnumekin permanecía inmóvil. Reith tuvo la sospecha de que la repentina sucesión de acontecimientos la había puesto en estado de shock. El ajustado sombrero apretaba su cabeza; se lo sacó. La muchacha se apretó contra la pared.

—¿Por qué te sacas el sombrero?

—Me hace daño en la cabeza —dijo Reith.

La muchacha miró más allá de él, hacia la oscuridad. Preguntó con suave y ahogada voz:

—¿Qué quieres que haga?

—Llévame a la superficie, tan rápido como puedas.

La muchacha no respondió. Reith se preguntó si le habría oído. Intentó mirar directamente a su rostro; ella se volvió hacia un lado. Reith le quitó el sombrero. Un extraño rostro como de elfo le miró, con la exangüe boca crispada en un gesto de pánico. Era mayor de lo que sugería su subdesarrollada figura, aunque Reith no pudo estimar exactamente su edad. Sus rasgos eran tan regulares que escapaban a toda descripción; su pelo, una corta mata negra, se aferraba a su cuero cabelludo como un casquete de fieltro. Reith pensó que parecía anémica y neurasténica, a la vez humana y no humana, femenina y asexuada.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó ella en un ronco murmullo.

—Por ninguna razón en particular. Curiosidad, tal vez.

—Es íntimo —murmuró ella, y alzó sus manos hasta sus delgadas mejillas.

Reith se alzó de hombros, sin sentir el menor interés por su modestia.

—Quiero que me lleves a la superficie.

—No puedo.

—¿Por qué no?

Ninguna respuesta.

—¿Me tienes miedo? —preguntó suavemente Reith.

—No tanto como al pozo.

—El pozo está a mano, y es conveniente.

Ella le miró sobresaltada.

—¿Me arrojarías al pozo?

Reith empleó lo que esperaba que fuera una voz convincentemente amenazadora.

—Soy un fugitivo; pretendo alcanzar la superficie.

—No me atrevo a ayudarte. —Su voz era apenas audible y con un tono definitivo—. Los *zuzhma kastchai* me castigarían. —Miró a la grúa—. La oscuridad es terrible; tememos la oscuridad. A veces la cuerda es cortada y nunca más vuelve a saberse de la persona.

Reith se sintió desarmado ante aquello. La muchacha, captando una amenaza en su silencio, dijo con voz humilde:

—Aunque deseara ayudarte, ¿cómo podría hacerlo? Solamente conozco el camino al Mirador Azul, donde además no me está permitido ir, a menos —añadió como si se le ocurriera de pronto— que me declarara una Gzhindra. Tú, por supuesto, serías detenido.

El plan de Reith empezaba a desmoronarse desde su misma base.

—Entonces llévame a alguna otra salida.

—No conozco ninguna. Son secretos que no son enseñados a mi nivel.

—Ven aquí, junto a la luz —dijo Reith—. Mira esto.

Extrajo el portafolios, lo abrió y se lo presentó.

—Muéstrame dónde estamos ahora.

La muchacha miró. Emitió un sonido estrangulado y empezó a temblar.

—¿Qué es esto?

—Algo que tomé de un Pnume.

—¡Son los Mapas Maestros! Mi vida está condenada. ¡Seré arrojada al pozo!

—Por favor, no compliques algo tan simple —dijo Reith—. Mira los mapas, encuentra un camino hasta la superficie, llévame allí. Luego haz lo que quieras. Nadie sabrá nada.

La muchacha le miraba con alocados ojos irrazonables. Reith la sacudió fuertemente por los hombros.

—¿Qué te ocurre?

La voz de ella era apenas un murmullo átono.

—He visto secretos.

Reith no estaba de humor para sentir conmiseración acerca de problemas tan abstractos a irreales.

—Muy bien; has visto los mapas. El daño ha sido hecho. ¡Ahora mira de nuevo y encuentra un camino hasta la superficie!

Una extraña expresión afloró al delgado rostro. Reith se preguntó si de hecho la muchacha no se habría hundido en la locura. De todos los Pnumekin que recorrían los corredores, ¿qué amargo destino le había encaminado a una muchacha emocionalmente inestable? Ella estaba observándole fijamente, por primera vez de una forma directa a inquisitiva.

—Eres un *ghian* —dijo.

—Ciertamente, vivo en la superficie.

—¿Cómo es? ¿Es realmente tan terrible?

—¿La superficie de Tschai? Tiene sus deficiencias.

—Ahora debo convertirme en una Gzhindra.

—Es mejor que vivir aquí abajo en la oscuridad.

—Debo ir al *ghaun* —dijo la muchacha con su voz más átona.

—Cuanto antes mejor —asintió Reith—. Mira de nuevo este mapa. Muéstrame dónde estamos.

—¡No puedo mirar! —gimió la muchacha—. ¡No me atrevo a mirar!

—¡Oh, vamos! —restalló Reith—. Es sólo papel.

—¡Sólo papel! Rebosa secretos, secretos de Clase Veinte. ¡Mi mente es demasiado pequeña!

Reith sospechó una histeria incipiente, pese a que su voz seguía siendo suave y monótona.

—Para convertirte en una Gzhindra tienes que alcanzar la superficie. Para alcanzar la superficie tenemos que encontrar una salida, cuanto más secreta mejor. Aquí tenemos mapas secretos. Somos afortunados.

Ella se inmovilizó, a incluso miró con el rabillo del ojo hacia el portafolios.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Se lo tomé a un Pnume. —Empujó el portafolios hacia ella—. ¿Puedes leer los símbolos?

—Estoy entrenada para leer. —Se inclinó con precaución sobre el portafolios, para echarse instantáneamente hacia atrás, presa del miedo y la revulsión.

Reith se forzó a la paciencia.

—¿Nunca antes habías visto un mapa?

—Poseo un nivel de Cuatro; conozco los secretos de Clase Cuatro; he visto mapas de Clase Cuatro. Esto es Clase Veinte.

—Pero puedes leer este mapa.

—Sí. —La palabra brotó con hosco disgusto—. Pero no me atrevo. Solamente un *ghian* pensaría en examinar un documento tan poderoso... —Su voz se redujo a un murmullo—. Y no digamos robarlo...

—¿Qué harán los Pnume cuando descubran que ha desaparecido?

La muchacha miró hacia el abismo.

—Oscuridad, oscuridad, oscuridad. Caeré eternamente a través de la oscuridad.

Reith empezó a impacientarse. La muchacha parecía capaz únicamente de concentrarse en las ideas que brotaban de su propia mente. Dirigió su atención al mapa.

—¿Qué significan los colores?

—Los niveles y las plataformas.

—¿Y esos símbolos?

—Puertas, portales, caminos secretos. Lugares de contacto. Estaciones de comunicación. Miradores, rampas, puestos de observación.

—Muéstrame dónde estamos ahora.

Reluctante, la muchacha enfocó los ojos.

—No en esta hoja. Vuévela... Otra... Otra... Aquí. —Señaló, manteniendo cautelosamente su dedo a un par de centímetros del papel—. Aquí. La señal negra es el pozo. La línea rosa es la plataforma.

—Muéstrame el camino más próximo hasta la superficie.

—Tendría que ser... déjame ver.

Reith esbozó una distante y reflexiva sonrisa: una vez apartada de sus temores, que eran reales, admitió, la muchacha se volvió instantáneamente dedicada, a incluso olvidó su expuesto rostro.

—El Mirador Azul está aquí. Para llegar a él hay que ir por este lateral, luego subir esta rampa naranja pálido. Pero es una zona atestada, con controles administrativos. Serías detenido y probablemente yo también, ahora que he visto los secretos.

La cuestión de la responsabilidad y la culpabilidad llameó en la mente de Reith, pero la echó a un lado. El cataclismo se había abatido sobre su vida; como una plaga, también la había infectado a ella. Quizás ideas similares estuvieran circulando por la mente de la Pnumekin. La muchacha le lanzó de nuevo una rápida mirada de soslayo.

—¿Cómo viniste del *ghaun*?

—Los Gzhindra me metieron en un saco. Logré salir de él antes de que llegaran los Pnumekin. Confío que hayan llegado a la conclusión de que los Gzhindra bajaron un saco vacío.

—¿Con uno de los Grandes Mapas desaparecido? Ninguna persona de los Abrigos lo tocaría. Los *zuzhma kastchai*⁽¹⁾ no descansarán hasta que tú y yo estemos muertos.

—Cada vez me siento más ansioso por escapar —dijo Reith.

—Yo también —hizo notar la muchacha con ingenua simplicidad—. No quiero caer por aquí.

Reith la observó por unos instantes, preguntándose si realmente no le guardaba ningún rencor como parecía; era como si hubiera caído sobre ella como una calamidad elemental... una tormenta, el golpe de un rayo, una inundación, cosas contra las que cualquier resentimiento, discusión, argumentación, resultaban completamente inútiles. Pensó que su actitud estaba mostrando ya un cierto cambio; se inclinó para inspeccionar el mapa algo menos reluctante que antes. Señaló una Y marcada en marrón claro.

—Ésta es la salida a los Acantilados, donde se efectúan los tratos con los ghian. Nunca he ido tan lejos.

—¿Podemos subir hasta ese punto?

—Nunca. Los *zuzhma kastchai* lo protegen contra los Dirdir. Hay una vigilancia constante.

Reith señaló a otras Y en marrón claro.

—¿Ésas son otras aberturas a la superficie?

—Sí. Pero si creen que estás intentando salir, las habrán bloqueado aquí y aquí y aquí —señaló—, y todas esas aberturas estarán cortadas, y las de la sección Exa también.

—Entonces debemos ir por otro lado: a otros sectores.

El rostro de la muchacha se crispó.

—No sé nada de tales lugares.

—Mira el mapa.

Hizo lo indicado, moviendo el dedo muy cerca del amasijo de líneas coloreadas, pero sin atreverse todavía a tocar el papel en sí.

—Aquí veo un camino secreto, Calidad Dieciocho. Sale del pasadizo más Allá del Paralelo Doce, y reduce el camino a la mitad. Luego podemos seguir por cualquiera de esos accesos hasta los muelles de carga.

Reith se puso en pie. Volvió a colocarse el sombrero, echandoselo sobre el rostro.

—¿Parezco un Pnumekin?

⁽¹⁾ *Zuzhma kastchai*: contracción de una frase: el antiguo y secreto Pueblo del mundo derivado del oscuro suelo y la madre roca.

Ella le lanzó una breve y crítica inspección.

—Tu rostro es extraño. Tu piel es oscura debido al clima del *ghaun*. Toma un poco de polvo y restriégalo por lo cara.

Reith hizo como ella le indicaba; la muchacha lo observó de nuevo con mirada inexpresiva; Reith se preguntó qué estaba pasando por su mente. Se había declarado ella misma una desterrada, una *Gzhindra*, sin gran dolor de espíritu. ¿O estaba maquinando alguna sutil traición? Aunque «traición» tal vez no fuera una palabra justa, reflexionó Reith. No se había comprometido en absoluto con él, no le debía ninguna lealtad... de hecho era más bien a la inversa. Así que, ¿cómo podía controlarla una vez hubieran emprendido la marcha por los distintos pasadizos? Reith la estudió especulativamente, mientras ella parecía más agitada por momentos.

—¿Por qué me miras de esta forma?

Reith le tendió el portafolios azul.

—Lleva esto bajo lo capa, donde no pueda ser visto. La muchacha retrocedió de nuevo.

—No.

—Debes hacerlo.

—No me atrevo. Los *zuzhma kastchai*...

—Ocultas los mapas bajo lo capa —dijo Reith con voz controlada—. Soy un hombre desesperado, y no me detendré ante nada para regresar a la superficie.

Ella tomó el portafolios con dedos flácidos. Volviéndose de espaldas, y mirando cautelosamente a Reith por encima del hombro, ocultó el portafolios fuera de la vista bajo su capa.

—Adelante, pues —chirrió—. Si nos cogen, así es la vida. Nunca pensé ni en sueños en convertirme en una *Gzhindra*.

Abrió el portal y miró fuera, a la cámara redonda.

—El camino está despejado. Recuerda: camina suavemente, no lo inclines hacia delante. Debemos atravesar el Cruce de Fer, y habrá personas dedicadas a sus asuntos. Los *zuzhma kastchai* están por todas partes; si encontramos a uno de ellos, detente, ocúltate en las sombras o ponte de cara contra la pared; es la forma respetuosa de comportarse. No camines rápido; no agites bruscamente los brazos.

Salieron a la habitación redonda y echaron a andar por el pasadizo. Reith seguía a la muchacha a cinco o seis pasos de distancia, intentando simular el paso característico de los *Pnumekin*. Había obligado a la muchacha a llevar los mapas; pero incluso así, estaba a su merced. Ella podía echar a correr gritando al primer *Pnumekin* que viera, a implorar merced de los *Pnume*... La situación era impredecible.

Caminaron durante casi un kilómetro, subiendo una rampa, bajando otra y cruzando un acceso principal. A intervalos de ocho metros se abrían estrechas aberturas en la roca; junto a cada una de ellas había un pedestal aflautado con una superficie superior plana y pulida, cuya función Reith no pudo calcular. El pasadizo se ensanchó, y entraron en el Cruce de Fer, una amplia sala hexagonal con una docena de columnas de mármol pulido sosteniendo el techo. A lo largo de toda su periferia, en pequeños cubículos, había

sentados Pnumekin escribiendo en grandes libros, o manteniendo ocasionalmente vagos y aparentemente inconclusivos coloquios con otros Pnumekin que habían acudido a verles.

La muchacha se dirigió hacia un lado y se detuvo.

Reith se detuvo también.

Ella le lanzó una mirada, luego miró dubitativa hacia un Pnumekin en el centro de la estancia: un hombre alto y desmañado con una postura poco habitualmente alerta. Reith se ocultó en las sombras de una columna y observó a la muchacha. Su rostro era completamente inexpresivo, pero Reith sabía que estaba pasando revista a las circunstancias que habían alterado completamente su pálida existencia, y su vida dependía del equilibrio de sus temores: el abismo sin fondo contra los ventosos cielos amarronados de la superficie.

Avanzó lentamente hacia Reith y se le unió a la sombra de la columna. Por el momento al menos, había hecho su elección.

—El hombre alto de Allá: es un Monitor de Escucha⁽¹⁾. ¿Observas la forma en que lo observa todo? Nada se le escapa.

Durante un tiempo Reith permaneció observando al Monitor de Escucha, sintiéndose cada vez menos inclinado a cruzar la estancia. Murmuró a la muchacha:

—¿Conoces otro camino a los muelles de carga?

Ella meditó sobre el asunto. Una vez decidido huir, su personalidad parecía haberse vuelto más centrada, como si el peligro la hubiera arrastrado fuera de la ensoñadora inversión de su anterior existencia.

—Creo —dijo, dudosa— que hay otra ruta que pasa por las salas de trabajo; pero es un camino largo, y hay otros Monitores de Escucha por ahí.

—Hummm —Reith se volvió para observar al Monitor de Escucha del Cruce de Fer.

—Observa que se vuelve para mirar a uno y otro lado —dijo finalmente—. Cuando esté de espaldas a nosotros, avanzaré hacia la siguiente columna, y tú ven tras de mí.

Un momento más tarde, el Monitor se dio la vuelta. Reith salió de su escondite y recorrió a toda prisa la distancia que lo separaba de la siguiente columna de mármol. La muchacha avanzó lentamente tras él, aún algo indecisa, o al menos esto le pareció a Reith.

Reith no podía asomarse de la columna para mirar sin correr el riesgo de atraer la atención del Monitor.

—Avísame cuando mire en otra dirección —murmuró a la muchacha.

—Ahora.

Reith alcanzó la siguiente columna y, utilizando una hilera de lentos Pnumekin como pantalla, siguió hasta la próxima. Ahora no quedaba más que una zona descubierta. El Monitor se volvió bruscamente en redondo, y Reith se acurrucó tras la columna: un juego

⁽¹⁾ Traducción aproximada de la contracción *gol'eszitra*, de una frase cuyo significado es «intelecto supervisor con el oído alerta a cualquier tipo de disturbio».

mortal al escondite. Un Pnume entró en la cámara desde un corredor lateral, avanzando lentamente sobre sus piernas de extrañas articulaciones.

—El Crítico Silencioso —susurró la muchacha, conteniendo el aliento—. Cuidado... —Se alejó con la cabeza baja, como abstraída en sus pensamientos. El Pnume se detuvo, a menos de quince metros de Reith, que se volvió de espaldas. Sólo quedaban unos pocos pasos hacia el norte para alcanzar el pasadizo. Reith encajó los omoplatos. No podía soportar el seguir oculto tras la columna. Con la sensación de que todos los ojos de la cámara estaban clavados en él, cruzó la zona descubierta. A cada paso esperaba oír un grito ultrajado, una alarma. El silencio se hizo opresivo; sólo a costa de un gran esfuerzo consiguió controlar el irresistible impulso de mirar por encima del hombro. Alcanzó la boca del pasadizo y volvió una cautelosa mirada por encima del hombro... para encontrarse con los ojos del Pnume fijos en él. Con el corazón latiéndole alocadamente, Reith se volvió con lentitud y siguió andando. La muchacha había seguido su camino por delante de él. La llamó con voz suave:

—Corre. Encuentra el corredor de Clase Dieciocho.

Ella volvió hacia él una mirada sorprendida.

—El Crítico Silencioso está aquí mismo. No puedo correr; si lo ve sospechará una conducta no decorosa.

—No importa el decoro —dijo Reith—. Encuentra el acceso tan rápido como lo sea posible.

Ella apresuró el paso, con Reith a sus talones. Tras unos cincuenta metros arriesgó una mirada hacia atrás. Nadie a la vista.

El corredor se bifurcaba; la muchacha se detuvo en seco.

—Creo que debemos ir a la izquierda, pero no estoy segura.

—Mira el mapa.

Con enorme relucencia, ella se volvió de espaldas y sacó el portafolios de debajo de su capa. No consiguió manejarlo, y se lo entregó a Reith como si le quemara en las manos. Él volvió las páginas hasta que ella exclamó:

—Alto.

Mientras estudiaba las líneas de color, Reith mantuvo la mirada fija a sus espaldas. Muy atrás, donde el pasadizo desembocaba en el Cruce de Fer, una sombra oscura apareció en medio de la abertura. Reith, sintiendo vibrar cada nervio, urgió a la muchacha a que se apresurase.

—A la izquierda, luego en la Señal Dos-uno-dos, una baldosa azul. Estilo Veinticuatro... debo consultar la inscripción. Aquí está: cuatro puntos de presión. Tres-uno-cuatro-dos.

—Apresúrate —dijo Reith entre dientes apretados.

Ella volvió una sorprendida mirada hacia el fondo del corredor.

—*iZuzhma kastchai!* .

Reith miró también hacia atrás, intentando simular la actitud Pnumekin. El Pnume avanzaba lentamente, pero sin ninguna finalidad aparente, o eso le pareció a Reith. Echó

a andar para alcanzar a la muchacha. Mientras caminaba, ella iba contando las marcas de los números en la base de la pared:

—Setenta y cinco... ochenta... ochenta y cinco... —Reith miró hacia atrás. Ahora había dos formas oscuras en el corredor; un segundo Pnume había aparecido de algún lugar—. Ciento noventa y cinco... doscientos... doscientos cinco...

La baldosa azul, recubierta por un antiguo barniz rojo púrpura, estaba tan sólo a treinta centímetros del suelo. La muchacha encontró los puntos de presión y los tocó; apareció la silueta de una puerta; la puerta se abrió.

La muchacha se puso a temblar.

—Es Calidad Dieciocho. No debería entrar.

—El Crítico Silencioso nos está siguiendo —dijo Reith.

Ella jadeó y se metió en el pasadizo. Era estrecho y poco iluminado y permeado por un olor ligeramente rancio que Reith había empezado a asociar con los Pnume.

La puerta se cerró deslizándose a sus espaldas. La muchacha alzó un pequeño pestillo y aplicó el ojo a la lente de una mirilla.

—El Crítico Silencioso se acerca. Sospecha una conducta poco decorosa y desea aplicar un castigo... ¡No! ¡Son dos! ¡Ha llamado a un Guardián! —Se puso rígida, con el ojo apretado contra la mirilla. Reith aguardó sobre ascuas.

—¿Qué están haciendo?

—Miran por todo el corredor. Se preguntan por qué no estamos a la vista.

—Sigamos —dijo Reith—. No podemos quedarnos aquí aguardando.

—El Guardián sabrá de este pasadizo... Si entran...

—Eso no importa. —Reith echó a andar por el corredor, y la muchacha le siguió. Formaban una extraña pareja, pensó Reith, avanzando a largas zancadas en medio de la oscuridad, con sus flotantes capas negras y sus sombreros de copa corta. La muchacha se cansó pronto, y disminuyó aun más su velocidad mirando constantemente por encima del hombro. Lanzó un gemido de resignación y se detuvo.

—Han entrado en el pasadizo.

Reith miró hacia atrás. La puerta se había abierto de par en par. En su abertura se siluetearon los dos Pnume.

Por un instante permanecieron rígidos, como extraños muñecos negros, luego se pusieron en movimiento como en una sacudida.

—Nos han visto —dijo la muchacha, y hundió la cabeza—. Eso significa el pozo... Bien, vayamos a su encuentro con toda humildad.

—Quédate contra la pared —dijo Reith—. No lo muevas. Tienen que venir a nosotros. Sólo son dos.

—No podrás nada contra ellos.

Reith no hizo ningún comentario. Tomó una roca del tamaño de un puño que había caído del techo y aguardó.

—No puedes hacer nada —gimió la muchacha—. Utiliza la humildad, la conducta plácida...

Los Pnume llegaron rápidamente, con el extraño paso de sus piernas articuladas al revés, agitando sus blancas submandíbulas. Se detuvieron a tres metros de distancia, para contemplar a las dos figuras que permanecían inmóviles junto a la pared. Durante medio minuto nadie del grupo se movió o emitió algún sonido. El Crítico Silencioso alzó lentamente su delgado brazo para señalar con dos huesudos dedos.

—Volved.

Reith no hizo ningún movimiento. La muchacha permanecía inmóvil, con los ojos velados y la boca fláccidamente abierta.

—Volved —dijo nuevamente el Pnume, con una voz ronca y aflautada.

La muchacha empezó a avanzar torpemente por el pasadizo; Reith no hizo ningún movimiento.

Los Pnume lo contemplaron asombrados. Intercambiaron un susurro sibilante, luego el Crítico Silencioso dijo imperioso:

—Ven.

Con un murmullo casi inaudible, el Guardián dijo:

—Tú eres la entrega que no llegó a su destino.

El Crítico Silencioso avanzó sobre extrañamente articulados pies y tendió el brazo. Reith lanzó la piedra con todas sus fuerzas; golpeó de lleno el rostro blanco óseo de la criatura. Se oyó un crujido, y el Pnume retrocedió tambaleándose contra la pared, donde se quedó agitándose y alzando y bajando una pierna de la más excéntrica de las maneras. El Guardián lanzó un jadeante sonido gutural y saltó hacia delante.

Reith retrocedió, se arrancó la capa y, en un alocado floreo, la arrojó sobre la cabeza del Pnume. Por un momento la criatura pareció no darse cuenta y siguió adelante, los brazos extendidos; luego empezó a bailotear y a patear. Reith avanzó cautelosamente a su alrededor, buscando una ventaja momentánea, y los dos, con sus silenciosos giros, efectuaron un peculiar y grotesco ballet. Mientras el Crítico Silencioso observaba indiferente, Reith aferró el brazo del Guardián; parecía como una cañería de hierro. El otro brazo se agitó; dos duros dedos rasgaron el rostro de Reith. Reith no sintió nada. Hizo palanca, lanzó al Guardián contra la pared. Rebotó, y avanzó rápidamente sobre Reith. Éste golpeó tentativamente el largo rostro pálido; era frío y duro. La fuerza de la criatura era inhumana; debía eludir su presa, que podía ponerle en dificultades. Si golpeaba a la criatura con sus puños desnudos lo único que conseguiría sería romperse las manos.

Paso a paso, el Guardián avanzó, doblando las piernas a su extraña manera. Reith se dejó caer al suelo, pateó las piernas de la criatura para hacerle perder el equilibrio; cayó. Reith saltó de nuevo en pie para eludir el esperado ataque del Crítico Silencioso, pero éste permanecía gravemente reclinado contra la pared, observando la lucha con la imparcialidad de un espectador. Reith se sintió desconcertado y momentáneamente distraído por su actitud; como resultado de ello, el Guardián alcanzó su tobillo con los dedos de uno de sus pies y, tendiéndose sorprendentemente, lanzó el otro pie contra el cuello de Reith. Reith pateó a la criatura en la ingle; fue como patear la horcadura de un

árbol; sintió un terrible dolor en el pie. Los dedos aferraron su cuello; Reith agarró la pierna, retorció, aplicó palanca. El Pnume se vio obligado a girar su cuerpo boca abajo. Reith saltó sobre su espalda. Agarró su cabeza, dio un terrible y violento tirón hacia atrás. Un hueso o una membrana rígida cedió elásticamente, luego restalló. El Guardián se agitó hacia uno y otro lado en terribles palpitaciones. Consiguió ponerse por casualidad en pie y, con la cabeza colgando grotescamente hacia atrás, se alejó dando saltos por el túnel. Golpeó al Crítico Silencioso, que se derrumbó blandamente al suelo. ¿Muerto? Reith desorbitó los ojos. Muerto.

Reith se reclinó contra la pared, jadeante, falto de aliento. Allá donde el Pnume le había alcanzado había moraduras. La sangre resbalaba por su mejilla; tenía una luxación en el codo; le dolía terriblemente el pie... pero los dos Pnume estaban muertos. A una cierta distancia, la muchacha permanecía acurrucada en un trance inducido por el shock. Reith avanzó tambaleante hacia ella, apoyó una mano en su hombro.

—Estoy vivo. Tú estás viva.

—¡Tu rostro sangra!

Reith se secó el rostro con el borde de su capa. Se inclinó sobre los cadáveres. Frunciendo los labios, registró los cuerpos, pero no encontró nada de interés para él.

—Supongo que será mejor que sigamos —dijo.

La muchacha se volvió y echó a andar por el túnel. Reith la siguió. Los cuerpos de los Pnume quedaron tendidos en la semioscuridad.

Los pasos de la muchacha empezaron a hacerse más lentos.

—¿Estás cansada? —preguntó Reith.

Su solicitud la desconcertó; le miró insegura.

—No.

—Bueno, yo sí. Descansemos un poco. —Se dejó caer al suelo, gruñendo quejumbroso. Tras una momentánea vacilación, ella se acomodó también al otro lado del pasadizo. Reith la estudió con perplejidad. La muchacha parecía haber apartado por completo de su mente la lucha con los Pnume, o eso parecía al menos. Su sombrío rostro estaba muy tranquilo. Sorprendente, pensó Reith. Su vida se había visto destrozada; su futuro se presentaba como una sucesión de terribles interrogantes; y sin embargo Allí estaba sentada, su rostro tan inexpresivo como el de una marioneta, sin parecer preocuparse por nada.

—¿Por qué me miras así? —preguntó de pronto ella, débilmente.

—Estaba pensando —dijo Reith— que, teniendo en cuenta las circunstancias, pareces sorprendentemente tranquila.

Ella no respondió de inmediato. Hubo un pesado silencio en el pasadizo casi a oscuras. Luego la muchacha dijo:

—Floto siguiendo la corriente de la vida; ¿cómo puedo cuestionar lo que me empuja? Sería temerario pensar en preferencias; después de todo, la existencia es un privilegio que es concedido a muy pocos.

Reith se reclinó contra la pared.

—¿A muy pocos? ¿Y cómo es eso?

La muchacha pareció intranquila; sus dedos se retorcieron.

—No sé cómo son las cosas en el *ghaun*; quizá vosotros lo hagáis todo de distinto modo. En los Abrigos⁽¹⁾ las mujeres—madres engendran doce veces, y tan sólo la mitad, a veces menos, sobreviven... —Hizo una pausa. Luego, con voz de didáctica reflexión, prosiguió:— He oído que todas las mujeres del *ghaun* son mujeres-madres. ¿Es eso cierto? No puedo creerlo. Si cada una de ellas da a luz doce veces, aunque seis de sus descendientes vayan al pozo, el *ghaun* debería hervir de carne viva. Parece irrazonable. —Como si la idea se le hubiera ocurrido de repente, añadió—: Me alegro de que yo nunca seré una mujer-madre.

Reith se sintió de nuevo desconcertado.

—¿Cómo puedes estar segura? Todavía eres joven.

El rostro de la muchacha se crispó en lo que podía ser azoramiento.

—¿Acaso no puedes verlo? ¿Tengo el aspecto de una mujer-madre?

—Desconozco cuál es el aspecto de una mujer-madre.

—Tienen el pecho y las caderas hinchados. ¿No son iguales las madres *ghian*? Algunos dicen que los Pnume deciden quiénes serán mujeres-madres y las llevan directamente a las guarderías. Allí yacen en la oscuridad y dan y dan a luz.

—¿Solas?

—Ellas y las otras madres.

—¿Y los padres?

—No se necesitan padres. En los Abrigos todo es seguro; no se precisa protección.

Reith empezó a barruntar una antigua sospecha.

—En la superficie —dijo— las cosas pasan de una forma bastante distinta.

Ella se inclinó hacia delante, y su rostro mostró una animación mayor de la que Reith había visto hasta entonces.

—Siempre me he preguntado acerca de la vida en el *ghaun*. ¿Quién elige a las mujeres-madres? ¿Dónde dan a luz?

Reith eludió la cuestión.

—Es una situación más bien complicada. Supongo que a su debido tiempo aprenderás algo sobre ello, si vives lo bastante. Incidentalmente, soy Adam Reith. ¿Cuál es lo nombre?

—¿«Nombre»⁽²⁾? Soy una hembra.

⁽¹⁾ Abrigos: traducción inexacta de una palabra que combina conceptos de orden milenario, tranquilidad y seguridad, junto con la complejidad de un laberinto.

⁽²⁾ «Identificación», «Nombre» y «Tipo», en la lengua de Tschai, son la misma palabra.

—Sí, pero, ¿cuál es tu nombre personal?

La muchacha se lo pensó.

—En los registros, las personas son listadas según el grupo, área y zona. Mi grupo es Zith, del Área de Athan, en la Zona de Paga; mi número de registro es el 210.

—Zith Athan Pagaz, 210. Zap 210. No es mucho como nombre. De todos modos, lo va.

La muchacha permaneció impasible ante la ironía de Reith.

—Cuéntame cómo viven los Gzhindra.

—Los vi al acecho en las tierras yermas junto a mi almacén. Inyectaron gas narcótico en la habitación donde dormía. Desperté en un saco. Me bajaron por un pozo. Eso es todo lo que sé de los Gzhindra. Supongo que hay formas mejores de vivir.

Zap 210, como Reith pensaba ahora en ella, mostró su desaprobación.

—Son personas después de todo, y no cosas salvajes.

Reith no tenía ningún comentario que hacer. La inocencia de la muchacha era tan enorme que cualquier información no haría más que ocasionarle shock y confusión.

—Encontrarás muchos tipos de gente en la superficie.

—Es muy extraño —dijo la muchacha con una voz vaga y suave—. De pronto, todo ha cambiado. —Allí sentada, miró fijamente a la oscuridad—. Los demás van a preguntarse dónde he ido. Alguien tendrá que hacer mi trabajo.

—¿Cuál era lo trabajo?

—Instruía a los niños en decoro.

—¿Y en lo tiempo libre?

—Hacía crecer cristales en la nueva Cordillera Cuatro Oriental.

—¿Hablabas con tus amigos?

—A veces, en el dormitorio.

—¿Tenías amigos entre los hombres?

Las negras cejas se alzaron en desagrado bajo la sombra de la ancha ala del sombrero.

—No es decoroso hablar a los hombres.

—¿Estar sentada aquí conmigo no es decoroso?

Ella no dijo nada. Probablemente la idea no se le había ocurrido todavía, pensó Reith; ahora iba a considerarse una mujer caída en desgracia.

—En la superficie —dijo rápidamente— la vida es muy distinta, y comprobarás que de hecho a veces resulta muy poco decorosa. Suponiendo que sobrevivamos para alcanzar la superficie.

Extrajo el portafolios azul. Como por reflejo, Zap 210 se echó hacia atrás. Reith no le prestó atención. Entrecerrando los ojos a la débil luz, estudió la maraña de líneas coloreadas. Apoyó tentativamente un dedo sobre un lugar.

—Tengo la impresión de que ahora estamos aquí.

No hubo respuesta por parte de Zap 210. Reith, dolorido, nervioso y exhausto, empezó a reprenderla por su desinterés, luego contuvo su lengua. Ella no estaba allí por voluntad propia, se recordó; no merecía ni censura ni resentimiento; por sus acciones, él se había hecho responsable de ella. Reith lanzó un gruñido de irritación. Inspiró profundamente y dijo, con su voz más educada:

—Si recuerdo correctamente, este pasadizo conduce por aquí —señaló—, y va a desembocar en esta avenida rosa. ¿Estoy en lo cierto?

Zap 210 miró el mapa de reajo.

—Sí. Éste es un camino muy secreto. Observa que conecta Athan con Zaltra; de otro modo uno tiene que dar una vuelta, por el Cruce de Fei'erj. —Se acercó reluciente, y acercó su dedo a un par de centímetros del terciopelo—. Esta señal gris es donde queremos ir: el muelle de carga, y el final de la arteria de suministros. Por Fei'erj sería imposible, puesto que el camino atraviesa los dormitorios y las zonas metalúrgicas.

Reith contempló pensativo los pequeños círculos rojos que marcaban las salidas.

—Parecen tan cercanas, tan fáciles de alcanzar.

—Por supuesto, estarán vigiladas.

—¿Qué es esta larga línea negra?

—Es el canal de carga, y es la mejor ruta para alejarse de la Zona de Pagaz.

—¿Y este punto brillante verde?

Miró, a inspiró rápidamente.

—Es el camino a Posteridad: ¡un secreto de Clase Veinte! —Volvió a sentarse y sujetó su barbilla contra sus rodillas. Reith volvió a los mapas. Captó la mirada de la muchacha y alzó la vista, para descubrirla estudiándolo intensamente. Ella se humedeció sus incoloros labios—. ¿Por qué eres tan importante? —preguntó bruscamente.

—La verdad es que lo desconozco por completo. —Lo cual no era enteramente cierto.

—Te quieren para Posteridad. ¿Eres de alguna extraña raza?

—En un cierto sentido —dijo Reith. Se puso penosamente en pie—. ¿Estás lista? Será mejor que sigamos.

Ella se puso en pie sin más comentario, y siguieron adelante por el penumbroso corredor. Caminaron más de un kilómetro y llegaron a una pared blanca con una puerta negra de hierro en el centro. Zap 210 aplicó el ojo a la mirilla.

—Está pasando un carro... hay personas cerca. —Volvió la vista a Reith—. Mantén la cabeza baja —dijo con voz crítica—. Baja el ala del sombrero. Camina tranquilo, con los pies apuntando directamente al frente. —Volvió a la mirilla. Su mano avanzó hacia la manija de la puerta. Apretó, y la puerta se abrió—. Aprisa, antes de que nos vean.

Parpadeando, furtivos, entraron en un amplio corredor en arco. Las paredes de pegmatita estaban incrustadas con enormes turmalinas que, excitadas a la fluorescencia por medios desconocidos, resplandecían azules y rosas.

Zap 210 echó a andar por el corredor; Reith la siguió a una discreta distancia. Cincuenta metros más adelante, un carro de formas bajas cargado de sacos avanzaba sobre gruesas ruedas negras. Desde algún lugar tras ellos les llegó el sonido de martillos golpeando el metal y un ruido como de roce, cuya fuente Reith nunca llegó a saber.

Durante diez minutos avanzaron por el corredor. En cuatro ocasiones se cruzaron con Pnumekin, que volvieron hacia otro lado los rostros ensombrecidos por sus sombreros, mientras sus pensamientos exploraban áreas más allá de la imaginación de Reith.

La pegmatita pulida cambió bruscamente a negra hornablenda, estriada de cuarzo blanco que parecía resplandecer dando la impresión de venas sobre la negra matriz, el producto final de ignorados siglos de trabajo. Muy lejos, allá delante, el pasadizo se reducía a un diminuto semióvalo negro, que volvía luego a ampliarse en grados insensibles. Más allá estaba la negrura absoluta.

La abertura se expandió y les rodeó; llegaron a una plataforma que dominaba un vacío tan negro y enorme que hacía pensar en el espacio. A cincuenta metros a la derecha una barcaza, amarrada al muelle, parecía flotar en medio del aire; Reith comprendió entonces que el vacío negro era la superficie de un lago subterráneo.

Media docena de Pnumekin trabajaban calmadamente en el muelle, cargando la barcaza con balas.

Zap 210 se deslizó hacia una bolsa de sombra a un lado. Reith se le unió, demasiado cerca para el gusto de ella; se apartó unos reluctantes centímetros.

—¿Y ahora qué? —preguntó Reith.

—Sígueme a bordo de la barcaza. No digas nada a nadie.

—¿Nadie pondrá objeciones? ¿No van a echarnos?

La muchacha le lanzó una inexpresiva mirada.

—Hay personas que viajan en las barcasas. Así es como conocen los túneles lejanos.

—Ah —dijo Reith—. El ansia Pnumekin de horizontes lejanos: ver otros túneles.

La muchacha le lanzó otra inexpresiva mirada.

—¿Has viajado alguna vez antes en una barcaza?

—No.

—¿Cómo sabes dónde va ésta?

—Va al norte, a las Áreas; no puede ir a ningún otro sitio. —Atisbó en la oscuridad—. Sígueme, y camina con decoro.

Echó a andar a lo largo del muelle, los ojos bajos, avanzando como en sueños. Reith aguardó un instante, luego fue tras ella.

La muchacha se detuvo al lado de la barcaza, miró con ojos vacuos hacia el negro vacío; luego, como maquinalmente, cruzó hacia la embarcación. Trepó por la borda y se mezcló con las sombras de las balas.

Reith la imitó. Los Pnumekin en el muelle, inmersos en sus pensamientos privados, no le prestaron atención. Reith subió a la barcaza y entonces ya no pudo controlar la aceleración de sus pasos mientras se sumergía entre la protectora carga.

Zap 210, tensa como un cable, observó a los trabajadores del muelle. Fue relajándose gradualmente.

—Están de mal humor; de otro modo se hubieran dado cuenta. Los *ghian*, ¿siempre saltan y corren cuando van de un lado para otro?

—No me sorprendería —dijo Reith—. Pero no ha pasado nada. La próxima vez... —Calló en seco. En el extremo más alejado del muelle había una forma oscura. Se agitó, avanzó lentamente hacia la barcaza, y entró en la zona iluminada—. Un Pnume —susurró Reith. Zap 210 guardó silencio.

La criatura avanzó por entre los trabajadores del muelle, que ni siquiera volvieron la vista hacia él. Cruzó lentamente el muelle y se detuvo cerca de la barcaza.

—Nos vio —susurró la muchacha.

Reith aguardó con el corazón bombeando, las heridas doliéndole, los brazos y las piernas flácidos y torpes. No se sentía capaz de sobrevivir a otra lucha.

—¿Sabes nadar? —susurró con voz ronca.

Un jadeo de horror y una mirada hacia el negro vacío.

—¡No!

Reith miró a su alrededor en busca de un arma: un palo, un garfio, una cuerda; no encontró nada.

El Pnume pasó más allá de su radio de visión. Un momento más tarde notaron temblar la barcaza bajo su peso.

—Quítate lo capa —dijo Reith. Se quitó también la suya y, envolviendo con ella el portafolios, lo metió todo en una rendija entre la carga. Zap 210 siguió inmóvil.

—¡Quítate lo capa!

Ella empezó a lloriquear. Reith aplastó la mano contra su boca.

—¡Rápido! —Tiró del lazo de su cuello y, al tocar su barbilla, notó que temblaba. Le arrancó la capa, la puso junto a la suya. La muchacha permanecía casi de rodillas, medio encogida sobre sí misma. Reith, pese a la urgencia del momento, tuvo que resistir un insano deseo de echarse a reír ante la frágil figura adolescente bajo el sombrero negro—. Escucha —dijo roncamente—. Sólo puedo decírtelo una vez. Voy a saltar por la borda. Debes seguirme inmediatamente. Pasa tus brazos en torno a mis hombros. Mantén la cabeza fuera del agua. Sobre todo, no chapotees ni agites la superficie. Estarás segura.

Sin esperar a su confirmación, se deslizó lentamente por el costado de la barcaza. La helada agua ascendió por su cuerpo como un anillo de fuego helado. Zap 210 vaciló solamente un instante, luego pasó también por encima de la borda, seguramente tan sólo

porque temía más a los Pnume que al húmedo vacío. Jadeó cuando sus piernas entraron en contacto con el agua.

—¡Silencio! —susurró Reith. Las manos de la muchacha se apoyaron en sus hombros; descendió lentamente en el agua, y el pánico engarfió sus manos en torno al cuello del hombre—. ¡Cuidado! —susurró Reith—. Mantén lo rostro hacia abajo. —Se deslizó hasta pegarse al casco y se agarró a un puntal. A menos que alguien o algo se asomara por la borda, eran virtualmente invisibles.

Pasó medio minuto. Las piernas de Reith empezaron a entumecerse. Zap 210 permanecía agarrada a su espalda, la barbilla apoyada casi contra su oreja; podía oír el castañeteo de sus dientes. Su delgado cuerpo se apretaba contra el de Reith, atrapando cálidas bolsas de agua que se alejaban pulsando cuando uno u otro se movían. En una ocasión, cuando era un muchacho, Reith había rescatado a un gato que se ahogaba; como Zap 210, el animal se había aferrado a él con una urgencia desesperada, despertando en Reith un peculiarmente intenso instinto de protección. Sus cuerpos, asustados y empapados, proyectaban el mismo elemental anhelo de vida... Silencio, oscuridad, frío. La pareja en el agua escuchó... A lo largo de la barcaza se oyó un suave sonido: el cliqueteo de unos pies con dedos córneos. Se detuvo, se reanudó cautelosamente, luego volvió a detenerse, directamente sobre sus cabezas. Alzando la vista, Reith vio los dedos de unos pies, parecidos a garras, aferrados al borde superior de la borda. Tomó una de las manos de Zap 210, la guió hasta el puntal, luego la otra. Una vez libre, se volvió para situarse, en el agua, de espaldas a la barcaza.

Aceitosas ondulaciones se alejaron de él; lentes concéntricas de luz color membrillo se formaron y desaparecieron.

Los dedos sobre la cabeza de Reith cliquetearon en la borda. Estaban cambiando de posición. Reith, esbozando una siniestra sonrisa que exhibió todos sus dientes, levantó bruscamente su brazo derecho. Cogió un delgado y duro tobillo, tiró. El Pnume lanzó un graznido de sorprendida consternación. Se tambaleó hacia delante y por un momento pareció inmovilizarse en un ángulo increíble, casi horizontal, sostenido solamente por la presa de los dedos de sus pies. Luego cayó al agua.

Zap 210 se aferró a Reith.

—No dejes que te toque; te despedazará.

—¿Puede nadar?

—No —dijo ella entre castañeteantes dientes—. Es pesado; se hundirá.

—Trepa a mis hombros —dijo Reith—, agárrate a la borda, sube a la barcaza.

Ella se agitó torpemente a sus espaldas. Sus pies empujaron sobre sus hombros; se puso en pie sobre ellos, luego trepó penosamente a la barcaza. Reith se izó laboriosamente tras ella y se tendió en cubierta, completamente agotado.

Finalmente se puso en pie para mirar hacia el muelle. Los Pnumekin seguían trabajando como antes.

Reith volvió a sumergirse en las sombras. Zap 210 no se había movido. Sus ropas se pegaban a su subdesarrollado cuerpo. No dejaba de ser graciosa, reflexionó Reith.

Ella se dio cuenta de su atención y se pegó de espaldas a la carga.

—Quítate la ropa mojada y ponte la capa —sugirió Reith—. Estarás más caliente.

Ella lo miró con aire miserable. Reith se quitó sus propias ropas empapadas. Con un horror casi tan intenso como el que había mostrado hacia el Pnume, ella se dio precipitadamente la vuelta. Reith halló las energías necesarias para esbozar una triste sonrisa. Vuelta de espaldas, ella se echó la capa sobre los hombros y, de alguna manera, consiguió despojarse del resto de sus ropas.

La barcaza vibró, se bamboleó. Reith miró más allá de la carga y vio que el muelle estaba alejándose. Se convirtió en un oasis de luz en medio de una profunda oscuridad. Muy lejos, allá delante, divisó un difuso resplandor azulado hacia el que se dirigía silenciosa la barcaza.

Estaban en camino. Tras ellos quedaba la Zona de Pagaz y el camino a Posteridad. Delante se abría la oscuridad y las Áreas Septentrionales.

4

La barcaza llevaba una tripulación de dos hombres, que se mantenían en la contrarroda a proa. Allí había como un pequeño camarote, mezcla de comedor y cocina, un islote de débil luz amarilla. AL parecer había al menos otros dos pasajeros a bordo, quizá incluso tres o cuatro, que eran más discretos aún que la tripulación y se dejaban ver solamente en la contrarroda. La comida parecía estar a disposición de todos. Zap 210 no permitió a Reith que fuera a proa a por ella. En un momento en que la cocina no era utilizada, Zap 210 fue hasta allí y se agenció comida para ambos: tortas de hierba del peregrino, unas cosas con forma de ciruela que podían ser tanto frutas como insectos parecidos a sanguijuelas, barritas de pasta de carne, galletitas dulces y saladas de una sustancia delicadamente crujiente que Zap 210 consideró una delicia, pero que dejaron en la boca de Reith un regusto desagradable.

Pasó el tiempo; cuánto era algo que Reith se sentía incapaz de calcular. El lago se convirtió en un río, que a su vez se convirtió en un canal subterráneo de veinte o veinticinco metros de ancho. La barcaza avanzaba sin producir el menor sonido, propulsada, imaginó Reith, por campos eléctricos que envolvían la quilla. Delante de ellos brillaba una débil lucecita azul que servía como indicación para el sensor de rumbo de la barcaza; cuando rebasaban una de esas luces azules, otra parecida brillaba siempre más adelante. A largos intervalos, la barcaza pasaba junto a solitarios muelles, tras los que se abrían incógnitos pasadizos que conducían a lugares desconocidos.

Reith comió y durmió; perdió la cuenta de cuántas veces. Su cosmos era la barcaza, la oscuridad, la invisible agua, la presencia de Zap 210. Sin nada ante él excepto tiempo y aburrimiento, Reith se dedicó a la tarea de explorar la personalidad de la muchacha. Zap 210, por su parte, trataba a Reith con suspicacia, como si rechazara incluso la intimidad de la conversación: una pudibundez y una escrupulosa reserva peculiares en una persona que, por todo lo que sabía, no poseía ni siquiera un conocimiento distorsionado de los procesos sexuales normales. La obra del instinto primordial, meditó Reith. Pero, en conciencia, ¿cómo podía dejarla a sus propios medios en la superficie en una condición tal de inocencia? Por otra parte, la perspectiva de explicarle la biología humana a Zap 210 no era nada cómoda.

La propia Zap 210 no parecía sentirse hastiada en ningún momento del paso del tiempo; dormía o permanecía sentada en la oscuridad como si contemplara el paso de maravillosos panoramas de gran fascinación. Vejado por su autosuficiencia, Reith se le unía ocasionalmente, fingiendo no prestar atención a su ligero movimiento de retroceso. La conversación con Zap 210 no era nunca gratificante. Tenía una serie de inalterables prejuicios acerca de la superficie: temía al cielo, al viento, al espacio del horizonte, a la pálida luz cobriza del sol. Sus anticipaciones eran melancólicas: preveía la muerte bajo la maza de algún aullante bárbaro. Reith intentaba modificar esas visiones, pero no encontraba más que desconfianza.

—¿Crees que ignoramos lo que es la superficie? —preguntó ella con una tranquila ironía—. Los *zuzhma kastchai* saben más que nadie; lo saben todo. El conocimiento es su existencia. Ellos son la vida cerebral de Tschai; Tschai es el cuerpo y los huesos, y los *zuzhma kastchai* son el cerebro.

—Y los Pnumekin: ¿dónde encajan en el cuadro?

—¿Las «personas»? Hace mucho tiempo, los *zuzhma kastchai* brindaron refugio a algunos hombres de la superficie, con algunas hembras y algunas mujeres-madres. Las «personas» probaron su diligencia puliendo piedras y perfeccionando cristales. Los *zuzhma kastchai* proporcionaron la paz, y así ha sido a lo largo de las eras.

—¿Y de dónde vinieron originalmente los hombres, sabes eso?

Zap 210 demostró no estar interesada.

—De los *ghian*, ¿de dónde sí no?

—¿No lo han enseñado acerca del sol y las estrellas y los demás mundos del espacio?

—Enseñan lo que nosotros más deseamos saber, que es el decoro y la buena conducta. — Suspiró ligeramente—. Todo esto ha quedado tras de mí, ha desaparecido; ¡cómo se maravillarán los demás ahora respecto a mí!

Por todo lo que Reith podía comprender, la principal emoción que embargaba a Zap 210 parecía ser su indecorosa conducta.

La barcaza seguía su camino. Los resplandores azules aparecían al frente, se acercaban a ellos y pasaban, y nuevos resplandores brillaban en la distancia. Reith empezó a sentirse intranquilo y agitado. La oscuridad era casi completa, disipada solamente por la vaga luz de la proa. La voz femenina de Zap 210, también no más que una silueta nebulosa, empezó a actuar sobre su imaginación; algunas de sus características adoptaron la semblanza de provocaciones eróticas. Solamente gracias a un consciente esfuerzo racional consiguió mantener su impersonalidad. ¿Cómo, se preguntó a sí mismo, podía provocar o incitar a aquella chiquilla, cuando era totalmente inconsciente de las relaciones hombre-mujer? Cualquier incitación de su subconsciente debía parecerle una peculiar perversión, la forma más exagerada de «conducta indecorosa». Recordó su vitalidad cuando se había aferrado a él en el agua; pensó en el aspecto de su empapado cuerpo; empezó a preguntarse si sus instintos no estarían más despiertos que su razón. Zap 210, si sentía algo más que melancolía y negros presentimientos, no lo evidenciaba, excepto por una cierta mejor disposición a hablar. Habló durante horas, en tono bajo y monocorde, de todo lo que sabía. Había vivido una vida notablemente monótona, pensó Reith, sin experimentar jamás la alegría, la excitación, la frivolidad. Se preguntó cuáles serían sus sueños a imaginaciones, pero de eso ella no dijo nada. Reconoció diferencias en las personalidades de sus compañeros: sutiles variaciones del decoro y la discreción que según ella tenían la misma importancia que los más vehementes rasgos de la personalidad en la superficie. Era consciente de las diferencias biológicas entre macho y hembra, pero al parecer nunca se había preguntado sobre su justificación. Todo muy extraño, meditó Reith. Los Abrigos parecían ser una incubadora para todo tipo de neurosis. Reith no se atrevió a hacer preguntas; cada vez que la conversación rozaba esos temas, ella se volvía instantáneamente taciturna. ¿Acaso los Pnume habían extirpado los impulsos sexuales de los Pnumekin? ¿Administraban depresivos, medicamentos, hormonas, para eliminar la trastornante tendencia a reproducirse en exceso? Reith hizo algunas cautelosas indagaciones, a las que Zap 210 dio unas respuestas tan irrelevantes e incongruentes que Reith tuvo el convencimiento de que no sabía de qué estaba hablando. De tanto en tanto, admitió Zap 210, algunas personas hallaban los Abrigos demasiado tranquilos; entonces eran enviadas a la superficie, al resplandor, los vientos, las noches vacías con todo el universo expuesto sobre sus cabezas, y no se les permitía regresar nunca abajo.

—Me pregunto por qué ya no siento miedo —dijo—. ¿Es posible que siempre haya tenido tendencias Gzhindra? He oído decir que tanto espacio crea una distracción; no desearía verme afectada por ello.

—Todavía no estamos en la superficie —dijo Reith, a lo que Zap 210 se alzó débilmente de hombros, como si el asunto no fuera de gran importancia.

Respecto a los mecanismos reproductores de los Pnume, no sabía demasiado; no estaba segura de si los Pnume consideraban o no el asunto como un secreto, aunque sospechaba que sí. En cuanto al número relativo de Pnume y Pnumekin, tampoco estaba segura.

—Probablemente haya más *zuzhma kastchai*. Pero a muchos de ellos no se les ve nunca; se mantienen confinados en los Lugares Profundos, donde se guardan las cosas preciosas.

—¿Qué cosas preciosas?

Zap 210 fue nuevamente vaga.

—La historia de Tschai se remonta hacia atrás mucho más Allá del pensamiento; sus registros alcanzan también hasta tan lejos. Los *zuzhma kastchai* son meticulosos; conocen todo lo que ha ocurrido. Consideran a Tschai como un gran conservatorio, donde cada cosa, cada árbol, cada roca, es un apreciado testimonio. Ahora hay gente de otros planetas en el *ghian*: de tres tipos distintos, que han venido a dejar sus artefactos.

—¿Tres?

—Los Dirdir, los Chasch, los Wankh.

—¿Y qué hay de los hombres?

—¿Los «hombres»? —Su voz adoptó aquí un tono de duda—. No sé. Quizá los hombres también sean de otros planetas. De ser así, son cuatro los pueblos que habitan ahora la superficie de Tschai. Pero esto ocurrió ya antes; muchas veces ha descendido gente extraña a la superficie del viejo Tschai. Los *zuzhma kastchai* no les dan nunca la bienvenida ni les rechazan; simplemente observan, vigilan. Amplían sus colecciones; llenan los museos de Posteridad; compilan sus archivos.

Reith empezó a ver a los Pnume bajo una nueva luz.

Al parecer consideraban la superficie de Tschai como un enorme escenario, en el cual se representaban maravillosos dramas que duraban milenios: las guerras de los Viejos Chasch con los Chasch Azules; la invasión Dirdir, seguida por la contrainvasión Wankh; las distintas campañas, batallas, escaramuzas y exterminios; la edificación de ciudades, su desmoronamiento en ruinas, el ir y venir de gente... todo aquello explicaba la aquiescencia de los Pnume a la presencia de razas alienígenas: desde el punto de vista de los Pnume, embellecían la historia de Tschai. En cuanto a la propia Zap 210, Reith le preguntó si tenía la misma opinión sobre Tschai. La muchacha respondió con uno de sus pequeños gestos apáticos; no, para ella no significaba nada; le importaba poco, de una u otra forma. Reith tuvo una repentina intuición de los procesos de su psique. La vida para Zap 210 era una experiencia en cierto modo insípida que había que tolerar. El miedo estaba reservado a lo no familiar; la alegría estaba más allá de toda conjetura. Vio su propia personalidad como debía aparecerse a ella: brusca, brutal, artera, dura a impredecible, en la que había que temer siempre los peores excesos de conducta no decorosa... Una criatura triste, pensó Reith, inofensiva a incolora. Sin embargo, recordando la sensación de su cuerpo aferrado a su cuello, dudó. Las aguas seguían avanzando profundas. En la oscuridad, sin nada en que ocupar su mente, las imaginaciones acudieron a estimularle y a despertar su fervor, a lo que Zap 210, como si captara de alguna manera aquellos trastornos, se retiraba intranquila a las sombras, dejando a Reith hoscamente divertido ante la situación. ¿Qué debía estar pasando por su mente?

Reith inventó un nuevo juego. Intentó distraerla. Inventó grotescos incidentes, situaciones extravagantes, pero Zap 210 era la princesa de cuento de hadas que no sabía reír. Su único placer, por lo que Reith pudo detectar, eran las galletitas agridulces que

servían como realce a la por otro lado insípida comida; desgraciadamente, las reservas de estas exquisiteces se agotaron rápidamente, un día o dos después de que subieran a la barcaza. Zap 210 acusó su falta.

—¡Siempre hay diko en nuestra dieta... siempre! ¡Alguien ha cometido un estúpido error!

Reith nunca la había visto tan categórica. Se volvió apática, luego nerviosa, y se negó a comer absolutamente nada. Luego se puso nerviosa a irritable, y Reith se preguntó si el diko no contendría alguna droga que creara hábito para despertar un anhelo tan pronunciado.

Durante un período de tiempo que pudo muy bien ser de tres o cuatro días ella no habló absolutamente nada, y se mantuvo tan lejos de Reith como le fue posible, como si hiciera a Reith responsable de sus privaciones, lo cual era realmente el caso, reflexionó Reith. Si él no hubiera irrumpido bruscamente en su fría y gris existencia, hubiera seguido llevando su rutina habitual, mordisqueando diko cada vez que le apeteciera. Luego, de pronto, su apatía se esfumó; se volvió casi charlatana; pareció desear consuelo y seguridad, o atención, o... ¿era posible?... afecto. Al menos así le pareció a Reith, que halló la situación tan absurda como cualquier otra de las que había conocido antes.

La barcaza seguía avanzando por la oscuridad, de luz azul a luz azul a luz azul. Cruzaron una cadena de lagos subterráneos, atravesaron silenciosas cavernas consteladas de estalactitas, luego durante largo tiempo —quizá tres días— a lo largo de un camino exactamente recto, con las luces azules espaciadas a intervalos de quince kilómetros. Este camino volvió a dar paso a un conjunto de cavernas, donde vieron de nuevo una serie de solitarios muelles: islas de débil luz amarilla. Luego la barcaza enfiló nuevamente un canal rectilíneo. El viaje se estaba acercando a su fin... la sensación estaba en el aire. La tripulación se movía de una forma algo más decidida, y los pasajeros de la parte de estribor se dirigieron a proa. Zap 210, al regresar de la cocina con comida, anunció con un doloroso murmullo:

—Ya casi hemos llegado a Basan-Gahai.

—¿Y dónde está eso?

—En la parte más alejada del Área. Hemos hecho un largo camino. —Tras unos instantes, añadió con voz suave—: Ha sido un tiempo de paz.

Reith pensó que parecía haber nostalgia en su voz.

—¿Está este lugar cerca de la superficie?

—Es un centro comercial para artículos de las islas de Stang y Hedaijha.

Reith pareció sorprendido.

—Estamos muy al norte.

—Sí. Pero los *zuzhma kastchai* pueden estar esperándonos.

Reith miró ansiosamente hacia delante, a la lejana luz azul de guía.

—¿Por qué deberían estar haciéndolo?

—No lo sé. Quizá no lo hagan.

Luces azules, una tras otra: Reith las vio pasar con creciente tensión. Se sintió cansado, y durmió; cuando despertó, Zap 210 señaló hacia delante.

—Basan-Gahai.

Reith se puso en pie. Ante ellos el resplandor era más fuerte; el agua mostraba un lejano reflejo luminoso. El túnel se ensanchaba con una espectacular majestuosidad; la barcaza seguía avanzando, firme como el destino. Las formas envueltas en capas de la proa se destacaban como negras siluetas contra el gran espacio dorado. Reith sintió alivio y una misteriosa exaltación. El viaje que había empezado en medio del frío y la desesperanza tocaba a su fin. Los lados del túnel, grandes contrafuertes de roca desbastada, empezaban a ser visibles, iluminados a un lado, en negras sombras al otro. La luz dorada parecía neblinosa. Más Allá, a través de las quietas aguas, una serie de promontorios blancos se erguían hasta grandes alturas. Zap 210 avanzó lentamente hacia proa, contemplando las luces con arrobada expresión. Reith ya casi había olvidado su apariencia. El delgado rostro, la palidez, los frágiles huesos de la mandíbula y la frente, la recta línea de la nariz y la pálida boca eran tal como las recordaba; además, vio ahora una expresión a la que no supo darle nombre: tristeza, melancolía, preocupación. Ella notó su mirada y se volvió hacia él. Reith se preguntó lo que vio.

El túnel fue ampliándose progresivamente. Ante ellos se abrió un lago, largo y serpenteante. La barcaza avanzó entre visiones de sorprendente belleza. Pequeñas islas quebraban la negra superficie; grandes columnas enguirnaladas de blanco y gris se alzaban hasta el abovedado techo, muy alto sobre sus cabezas. A un kilómetro más adelante, bajo un enorme saliente, apareció un muelle. De una abertura no visible brotaba un rayo de luz dorada, iluminando sesgadamente la caverna.

Reith apenas pudo hablar por la emoción.

—¡Luz solar! —logró exclamar finalmente, con voz ronca.

La barcaza avanzó hacia el muelle. Reith escrutó las paredes de la caverna, intentando descubrir un camino hacia la abertura. Zap 210 dijo suavemente:

—Vas a llamar la atención.

Reith retrocedió de nuevo hasta situarse junto a las balas, y estudió de nuevo el lado de la caverna. Señaló.

—Hay un sendero que conduce hasta la abertura.

—Por supuesto.

Reith siguió con la mirada el camino a lo largo de la pared. Parecía terminar en el muelle, ahora a menos de medio kilómetro de distancia. Observó varias formas envueltas en negras capas: Pnume o Pnumekin, no podía estar seguro. Aguardaban de pie en lo que consideró siniestras actitudes; empezó a sentirse muy intranquilo.

Se dirigió a popa de la barcaza y miró a derecha e izquierda. Se volvió hacia Zap 210.

—Dentro de un par de minutos pasaremos cerca de esa islita. Quizá será mejor que abandonemos aquí la barcaza. No tengo intención de desembarcar en ese muelle.

Zap 210 se alzó de hombros, fatalista. Fueron a la parte de estribor de la barcaza. La isla, un retorcido muñón de piedra caliza, apareció junto a ellos. Reith dijo:

—Déjate deslizar hasta el agua. No patees ni lo muevas: yo lo mantendré a flote.

Ella le lanzó una inexpresable mirada a hizo lo que le ordenaba. Sujetando el portafolios de cuero azul en alto con una mano, Reith se deslizó al agua al lado de ella. La barcaza se alejó, hacia quien fuera o lo que fuera que esperaba en el muelle.

—Apoya tus manos en mis hombros —dijo Reith—. Mantén el rostro a ras de la superficie del agua.

El suelo no tardó en elevarse bajo sus pies; treparon a la isla. La barcaza había alcanzado ya casi el muelle. Las negras formas se adelantaron. Reith las identificó por su forma de andar como Pnume.

Vadearon desde la isla hasta la orilla, manteniéndose en las zonas de sombra, donde eran invisibles para aquellos que estaban en el muelle, o al menos eso confiaba Reith. A unos treinta metros más arriba se hallaba el sendero que conducía a la abertura. Reith hizo un cauteloso reconocimiento, y empezaron a trepar, arrastrándose sobre detritus, aferrándose a salientes de ágata, apoyándose en rebordes y estribos. Un melancólico ulular resonó sobre las aguas. Zap 210 se puso rígida.

—¿Qué significa eso? —preguntó Reith con voz ronca.

—Debe ser un aviso, o una llamada... no se parece a nada que haya oído nunca en Pagaz.

Siguieron trepando, con las empapadas capas colgando pesadas de sus cuerpos, y finalmente se izaron al sendero. Reith miró a ambos lados; no se veía ninguna criatura viviente. La abertura al mundo exterior estaba solamente a cincuenta metros de distancia. De nuevo sonó el ulular, arrastrando consigo un lamento de urgencia.

Jadeando, tropezando, echaron a correr por el sendero. La abertura se ofrecía ante ellos; vieron el cielo gris dorado de Tschai, donde flotaba un grupo de negras y tumultuosas nubes. Reith lanzó una última mirada sendero abajo. Con la luz del exterior reflejándose en su rostro, con las lágrimas enturbiando su visión, solamente pudo distinguir sombras e imprecisas masas rocosas. El mundo subterráneo era de nuevo un reino remoto y desconocido. Tomó la mano de Zap 210, tiró de ella hacia el exterior. Avanzó lentamente y miró a la superficie del planeta. Estaban a la mitad de la ladera de una rocosa colina que dominaba un amplio valle. En la distancia se veía una tranquila extensión gris: el mar.

Reith lanzó por encima del hombro una última mirada a la abertura, y echó a andar colina abajo. Zap 210, con una dubitativa ojeada al sol, le siguió. Reith se detuvo. Se sacó el odiado sombrero y lo lanzó como si fuera un bumerang por encima de las rocas. Luego tomó el sombrero de Zap 210 a hizo lo mismo, pese a su sorprendida protesta.

5

Para Reith, el descenso hasta el amplio valle bajo la luz marrón dorada de la tarde fue eufórico. Sentía la cabeza ligera; su torpor había desaparecido; se sentía fuerte y ágil y lleno de esperanza; incluso sentía un nuevo y tolerante afecto hacia Zap 210. Una extraña criatura, pensó, observándola subrepticamente, pálida como un fantasma. Se sentía claramente incómoda en aquella repentina amplitud de espacio. Su mirada recorría desde el cielo, resbalando por las laderas de las colinas de ambos lados, hasta el horizonte de lo que Reith había decidido que tenía que ser el Primer Mar.

Alcanzaron el fondo del valle. Un lento riachuelo serpenteaba entre orillas de cañas rojo oscuro. Cerca de él crecía hierba del peregrino, cuyas vainas constituían el alimento básico indispensable en Tschai. Zap 210 contempló las vainas gris verdosas con un cierto escepticismo, incapaz de reconocer las secas obleas que eran importadas a los Abrigos. Comió con un fatalista desinterés.

Reith la vio mirar hacia atrás, hacia el camino por el que habían venido, con lo que le pareció una cierta añoranza.

—¿Echas a faltar los Abrigos? —preguntó.

Zap 210 se pensó su respuesta.

—Tengo miedo —dijo finalmente—. Podemos ver en todas direcciones. Quizá los *zuzhma kastchai* nos estén observando desde el acceso. Pueden enviar tras nuestro rastro a las jaurías nocturnas.

Reith alzó la vista hacia la abertura: una sombra, casi invisible desde el lugar donde estaban sentados. No pudo detectar ningún indicio de escrutinio; parecían estar completamente solos en el abierto valle. Pero no podía estar seguro. Podía haber ojos espiándoles desde la abertura, invisibles tras las capas negras. Miró de nuevo a Zap 210. Era casi seguro que se negaría a despojarse de sus ropas... Reith se puso en pie.

—Se está haciendo tarde; quizá podamos encontrar un poblado junto a la orilla.

A tres kilómetros río abajo éste se ensanchaba, convirtiéndose en un pantano. En la orilla opuesta crecía un denso bosque de enormes dyans, con los troncos del linde ligeramente inclinados hacia fuera. Reith había visto un bosque parecido antes; era, sospechaba, un bosquecillo sagrado de los Khor, un pueblo truculento que vivía en la orilla sur del Primer Mar.

La presencia del bosquecillo sagrado, si realmente lo era, hizo detenerse a Reith. Un encuentro con los Khor daría inmediatamente razones a Zap 210 para confirmar sus temores relativos al *ghaun* y las desagradables costumbres de sus moradores.

Por el momento no había Khor a la vista. Siguieron la orilla del pantano y llegaron a un montículo que dominaba un centenar de metros de lodosa llanura, con el tranquilo Primer Mar más Allá. Muy lejos a derecha a izquierda se divisaban desmoronantes promontorios grises, casi perdidos en la calina del atardecer. En algún lugar al sudoeste, quizá no demasiado lejos, debían estar los Carabas, donde los hombres buscaban sequins y los Dirdir cazaban.

Reith miró a uno y otro lado de la costa, intentando orientarse por puro instinto. Zap 210 miraba hoscamente al mar, preguntándose lo que le depararía el futuro. A un kilómetro o así siguiendo la línea de la costa, hacia el sudeste, Reith divisó la irregular protuberancia de un malecón que se extendía como un dedo por entre la lodosa llanura y penetraba en

el mar; a su extremo había amarrados media docena de botes. Un promontorio aislado del terreno ocultaba el poblado que debía haber al otro lado, junto al malecón.

Los Khor, aunque no automáticamente hostiles, vivían en medio de una complicada etiqueta, cuyas transgresiones no eran toleradas. La ignorancia de un extraño no recibía ninguna simpatía; las reglas eran explícitas. En consecuencia, una visita a los Khor podía revelarse incierta.

—No me atrevo a arriesgarme a acudir a los Khor —dijo Reith. Se volvió para mirar a lo largo de las desoladas colinas—. Sivishe se halla a mucha distancia al sur. Tendremos que encaminarnos al cabo Braise. Si conseguimos llegar Allí podremos tomar pasaje en algún barco con destino a la costa oeste, aunque por ahora no sé qué vamos a poder utilizar como moneda.

Zap 210 lo miró con sorpresa, la boca muy abierta.

—¿Quieres que yo vaya contigo?

De modo que ésta era la explicación de sus melancólicas inspecciones del entorno, pensó Reith.

—¿Acaso tienes otros planes? —preguntó.

Ella frunció hoscamente los labios.

—Pensé que desearías proseguir lo camino solo.

—¿Y abandonarte a tus propios medios? No ibas a desenvolverte muy bien.

Ella le miró con una sardónica especulación, preguntándose por la razón de sus preocupaciones.

—Hay una gran cantidad de «conducta no decorosa» aquí en la superficie —dijo Reith—. No creo que lo guste.

—Oh.

—Tendremos que ser prudentes. Esas capas... será mejor que nos las quitemos.

Zap 210 lo miró asombrada.

—¿Y seguir sin ropas?

—No, sólo sin las capas. Atraen la atención y la hostilidad. No queremos ser tomados por Gzhindra.

—¡Pero eso es lo que somos!

—En Sivishe puedes decidir lo que quieras al respecto. Si llegamos hasta allí, por supuesto. No va a ayudarnos en nada el pretender ser Gzhindra. —Se quitó la capa. Con el rostro furiosamente vuelto a un lado, ella hizo lo mismo, y se quedó allí de pie, enfundada en sus ropas grises.

Reith enrolló las capas formando un hatillo.

—Puede que haga frío por las noches; las llevaremos con nosotros.

Tomó el portafolios azul, que ahora representaba un exceso de equipaje. Dudó unos instantes, y finalmente lo deslizó entre la tela y el forro de su chaqueta.

Echaron a andar hacia el noroeste a lo largo de la orilla. Tras ellos, el bosquecillo Khor se convirtió en una mancha oscura; el lejano promontorio fue haciéndose mayor y más oscuro. Carina 4269 fue descendiendo en el cielo, y su luz adquirió una intensidad propia de última hora de la tarde. Hacia el norte, sin embargo, un banco de nubes negro-púrpuras amenazaba con la inminencia de una de las repentinas tormentas de Tschai. Las nubes avanzaban inexorablemente hacia el sur, ahogando y medio ocultando los espasmos de las descargas eléctricas. El cielo bajo ellas resplandecía con el lustre negro del grafito. Allá delante, cerca del promontorio rocoso, apareció otro bosquecillo de dyans. ¿De nuevo un bosquecillo sagrado? Reith miró a su alrededor, pero no vio ningún poblado Khor.

El bosquecillo se alzaba ominoso ante ellos, con los árboles de su linde tendiendo hacia fuera y sus frondas colgando como una gran sombrilla. Evidentemente el promontorio ocultaba un poblado, pero por el momento ellos eran las únicas criaturas animadas bajo el cielo medio negro, medio marrón dorado.

Reith no compartió ninguno de sus temores con Zap 210, bastante ocupada con los suyos propios. La exposición a la luz solar había enrojecido su cutis. Enfundada en sus ligeras y casi translúcidas ropas grises, con el negro pelo empezando a rizarse en su frente y junto a sus orejas, parecía una persona distinta a la pálida criatura asustada que Reith había encontrado en el refectorio de Pagaz... ¿Era un engaño de su imaginación, o el cuerpo de la muchacha parecía haberse desarrollado en algunos lugares muy determinados? Ella observó su examen y le devolvió una mirada entre avergonzada y desafiante.

—¿Por qué me miras así?

—Por ninguna razón en particular. Excepto que pareces distinta ahora a como te conocí la primera vez. Distinta y mejor.

—No sé lo que quieres dar a entender —restalló ella—. Estás diciendo tonterías.

—Supongo que sí... Uno de estos días, no ahora precisamente, te explicaré cómo es la vida en la superficie. Las costumbres son más complicadas... más íntimas, incluso menos «decorosas»... que en los Abrigos.

—Hummm —zumbó Zap 210—. ¿Por qué nos dirigimos al bosque? ¿No es otro lugar secreto?

—No lo sé. —Reith señaló hacia las nubes—. ¿Ves eso que cuelga ahí debajo? Es lluvia. Bajo los árboles tal vez podamos mantenernos secos. Además, pronto será de noche, y aparecerán las jaurías nocturnas. No tenemos armas. Si trepamos a un árbol, estaremos seguros.

Zap 210 no hizo más comentarios; se acercaron al bosquecillo.

Los dyans se alzaban altos sobre sus cabezas. Se detuvieron en la primera hilera para escuchar, pero no oyeron más que el respirar del viento procedente de la cercana tormenta.

Entraron paso a paso en el bosque. La luz del sol que brillaba por entre las nubes proyectaba un centenar de lanzas de luminosidad oro oscuro; Reith y Zap 210 caminaron entre zonas de luz y sombra. Las ramas más cercanas estaban a una treintena de metros sobre ellos; era imposible trepar a los árboles; el bosque ofrecía una precaria seguridad

contra las jaurías nocturnas, no mucho mayor que el terreno abierto... Zap 210 se detuvo en seco y pareció escuchar. Reith no pudo oír nada.

—¿Has escuchado algo?

—Nada. —Pero la muchacha siguió atenta, mirando en todas direcciones. Reith empezó a ponerse nervioso, preguntándose qué era lo que sentía Zap 210 que él no podía percibir.

Siguieron avanzando, cautelosos como gatos, manteniéndose ahora en las sombras. Ante ellos se abrió un claro libre de árboles, protegido por un techo continuo de follaje. Contemplaron una zona circular que contenía cuatro chozas, una plataforma baja central. La corteza de los árboles que las rodeaban había sido tallada con formas de hombres y mujeres, una pareja en cada árbol. Los hombres eran representados con largas y recias mandíbulas, frentes estrechas, mejillas y ojos abultados; las mujeres exhibían largas narices y labios hendidos en amplias sonrisas. Ninguno de ellos se parecía a los típicos hombres y mujeres Khor, que, según recordaba Reith, eran casi exactos entre sí en estatura, fisonomía y atuendos. Las actitudes, convencionales y rígidas, expresaban el acto de la copulación. Reith miró de reojo a Zap 210, que parecía completamente desconcertada. Decidió que la muchacha había interpretado las explícitas actitudes como representaciones de algún extraño deporte, o simple «conducta no decorosa».

Las nubes ahogaron el sol. El claro se sumió en la penumbra; unas gotas de lluvia alcanzaron sus rostros. Reith estudió las chozas. Estaban construidas según el estilo habitual de los Khor, ladrillos marrón mate con negros techos cónicos de hierro. Había cuatro, formando, un cuadrado en medio del claro. Parecían estar vacías.. Reith se preguntó qué contendrían.

—Espera aquí —susurró a Zap 210, y corrió agazapado hacia la choza más próxima. Escuchó: ningún sonido. Probó la puerta, que cedió fácilmente. El interior exhaló un olor intenso, casi un hedor, de piel mal curtida, resina, musgo. En un perchero había varias docenas de máscaras de madera tallada, idénticas a los rostros masculinos esculpidos en los árboles. Dos bancos ocupaban el centro de la estancia; no se veían ni armas, ni ropas, ni artículos de valor. Reith regresó junto a Zap 210 para encontrarla examinando atentamente los tallados troncos, las cejas alzadas en evidente desagrado.

Un relámpago carmesí invadió el cielo, seguido casi inmediatamente por el resonar del trueno; la lluvia empezó a caer a torrentes. Reith condujo corriendo a la muchacha hasta la choza. Entraron y se detuvieron, con la lluvia golpeteando sobre el techo de hierro.

—Los Khor son una gente impredecible —dijo Reith—, pero no puedo imaginarlos visitando su bosquecillo en una noche como ésta.

—¿Por qué tendrían que venir, aunque fuera en cualquier otro momento? —murmuró Zap 210, malhumorada— Aquí no hay nada excepto esos grotescos danzarines. ¿Acaso ése es el aspecto de los Khor?

Reith comprendió que la muchacha se refería a las figuras talladas en los troncos.

—En absoluto —dijo—. Soy una gente de piel amarilla, muy precisa y formal. Los hombres y las mujeres se parecen mucho entre sí, tanto en apariencia como en disposición. —Intentó recordar lo que le había dicho Anacho: «Una gente sorprendentemente secreta, con costumbres secretas, distintas de día que de noche, o al menos eso es lo que se dice. Cada individuo posee dos almas que vienen y van con el amanecer y el anochecer; el cuerpo contiene dos personas distintas. » Más tarde, Anacho había advertido: ¡Los Khor son tan sensibles como las serpientes de espectral! No habléis con ellos; no les prestéis atención excepto en caso de necesidad, en cuyo caso debéis utilizar el menor número posible de palabras. Consideran la locuacidad como un crimen contra la naturaleza...

Nunca demostréis la presencia de una mujer, no miréis a sus niños: sospecharán que les estáis lanzando una maldición. ¡Y por encima de todo ignorad sus bosquecillos sagrados! Su arma es el dardo de hierro, que lanzan con extrema precisión. Son una gente peligrosa..

Reith repitió las advertencias del mejor modo que pudo recordarlas; Zap 210 fue a sentarse en uno de los bancos.

—Échate —dijo Reith—. Intenta dormir.

—¿Con el ruido de la tormenta, y con este horrible hedor por todas partes? —protestó Zap 210—. ¿Son así todas las casas del *ghaun*?

—No todas —murmuró Reith. Fue a mirar por la puerta. Las alteraciones causadas por los relámpagos y el ocaso sobre los árboles causaban la ilusión de una frenética orgía erótica. Zap 210 no tardaría en hacer preguntas que Reith no sentía ningún deseo de responder... Sobre el techo repiqueteó una repentina granizada y luego, bruscamente, la tormenta hubo pasado, y no pudo oírse nada excepto el viento suspirando entre las hojas de los dyans.

Reith regresó al centro de la choza. Dijo, con una voz que sonó falsa incluso a sus propios oídos:

—Ahora puedes descansar; al menos ya no hay ruido.

Ella emitió un sonido apagado que Reith fue incapaz de interpretar, y se dirigió hacia la puerta. Volvió la vista hacia Reith.

—Alguien se acerca.

Reith se apresuró a su lado y miró fuera. Al otro lado del claro se erguía una figura vestida con atuendos Khor: Reith no pudo determinar si era hombre o mujer. Se metió en la choza directamente opuesta a la que estaban ellos.

—Será mejor que nos vayamos mientras tenemos la oportunidad —dijo Reith a Zap 210.

Ella le hizo retroceder.

—¡No, no! Ahí viene otro.

El segundo Khor entró en el claro y alzó la vista al cielo. El primero salió de la choza llevando una antorcha encendida al extremo de una pértiga, y el segundo corrió rápidamente hacia la choza en la que se hallaban Reith y Zap 210. El primero pareció ignorarle. Apenas entró el Khor, Reith, ignorando todas las reglas de la galantería, le golpeó fuertemente; en un caso así hombre y mujer eran lo mismo. El Khor se derrumbó inerte. Reith se inclinó sobre él: era un hombre. Le arrancó la capa, ató sus manos y sus pies con los cordones de sus sandalias, y lo amordazó con la manga de su chaquetilla negra. Con la ayuda de Zap 210 arrastró al hombre hasta detrás del perchero con las máscaras. Allí Reith registró rápidamente el inerte cuerpo, encontrando un par de dardos de hierro, una daga y una bolsa de piel blanda conteniendo sequins, que Reith se apropió, no sin un cierto sentimiento de culpabilidad.

Zap 210 permanecía de pie junto a la puerta, contemplando fascinada el exterior. El primero en llegar había sido una mujer. Llevando una máscara femenina y un atuendo blanco, permanecía de pie junto a la antorcha que había clavado en uno de los soportes cercanos a la plataforma central. Si se sentía perpleja por la desaparición del hombre que había entrado en la choza, no lo aparentaba.

Reith miró también al exterior.

—Bien; mientras solamente sea una mujer...

—¡No! Vienen más.

Tres personas aparecieron separadamente en el claro, dirigiéndose a las otras tres chozas. Una de ellas, revestida con una máscara femenina y una túnica blanca, emergió con otra antorcha, que colocó en un soporte, y se inmovilizó como la primera. Las otras dos salieron un poco después, llevando máscaras masculinas y túnicas blancas como las de las mujeres. Se dirigieron a la plataforma central y se situaron cerca de las mujeres, que no hicieron ningún movimiento.

Reith empezó a comprender algo de la finalidad del bosquecillo sagrado. Zap 210 seguía mirando, fascinada.

Reith se puso nervioso. Si los acontecimientos proseguían tal como sospechaba, iba a sentirse impresionada y horrorizada.

Aparecieron otras tres personas. Una de ellas se dirigió a la choza donde estaban Reith y Zap 210; Reith intentó hacer con él lo mismo que había hecho con el otro; pero esta vez el golpe no fue lo suficientemente rápido y el hombre cayó con un gruñido de sorpresa. Reith estuvo inmediatamente sobre él y sofocó sus posibles gritos hasta que se desvaneció. Utilizando como antes los cordones de sus zapatos y su capa, lo ató y amordazó, y le despojó también de su bolsa.

—Lamento convertirme en un ladrón —dijo Reith—, pero mi necesidad es mucho más grande que la tuya.

Zap 210, de pie junto a la puerta, lanzó un sorprendido jadeo. Reith acudió a mirar. Las mujeres —ahora eran tres— se habían despojado de sus ropas y ahora estaban desnudas. Empezaron a cantar, un canto sin palabras, dulce, suave, insistente. Los tres hombres con sus máscaras masculinas empezaron a girar lentamente en torno a la plataforma.

Zap 210 murmuró, casi sin aliento:

—¿Qué están haciendo? ¿Por qué exhiben sus cuerpos? ¡Nunca había visto nada parecido!

—Es sólo su religión —dijo Reith nerviosamente—. No mires. Ve a acostarte. Duerme. Tienes que estar agotada.

Ella le lanzó una franca mirada de sorpresa y desconfianza.

—No has respondido a mi pregunta. Me siento muy embarazada. Nunca antes había visto a una persona desnuda. ¿Son toda la gente del *ghaun* así... tan poco decorosa? Y el canto: estremece oírlo. ¿Qué pretenden hacer?

Reith intentó mantener su pose.

—¿No sería mejor que durmieras? Esos ritos no harán otra cosa más que aburrirte.

—¡No me aburren! ¡Estoy sorprendida de que la gente pueda ser tan osada! ¡Y mira! ¡Los hombres!

Reith inspiró profundamente y llegó a una decisión desesperada.

—Ven aquí. —Le tendió una máscara femenina—. Ponte esto.

Ella retrocedió, entre asombrada y asustada.

—¿Para qué?

Reith tomó una máscara masculina y la ajustó sobre su propio rostro.

—Nos vamos —dijo.

—Pero... —La muchacha se volvió fascinada hacia la plataforma.

Reith le hizo dar media vuelta, le puso uno de los sombreros Khor en la cabeza, se encasquetó otro, examinó el efecto.

—Van a vernos —dijo Zap 210—. Nos perseguirán y nos matarán.

—Quizás —admitió Reith—. De todos modos, será mejor que nos vayamos. —Miró a su alrededor, escrutando el claro—. Ve tú primero. Camina hacia la parte de atrás de la choza. Yo iré tras de ti.

Zap 210 salió de la choza. Las mujeres en la plataforma cantaban con una urgencia casi insoportable; los hombres estaban ahora también desnudos.

Reith se reunió con Zap 210 en la parte de atrás de la choza. ¿Habían sido observados? El canto proseguía, ascendiendo y descendiendo.

—Camina hacia la salida del bosque. No mires atrás.

—Esto es ridículo —murmuró Zap 210—. ¿Por qué no debo mirar atrás? —Pero avanzó hacia los árboles, con Reith a cinco metros a sus espaldas. De la choza les llegó un salvaje grito de furia. El canto se interrumpió en seco. Hubo un sorprendido silencio.

—¡Corre! —dijo Reith. Huyeron a través del bosquecillo sagrado, arrojando a un lado sombreros y máscaras. Tras ellos se oyeron llamadas de apasionada furia, pero, quizá frenados por su desnudez, los Khor no se lanzaron en su persecución⁽¹⁾.

Reith y Zap 210 llegaron al lindero del bosque. Se detuvieron para recuperar el aliento. A medio camino en su ascensión en el cielo, la luna azul brillaba por entre unas pocas nubes deshilachadas; el resto del cielo estaba despejado.

Zap 210 alzó la vista.

—¿Qué son esas pequeñas luces?

—Las estrellas —dijo Reith—. Soles muy lejanos. La mayor parte de ellos controlan una familia de planetas. Los hombres vinieron de un mundo llamado Tierra: tus antepasados, los míos, incluso los antepasados de los Khor. La tierra es el mundo de los hombres.

⁽¹⁾ Más tarde Reith tuvo ocasión de saber más sobre los bosquecillos sagrados y las relaciones intersociales Khor. En las ciudades y pueblos, los hombres y las mujeres llevaban ropas idénticas; la actividad sexual era considerada como una conducta innatural. Solamente en los bosquecillos sagrados, con la desnudez y las máscaras rituales para enfatizar la disparidad sexual, se producían los emparejamientos y la procreación. Hombres y mujeres, al asumir las máscaras, asumían nuevas personalidades; los niños eran considerados no como el producto de unos padres específicos, sino como la descendencia de un Hombre y una Mujer arquetípicos.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Zap 210.

—Algún día lo lo contaré. Pero no esta noche.

Echaron a andar bajo el estrellado cielo, y algo en las circunstancias que les rodeaban situó a Reith en un extraño marco mental. Era como si fuera de nuevo joven y estuviera caminando sin rumbo fijo por una pradera de la Tierra iluminada por la luz de las estrellas con una esbelta muchacha de la que se había enamorado. Tan intenso se hizo el sueño, o la alucinación, o lo que fuera que se había apoderado de él, que tendió la mano y cogió la de Zap 210, que le seguía penosamente. Ella le lanzó una extraña mirada desaprobadora, pero no protestó: aquél era otro aspecto incomprensible del sorprendente *ghaun*.

Siguieron así durante un rato. Luego, gradualmente, Reith fue recuperando sus sentidos. Estaba caminando por la superficie de Tschai; su compañera... Dejó el pensamiento incompleto por una variada serie de razones. Como si hubiera captado el cambio de su estado de ánimo, Zap 210 retiró irritadamente su mano; quizá por un cierto espacio de tiempo ella también hubiera estado soñando.

Siguieron caminando en silencio. Finalmente, con la luna azul colgando directamente sobre sus cabezas, alcanzaron el promontorio de piedra caliza, y encontraron una protectora oquedad en su base. Envolviéndose en sus capas, se acurrucaron contra un montón de arena... Reith no pudo dormir. Permaneció tendido, mirando al cielo y escuchando el sonido de la respiración de la muchacha. Como él, permanecía despierta. ¿Por qué se había sentido tan urgentemente impulsado a abandonar el bosquecillo Khor, a riesgo de ser perseguidos y muertos? ¿Para proteger la inocencia de la muchacha? Ridículo. Intentó escrutar su rostro, una mancha pálida a la luz de la luna, vuelto hacia él.

—No puedo dormir —dijo ella con voz suave—. Estoy demasiado cansada. La superficie me asusta.

—A veces también me asusta a mí —dijo Reith—. ¿Preferirías volver a los Abrigos?

Como siempre, ella dio una respuesta tangencial.

—No puedo comprender lo que veo; no puedo comprenderme a mí misma... Nunca había oído un canto como ése.

—Cantan canciones que no cambian nunca —dijo Reith—. Canciones que tal vez procedan incluso de la vieja Tierra.

—¡Se exhibieron sin ropas! ¿Es así como actúa la gente de la superficie?

—No todos —dijo Reith.

—Entonces, ¿por qué actuaban de esa forma?

Más pronto o más tarde, pensó Reith, la muchacha iba a tener que aprender los procesos de la biología humana. Pero no esta noche. ¡No esta noche!

—La desnudez no significa mucho —murmuró—.

Todos tenemos un cuerpo muy parecido al de los demás: —¿Pero por qué querrían exhibirse así? En los Abrigos siempre permanecemos cubiertos, a intentamos evitar la «conducta indecorosa».

—¿Qué es exactamente la «conducta indecorosa»?

—La intimidad vulgar. La gente que toca a otra gente a y juega con ella. Todo eso es completamente ridículo.

Reith eligió sus palabras con cuidado.

—Tal vez ésta sea la conducta humana normal... como tener hambre o algo parecido. ¿Tú nunca has sido «indecorosa»?

—¡Por supuesto que no!

—¿Ni siquiera has pensado en ello?

—Una no puede evitar el pensar.

—¿Nunca ha habido ningún joven con quien hayas deseado especialmente ser amiga?

—¡Nunca! —Zap 210 estaba escandalizada.

—Bueno, ahora estás en la superficie, y puede que las cosas sean un poco distintas. Será mejor que duermas. Mañana tendremos a todo un poblado de Khor persiguiéndonos.

Reith se quedó finalmente dormido. Despertó una vez para descubrir que la luna azul había desaparecido y que el cielo estaba completamente oscuro excepto la luz de las constelaciones. Desde muy lejos le llegó el triste ulular de las jaurías nocturnas. Cuando volvió a arrebujarse en su capa Zap 210 dijo en un susurro soñoliento:

—El cielo me asusta.

Reith se acercó más a ella, involuntariamente, o así le pareció, tendió la mano para acariciar su cabeza, su ahora suave y denso pelo. Ella suspiró y se relajó, despertando en Reith un embarazoso sentimiento de protección.

Transcurrió la noche. Un resplandor rojizo apareció por el este, pasando al lila y destiñendo hacia un amanecer color miel. Mientras Zap 210 seguía acurrucada en su capa, Reith investigó las bolsas que había tomado de los Khor. Se sintió complacido al descubrir sequins por valor de noventa y cinco: más de lo que había esperado. Desechó los dardos, una especie de afiladas agujas de hierro de veinte centímetros de largo con una cola de piel; se metió la daga en el cinturón.

Ascendieron el promontorio, y no tardaron en llegar a su cresta. Carina 4269, cada vez más alto a sus espaldas, lanzó su resplandor por toda la orilla, revelando otra extensión de playa y lodosas llanuras, con a lo lejos otro promontorio muy semejante al que tenían bajo sus pies. El poblado Khor ocupaba la ladera de una colina a algo más de un kilómetro a su izquierda. Casi a sus pies, un malecón zigzagueaba por la lodosa llanura y penetraba en el mar: una precaria construcción de pilones, cuerdas y planchas, vibrando a la corriente que torbellineaba en torno a la base del promontorio. Había media docena de botes amarrados a los pilones: embarcaciones de doble proa, altas en ambos extremos como esquifes provistos de mástiles. Reith miró hacia el poblado. Unas cuantas volutas de humo se elevaban hacia el cielo desde los negros techos de hierro; aparte esto no se veía ninguna otra actividad. Reith volvió su inspección a los botes.

—Es más fácil navegar que caminar—dijo a Zap 210—. Y parece que hay un buen viento junto a la costa.

—¿Adentrarnos en esa enorme y vacía desolación? —dijo Zap 210, consternada.

—Cuanto más vacía mejor —dijo Reith—. El mar no me preocupa; es la gente que navega por él... Lo cual puede decirse también de tierra firme, por supuesto. —Empezó a descender la ladera; Zap 210 le siguió. Alcanzaron el extremo del malecón y echaron a andar por la irregular tablazón. De algún lugar cercano les llegó un aullido de furia. Vieron a un muchacho casi adolescente echar a correr hacia el poblado.

Reith echó a correr también.

—¡Apresúrate, rápido! No tenemos mucho tiempo.

Zap 210 le siguió, jadeante. Ambos alcanzaron el otro extremo del malecón.

—¡No vamos a poder escapar! Nos seguirán con los botes.

—No —dijo Reith—. Creo que no. —Miró los botes, uno tras otro, y eligió el que parecía más sólido. Frente al poblado aparecieron excitadas formas negras que se reunieron en un grupo; una docena de ellas echaron a correr hacia el malecón, seguidas por otras.

—Salta al bote —dijo Reith—. ¡Despliega la vela!

—Es demasiado tarde —exclamó Zap 210—. Nunca escaparemos.

—No es demasiado tarde. ¡Despliega la vela!

—No sé cómo se hace.

—Tira de la cuerda que sube por el lado del mástil.

Zap 210 saltó al interior del bote y probó de seguir las instrucciones de Reith. Mientras tanto, Reith corrió a lo largo del malecón soltando las amarras de los demás botes. Siguiendo el impulso de la corriente, empujados por la brisa hacia mar abierto, se alejaron lentamente del muelle.

Reith volvió junto a donde Zap 210 forcejeaba desesperadamente con la driza. Tiraba con todas sus fuerzas, pero lo único que había conseguido era enredar la verga mayor bajo el estay del trinquete. Reith lanzó una última mirada a los habitantes del poblado que acudían gritando, luego saltó al bote y soltó amarras.

No había tiempo de desenredar la verga; Reith tomó los remos, los fijó en las chumaceras y empezó a remar. Los aullantes Khor llegaban ya por el vacilante malecón. Se detuvieron y lanzaron sus dardos; la nube de hierro partió en enjambre, golpeando el agua a unos inquietantes tres o cuatro metros de la popa del bote. Reith manejó los remos con redoblada energía, luego empezó a largar la vela. Liberó la verga, la vela se desplegó con un chasquido y se hinchó al viento; el bote cabeceó y surcó el agua. Los Khor permanecieron silenciosos en el malecón, observando alejarse sus botes.

Reith puso rumbo directamente a mar abierto. Zap 210 permanecía acurrucada en el centro del bote. Finalmente hizo una débil protesta:

—¿Es juicioso alejarse tanto de tierra?

—Muy juicioso. De otro modo los Khor podrían seguirnos por la orilla y matarnos cuando desembarcáramos.

—Nunca había visto una extensión tan grande. Es enorme... asusta.

—Por otra parte, nuestra condición es mejor que la de ayer a esta misma hora. ¿Tienes hambre?

—Sí.

—Mira lo que hay en ese cofre de ahí. Puede que tengamos suerte.

Zap 210 fue a proa y abrió el cofre indicado por Reith, donde, entre trozos de cuerda y herramientas, velas de repuesto y una linterna, encontró una cantimplora con agua y una bolsa de galletas de hierba del peregrino seca. Con la orilla convertida en una mancha imprecisa, Reith hizo girar el bote hacia el noroeste, encarando al viento la rudimentaria vela.

Durante todo el día sopló viento favorable. Reith mantuvo el rumbo hasta alejarse unos quince kilómetros de la orilla, mucho más allá del alcance de la visión de los Khor. Aparecieron algunos promontorios en la neblinosa distancia, luego se empequeñecieron y desaparecieron.

A medida que transcurría la tarde el viento se incrementó, alzando festones de espuma en las olas del oscuro mar. Las cuerdas crujían, las velas estaban hinchadas, la embarcación cabalgaba subiendo y bajando sobre las olas, la espuma burbujeaba en la estela, y Reith se alegraba de cada kilómetro que dejaban tan rápidamente atrás.

Carina 4269 se hundió tras las colinas de tierra firme; el viento murió, y el bote perdió velocidad. Llegó la oscuridad; Zap 210 se acurrucó temerosa en el asiento central, oprimida por la enorme extensión del cielo. Reith perdió la paciencia con sus temores. Bajó la verga a media altura del mástil, fijó el timón, se acomodó de la mejor manera posible y durmió.

Una fría brisa matutina le despertó. Tambaleándose en la semioscuridad que precede al alba, consiguió izar la vela; luego fue a popa, donde manejó medio dormido el timón hasta que salió el sol.

Hacia el mediodía descubrió un dedo de tierra que se adentraba en el mar; llevó el bote hasta la orilla en una deprimente playa gris y salió a explorar. Encontró un riachuelo, unas matas con unas bayas de color púrpura, y la sempiterna hierba del peregrino. En el riachuelo observó un cierto número de criaturas parecidas a crustáceos, pero no se decidió a cogerlas.

A media tarde salieron de nuevo al mar, y Reith utilizó los remos para empujar el bote fuera de la playa. Rodearon el cabo, para encontrar una orilla de un aspecto completamente distinto. Las playas grises y las lodosas llanuras se convirtieron en una estrecha franja de guijarros, tras la cual se alzaban desnudas colinas rojas, y Reith, situándose a favor del viento, se dirigió nuevamente hacia mar abierto.

Una hora antes del anochecer apareció en el horizonte al nordeste un barco largo y bajo, con un siniestro parecido a los galeones piratas del Draschade. Esperando mantenerlos alejados, Reith varió el rumbo hacia el sur. El barco alteró también el rumbo, sin que Reith pudiera estar seguro o no de que se trataba de una coincidencia. Encaminó directamente el bote hacia la orilla, ahora a unos quince kilómetros de distancia; el barco pareció alterar también el rumbo. Sintiendo una opresión en el pecho, Reith comprendió que iban a ser alcanzados. Zap 210 observaba con los hombros hundidos; Reith se preguntó qué haría si el barco les alcanzaba realmente. Ella no sabía qué esperar: y ahora no era precisamente el momento de explicárselo. Reith decidió que la mataría en el caso de que la captura se hiciese inevitable. Luego cambió de opinión: saltarían por la borda y se ahogarían juntos... Poco práctico también: mientras hay vida hay esperanza.

El sol se hundió tras el horizonte; el viento, como la tarde anterior, disminuyó. El anochecer trajo una calma chicha, con la dos embarcaciones agitándose impotentes en las olas.

Reith tomó los remos. Mientras el ocaso se asentaba sobre el océano, se alejó del inmóvil barco pirata en dirección a la orilla. Remó durante toda la noche. Salió la luna rosa, seguida por la luna azul, proyectando trémulas estrías de luz sobre el agua.

Ante ellos, una de las estrías moría en una masa completamente negra: la orilla. Reith dejó de remar. Muy a lo lejos, al oeste, vio una trémula luz; en dirección al mar todo estaba oscuro. Echó el ancla y arrió la vela. Comieron bayas y hierba del peregrino, luego se tendieron para dormir sobre las velas en el fondo del bote.

Por la mañana sopló una brisa del este. El bote permanecía anclado a un centenar de metros de la orilla, a una profundidad de escasamente un metro. El galeón pirata, si lo era, no se veía por ninguna parte. Reith levó el ancla e izó la vela; el bote inició una vez más, bamboleándose, su navegación.

Cauteloso tras los acontecimientos de la tarde anterior, Reith navegó a tan sólo medio kilómetro de la orilla hasta que cesó el viento, a media tarde. Al norte, un banco de nubes presagiaba tormenta; tomando los remos, Reith empujó el bote hasta una laguna en la boca de un lento río. A un lado de la laguna flotaba una balsa de cañas secas, sobre la que dos muchachos, sentados, estaban pescando. Tras una agitación inicial, contemplaron la aproximación del bote con una actitud de indiferencia.

Reith paró de remar para estudiar la situación. La despreocupación de los muchachos no parecía natural. En Tschai los acontecimientos desacostumbrados casi siempre presagiaban peligro. Reith remó cautelosamente hasta alcanzar una distancia de conversación. A unos treinta metros más allá, en la orilla, había sentados tres hombres, también pescando. Parecían Grises: una gente de corta estatura, robusta, con rostros de rasgos firmes, escaso pelo castaño y piel grisácea. Al menos, pensó Reith, no eran Khor, y en consecuencia no automáticamente hostiles.

Reith dejó derivar el bote. Preguntó:

—¿Hay alguna ciudad cerca?

Uno de los muchachos señaló con el dedo al otro lado de las cañas, hacia un bosquecillo de ouingas púrpuras.

—AL otro lado.

—¿Qué ciudad es?

—Zsafathra.

—¿Hay allí alguna posada a hostería donde podamos encontrar acomodo?

—Pregunta a los hombres de la orilla.

Reith empujó el bote hacia allá. Uno de los hombres exclamó irritado:

—¡Cuidado con los remolinos! ¡Vas a asustar a todos los gobbluchs de la laguna!

—Lo siento —dijo Reith—. ¿Es posible encontrar alojamiento en vuestra ciudad?

Los hombres lo contemplaron con una curiosidad impersonal.

—¿Qué hacéis aquí en esta costa?

—Somos viajeros del sur de Kislovan que volvemos a casa.

—Habéis viajado una notable distancia en una embarcación tan pequeña —observó uno de los hombres, con voz ligeramente escéptica.

—Una embarcación que se parece notablemente a las de los Khor —añadió otro.

—Reconozco que se parece a los botes Khor —admitió Reith—. Pero dejando eso aparte, ¿qué hay del alojamiento?

—La gente con sequins puede obtener cualquier cosa.

—Podemos pagar un precio razonable.

El más viejo de los hombres de la orilla se puso en pie.

—Lo menos que podemos decir de nosotros mismos es que somos gente razonable —afirmó. Hizo una seña a Reith para que se acercara. Cuando el bote apuntó hacia el cañizal, saltó a bordo—. ¿Así que decís ser Khor?

—Exactamente lo contrario. Decimos que no somos Khor.

—¿Entonces, el bote?

Reith hizo un gesto ambiguo.

—No es tan bueno como algunos, pero mejor que otros; nos ha traído hasta aquí.

Una fría sonrisa cruzó el rostro del hombre.

—Sigue más allá del siguiente canal. Luego gira a la derecha.

Durante media hora Reith remó por entre un laberinto de canales, con los ouingas siempre tras islas de negras cañas. Reith comprendió finalmente que el zsafathrano se estaba burlando de él o quería confundirle.

—Estoy cansado —dijo—. Rema tú a partir de ahora.

—No, no —declaró el viejo—. Ya estamos, simplemente dobla a la izquierda en el próximo canal, y hacia los ouingas.

—Extraño —dijo Reith—. Hemos cruzado ese canal arriba y abajo al menos una docena de veces.

—Todos estos canales se parecen. Ya hemos llegado.

El bote flotó en un plácido estanque, rodeado de casitas con techo de cañas, montadas sobre pilotes bajo los ouingas. AL final del estanque se alzaba una estructura mayor y más elaborada. Los pilotes eran de madera púrpura de ouinga; el techo estaba entretramado con un complicado dibujo negro, marrón y gris.

—Nuestra casa comunal —explicó el zsafathrano—. No estamos tan aislados como usted podría pensar. Los Thang vienen con sus troupes y carromatos, y los buhoneros Bihasu, y los dignatarios errantes como vosotros. Los albergamos a todos en nuestra casa comunal.

—¿Thang? ¡Entonces debemos estar cerca del cabo Braise!

—¿Consideras cerca quinientos kilómetros? Los Thang son tan ubicuos como las moscas de la arena; aparecen por todas partes, casi siempre precisamente cuando no son deseados. No demasiado lejos de aquí está la gran ciudad Thang de Urmank... Tanto tú como lo mujer sois de una raza desconocida para mí. Si el concepto no fuera en sí mismo absurdo... Pero no, postular estupideces es perder mi dignidad; no aventuraré nada.

—Somos de un remoto lugar —dijo Reith—. Nunca has oído hablar de él.

El viejo hizo un signo de indiferencia.

—Como queráis; siempre que observéis las ceremonias y paguéis lo que corresponde.

—Dos preguntas —dijo Reith—. ¿Qué son las «ceremonias», y cuánto esperáis que paguemos diariamente?

—Las ceremonias son simples —dijo el zsfathrano—. Un intercambio de banalidades, por así decir. En cuanto al pago, serán unos cuatro o cinco sequins al día. Id al muelle si queréis; luego nos llevaremos vuestro bote, para evitar las especulaciones si algún Thang o un Bihasu pasa por allí cerca.

Reith decidió no poner ninguna objeción. Condujo el bote hasta el muelle, una construcción de juncos y cañas fijados a pilotes de madera de ouinga. El zsfathrano saltó del bote y ayudó galantemente a Zap 210 a subir al muelle, inspeccionándola de cerca mientras lo hacía.

Reith saltó al muelle con la amarra en la mano; el zsfathrano la tomó y se la pasó a un muchacho, junto con algunas instrucciones murmuradas. Condujo a Reith y a Zap 210 por el pabellón de juncos hasta la casa comunal.

—Bien, consideraos como en vuestra casa. El cubículo de allí está a vuestro servicio. A su debido tiempo os traerán comida y vino.

—Queríamos bañarnos —dijo Reith—, y apreciaríamos un cambio de ropas, si hay disponibles.

—Los baños están más allá. Podéis adquirir nuevas ropas estilo zsfathrano a su precio correspondiente.

—¿Y cuál es ese precio?

—Las ropas normales de aulaga gris para los cortadores de juncos y campesinos valen diez sequins el conjunto. Puesto que vuestras ropas actuales pueden calificarse casi como andrajos, os recomiendo el gasto.

—¿La ropa interior va incluida en el precio?

—Se proporciona con un sobrepeso de dos sequins, y si deseáis sandalias nuevas, os costarán cinco sequins adicionales el par.

—Muy bien —dijo Reith—. Tráelo todo. Mientras tengamos sequins, viviremos en primera clase.

6

Vestida con una simple blusa gris y pantalones zsafathranos, Zap 210 parecía algo menos peculiar y llamativa. Su pelo negro había empezado a rizarse; la exposición al viento y al sol había oscurecido su piel; solamente sus rasgos perfectamente regulares y su aire de mediatibunda concentración la mantenían ahora aparte. Reith dudaba, sin embargo, de si un extraño observaría en su conducta algo más que una timidez más grande de lo común.

Pero Cauch, el viejo zsafathrano, lo había observado. Tomando a Reith aparte, murmuró con voz confidencial:

—Tu mujer: ¿acaso se encuentra enferma? Si necesitas hierbas, baños de sudor a homeopatía, están disponibles a un precio razonable.

—Todo en Zsafathran es negocio —dijo Reith—. Antes de que nos vayamos es probable que debamos más sequins de los que nunca podamos ganar. En este caso, ¿cuál será vuestra actitud?

—De triste resignación, nada más. Nos tenemos por una raza maldita por el destino, condenada a una sucesión de decepciones. Pero confío en que no sea éste vuestro caso.

—No a menos que disfrutemos de vuestra hospitalidad más tiempo del que habíamos previsto.

—Sin duda controlaréis cuidadosamente vuestros recursos. Pero de nuevo, ¿qué hay del estado de la mujer? —Sometió a Zap 210 a un escrutinio crítico—. He tenido alguna experiencia en esos asuntos; detecto en ella apatía, un cierto desinterés hacia las cosas que la rodean. Por lo demás, me siento desconcertado.

—Es una persona insondable —admitió Reith.

—La descripción, si me permites decirlo, puede aplicarse a los dos —dijo Cauch. Volvió su mirada de búho hacia Reith—. Bien, la morbidez de la mujer es asunto tuyo, por supuesto... Os ha sido servida una pequeña colación en el pabellón, a la que podéis acudir ahora mismo.

—A un pequeño precio, supongo.

—¿Cómo podría ser de otro modo? En este mundo riguroso solamente el aire que respiramos es gratuito. ¿Sois del tipo que prefiere tener hambre a desprenderse de unas cuantas monedas? Creo que no. Venid. —Y Cauch los condujo hasta el pabellón, acomodándoles en sillas de junco ante una mesa de mimbre, tras lo cual dio instrucciones a las muchachas encargadas de servir la comida.

Té frío, tortas de especias, tallos de una planta carnosa de color rojo que crujían al morderlos, fueron dispuestos ante ellos como primer plato. La comida era sabrosa, las sillas confortables; tras las vicisitudes de las últimas semanas la situación parecía irreal, y Reith fue incapaz de sustraerse a la costumbre de lanzar desconfiadas miradas a derecha a izquierda. Se relajó gradualmente. El pabellón parecía un idilio de paz. Las etéreas frondas púrpuras de los ouinga colgaban casi a ras de suelo, exhalando un perfume aromático. Carina 4269 reflejaba destellos de luz dorado oscuros en el agua. De algún lugar más allá de la casa comunal llegaba una música líquida de gongs. Zap 210 miró al otro lado de la laguna como sumida en una ensoñación, mordisqueando la comida como si le faltara sabor. Al darse cuenta de la atención de Reith, se envaró en su silla.

—¿Te sirvo un poco más de té? —preguntó Reith.

—Sí, por favor.

Reith tomó la jarra de cristal.

—No parece tener demasiada hambre — Observó.

—Supongo que no. Me pregunto si tendrán algo de diko.

—Estoy seguro de que no tienen diko —dijo Reith.

Zap 210 hizo chasquear irritadamente los dedos.

—¿Te gusta este lugar? —preguntó Reith.

—Es mejor que la enormidad del mar.

Por un tiempo Reith sorbió en silencio su té. La mesa fue limpiada, y fueron depositados nuevos platos ante ellos: croquetas en jalea dulce; bastoncitos de tuétano asado; taquitos de pescado. Como antes, Zap 210 no mostró un gran apetito. Reith dijo educadamente:

—Ahora has visto ya algo de la superficie. ¿Es distinto de lo que esperabas?

Zap 210 reflexionó.

—Nunca pensé ver tantas mujeres-madres —murmuró, como si hablara consigo misma.

—¿«Mujeres-madres»? ¿Quieres decir mujeres con niños?

Ella enrojeció.

—Quiero decir mujeres con pechos y caderas prominentes. ¡Hay tantas! Algunas de ellas parecen muy jóvenes: en realidad muchachas.

—Es normal —dijo Reith—. Cuando las chicas llegan a la pubertad, se les desarrollan los pechos y las caderas.

—No soy ninguna niña —declaró Zap 210 con una voz desacostumbradamente altanera—. Y yo... —su voz murió.

Reith se sirvió otro vaso de té y se reclinó en su silla.

—Creo que es el momento de que lo explique algunas cosas —dijo—. Supongo que hubiera debido hacerlo antes. Todas las mujeres son «mujeres-madres».

Zap 210 le miró con incredulidad.

—¡No es así, en absoluto!

—Sí, es así —dijo Reith—. Los Pnume os dan drogas para manteneros inmaduras: el diko, imagino. Ahora no estás drogada y estás volviendo a la normalidad... más o menos. ¿No has notado ningún cambio en ti misma?

Zap 210 se hundió en su silla, abrumada por el hecho de que él se hubiera dado cuenta de su embarazoso secreto.

—No se habla de tales cosas —murmuró con un hilo de voz.

—Siempre que sepas lo que está ocurriendo.

Zap 210 permaneció sentada mirando al agua. Preguntó, con voz desconfiada:

—¿Has notado cambios en mí?

—Bueno, sí. En primer lugar, ya no pareces el fantasma de un niño enfermo.

—No deseo ser un animal gordo, revolcándose en la oscuridad —susurró Zap 210—. ¿Debo ser una madre?

—Todas las madres son mujeres —explicó Reith—, pero no todas las mujeres son madres. No todas las madres se convierten en animales gordos.

—¡Extraño, extraño! ¿Por qué hay mujeres madres y mujeres no madres? ¿Es causa de un mal destino?

—Los hombres están implicados en el proceso —dijo Reith—. Mira allá, en la terraza de aquella casita: dos niños, una mujer, un hombre. La mujer es una madre. Es joven y parece saludable. El hombre es el padre. Sin padres, no hay niños.

Antes de que Reith pudiera proseguir con su explicación, el viejo Cauch regresó a la mesa y se sentó a su lado.

—¿Todo a vuestra satisfacción?

—Estupendo —dijo .Reith—. Lamentaremos el momento de abandonar vuestra ciudad.

Cauch asintió con complacencia.

—En algunos pobres aspectos somos gente afortunada, no tan rigurosa como los Khor, ni tan obsesivamente flexible como los Thang del oeste. ¿Y vosotros? Admito mi curiosidad respecto a vuestra procedencia y vuestro destino, porque os considero como gente poco habitual.

Reith rumió unos instantes, luego dijo:

No me importa satisfacer lo curiosidad, si estás dispuesto a pagar mi muy razonable precio por ella. De hecho, puedo ofrecerte varios grados de ilustración. Por un centenar de sequins lo garantizo sorpresa y maravilla.

Cauch se echó hacia atrás, alzando las manos en señal de protesta.

—¡No me digas nada sobre lo que hayas depositado algún valor material! Pero si por alguna casualidad deseas sostener alguna pequeña charla con alguien, sin ningún cargo, por supuesto, ya sabes que encontrarás en mí a un atento oyente.

Reith se echó a reír.

—La trivialidad es un lujo que no puedo permitirme. Mañana partiremos de Zsafathra. Nuestros pocos sequins tienen que llevarnos hasta Sivishe... aunque ignoro la forma.

—Sobre este aspecto no puedo aconsejarte —dijo Cauch—, ni siquiera a cambio de un precio. Mi experiencia se extiende solamente hasta Urmank. Allí tendrás que comportarte cautelosamente. Los Thang tomarán todos tus sequins sin siquiera pestañear. ¡Inútil

mostrarse furioso o herido! Éste es el temperamento Thang. Prefieren engañar antes que trabajar; los zsafathranos se mantienen muy en guardia cuando visitan Urmank, como podrás ver si lo decides a ir al bazar de Urmank en nuestra compañía.

—Hummm —Reith se frotó la barbilla—. ¿Qué ocurrirá con nuestro bote, en ese caso?

Cauch se alzó de hombros, un poco demasiado casualmente, o así se lo pareció a Reith.

—¿Qué es un bote? Un cascarón flotante de madera.

—Habíamos planeado vender este valioso bote en Urmank —dijo Reith—. De todos modos, para ahorrarme el esfuerzo de más navegación, estaría dispuesto a dejarlo aquí por algo menos de su valor real.

Cauch, con una suave risa, agitó la cabeza.

—No tengo ninguna necesidad de una embarcación tan tosca y en tan malas condiciones. El aparejo está gastado, las velas no son en absoluto las mejores que pueden encontrarse; los repuestos de velas, cuerdas y herramientas que hay en el cofre de proa son más bien pobres y están muy usados.

Tras hora y media de ofertas y contraofertas, Reith vendió el bote por cuarenta y dos sequins, además de todo el gasto de su estancia en Zsafathra y el transporte hasta Urmank por la mañana del día siguiente. Mientras negociaban, consumieron apreciables cantidades de té a la pimienta, algo embriagador. El humor de Reith se hizo más alegre y locuaz. El presente no parecía excesivamente malo. ¿El futuro? Habría que ver cómo se presentaba y enfrentarlo en sus propios términos. La luz de última hora de la tarde se filtraba entre los enormes ouingas, inundando el aire con un polvoriento color violeta, y la laguna espejeaba el cielo.

Cauch se marchó a sus asuntos; Reith se reclinó en su silla. Estudió a Zap 210, que también se había embriagado un tanto con una considerable cantidad de té a la pimienta. Alguna alteración de su humor hizo que no la viera como una Pnumekin, sino como una mujer joven sentada tranquilamente en la penumbra. Su atención estaba fija en algo al otro lado del pabellón; lo que veía la había sorprendido, y se volvió hacia Reith, maravillada. Reith observó lo grandes y oscuros que eran sus ojos. Habló con un susurro impresionado:

—¿Has visto... eso?

—¿Qué?

—Un hombre y una mujer jóvenes... Permanecían de pie juntos, iy acercaban mucho sus rostros!

—¡No me digas!

—¡Sí!

—No puedo creerlo. ¿Qué es lo que hacían exactamente?

—Bueno... no puedo describirlo.

—¿Era algo así? —Reith apoyó sus manos en los hombros de ella, miró a lo más profundo de sus sobresaltados ojos.

—No... no exactamente. Estaban más juntos.

—¿Así? —Reith la rodeó con sus brazos. Recordó la fría agua del lago de Pagaz, la desesperada vitalidad animal del cuerpo de la muchacha mientras se aferraba a él—. ¿Era algo parecido a esto?

Ella se echó hacia atrás.

—Sí... Déjame ir; alguien puede pensar que no estamos comportándonos decorosamente.

—¿Estaban haciendo esto? —Reith la besó. Ella lo miró entre la sorpresa y la alarma, y se llevó una mano a la boca.

—No... ¿Por qué has hecho eso?

—¿Te importa?

—Bueno, no. Creo que no. Pero por favor no lo hagas de nuevo; me hace sentir muy extraña.

—Eso son los efectos de la desaparición del diko —indicó Reith. Se echó hacia atrás en su silla, notando que la cabeza le daba vueltas. Ella le miró insegura.

—No puedo comprender por qué has hecho esto.

Reith inspiró profundamente.

—Es natural que los hombres y las mujeres se sientan atraídos mutuamente. Es llamado instinto reproductor, y a veces da como resultado niños.

Zap 210 pareció alarmada.

—¿Voy a convertirme en una mujer-madre a causa de esto?

Reith se echó a reír.

—No. Primero tendríamos que llegar a... algo más íntimo.

—¿Estás seguro?

Reith tuvo la impresión de que ella se inclinaba hacia él.

—Estoy seguro —dijo. La besó de nuevo, y esta vez,

tras un primer movimiento nervioso, ella no ofreció resistencia... luego jadeó.

—No te muevas. No repararán en nosotros si permanecemos sentados así; se sentirán avergonzados de mirar.

Reith se inmovilizó, helado, con su rostro muy cerca del de ella.

—¿Quiénes no repararán en nosotros? —murmuró.

—Mira... ahora.

Reith miró por encima del hombro. AL otro lado del pabellón había dos figuras oscuras con capas negras y sombreros negros de ancha ala.

—Gzhindra —susurró la muchacha.

Cauch entró en el pabellón y acudió a hablar con los Gzhindra. Tras unos momentos los condujo fuera.

El crepúsculo se convirtió en noche. Las muchachas encargadas del servicio estaban colgando por todo el pabellón lámparas que arrojaban una luz amarilla y verde, y poco después trajeron bandejas y recipientes que depositaron en la mesa del buffet. Reith y Zap 210 permanecieron sentados en las sombras, con aire melancólico.

Cauch regresó al pabellón y se acercó a ellos.

—Mañana al amanecer partiremos hacia Urmank; llegaremos allá al mediodía. ¿Conocéis la reputación de los Thang?

—En cierta medida.

—Es una reputación merecida —dijo Cauch—. Prefieren engañar a ser fieles; su dinero preferido es el dinero robado. Así que estad en guardia.

—¿Quiénes eran los dos hombres de negro con quienes hablabas hace media hora? —preguntó Reith casualmente.

Cauch asintió con la cabeza, como si hubiera estado esperando la pregunta.

—Eran Gzhindra, a Hombres de las Profundidades, como los llamamos, que a veces actúan como agentes de los Pnume. Esta noche el asunto que les traía era distinto. Habían recibido de los Khor el encargo de localizar a un hombre y a una mujer que profanaron uno de sus lugares sagrados y robaron un bote cerca de la ciudad de Fauzh.

La descripción, por una peculiar coincidencia, encajaba con la vuestra, aunque algunas discrepancias me permitieron afirmar con seguridad que tales personas no habían sido vistas en Zsafathra. De todos modos, puede que hablen del asunto con otras personas que no os conozcan tan bien como yo. Para evitar cualquier posible confusión de identidad, os sugiero que alteréis vuestra apariencia tan espectacularmente como os sea posible.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —murmuró Reith.

—En absoluto. —Cauch se metió los dedos en la boca y lanzó un penetrante silbido. Sin sorpresa ni apresuramiento, una de las muchachas del servicio se acercó: una joven agradable, ancha de caderas, hombros, pómulos y boca, con un indescriptible pelo castaño peinado en una alocada serie de coquetas coronas.

—¿Deseáis alguna cosa?

—Trae un par de turbantes —dijo Cauch—. Naranja y blanco, con ajorcas negras.

La muchacha trajo lo pedido. Dirigiéndose a Zap 210, enrolló la tela naranja y blanca en torno al negro casquete de su pelo, lo ató de tal modo que los colgantes extremos quedaran detrás de su oreja izquierda, luego fijó las ajorcas negras de modo que colgaran un poco por delante de la oreja derecha. Reith se maravilló de la transformación. Zap 210 parecía ahora atrevida y maliciosa, una jovencita disfrazada de pirata.

Reith fue el siguiente en ser dotado de turbante; Zap 210 pareció encontrar divertida la transformación; abrió la boca y se echó a reír: la primera vez que Reith tenía ocasión de oírla hacerlo.

Cauch los contempló apreciativamente.

—Una notable diferencia. Os habéis convertido en un par de Hedaijhan. Mañana os proporcionaré chales. Ni vuestras madres os reconocerán.

—¿Cuánto vas a cobrarnos por este servicio? —preguntó Reith—. Una suma razonable, confío.

—Ocho sequins en total, lo cual incluye los artículos en sí, su adaptación, y el entrenamiento en las posturas típicas de los Hedaijhan. Esencialmente, debéis caminar con un paso oscilante, moviendo vuestros brazos... así. —Cauch hizo una demostración de un paso ligeramente bamboleante—. Con las manos... así. Veamos, señorita, tú primero. Recuerda, tienes que doblar un poco las rodillas. Avanza, contonéate...

Zap 210 siguió las instrucciones con gran atención, mirando a Reith para ver si se reía.

Las prácticas prosiguieron hasta bien entrada la noche, mientras la luna rosa cruzaba el cielo por entre los ouingas y la luna azul se asomaba por el este. Finalmente, Cauch dijo satisfecho:

—Podréis engañar casi a cualquiera. Así que a dormir. Mañana viajaremos a Urmank.

El cubículo dormitorio estaba en penumbra, solamente con la luz que entraba procedente de las lámparas del pabellón por los intersticios de la pared y las luces rosa y azul de las lunas procedentes de distintas direcciones, que formaban en conjunto una mezcla multicolor en el suelo.

Zap 210 se dirigió a la pared y miró por entre las rendijas hacia la avenida que discurría entre los ouingas. Estuvo mirando fuera durante varios minutos. Reith acudió a su lado.

—¿Ves algo?

—Nada. No se dejan ver tan fácilmente. —Se volvió y, con una mirada inescrutable hacia Reith, fue a sentarse en uno de los camastros de mimbre. Finalmente dijo—: Eres un hombre muy extraño.

Reith no encontró ninguna respuesta.

—Hay tantas cosas que no me has dicho. A veces tengo la impresión de que no sé nada en absoluto.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Cómo actúa la gente de la superficie, cómo siente... por qué hacen las cosas que hacen...

Reith se dirigió hacia donde estaba sentada ella y se detuvo mirándola desde arriba.

—¿Quieres saber todas estas cosas esta noche?

Ella siguió sentada, contemplándose las manos.

—No. Tengo miedo... No ahora.

Reith adelantó un brazo y acarició su cabeza. Sintió de pronto una irresistible tentación de sentarse a su lado y contarle toda la historia de su notable pasado... Deseó sentir sus

ojos clavados en él, ver su pálido rostro atento y maravillado... De hecho, pensó Reith, había empezado a encontrar aquella extraña muchacha, con todos sus secretos pensamientos, estimulante.

Se dio la vuelta. Mientras cruzaba la estancia hasta su propio camastro, pudo sentir los ojos de ella clavados en su espalda.

7

La luz matutina penetraba en el cubículo por los intersticios de la pared de juncos. Reith y Zap 210 se dirigieron al pabellón, donde encontraron a Cauch desayunando tortas de hierba del peregrino y una especie de guiso caliente que olía a marisco. Inspeccionó a la pareja con ojos entrecerrados, prestando particular atención a los turbantes y a su forma de andar.

—No está mal. Pero tendéis a olvidar. Más oscilación, jovencita, más movimiento de los hombros. ¡Recordad que cuando abandonéis el pabellón sois Hedaijhan! En caso de que hayáis despertado sospechas, en caso de que alguien esté aguardando y observe.

Tras el desayuno, los tres se dirigieron a la avenida que conducía al norte bajo los ouingas, Reith y Zap 210 tan completamente Hedaijhan como se lo permitían sus turbantes, sus chales y su forma de andar, y por ella a un par de carrmatos tirados por un tipo de animales que Reith no había visto nunca antes: unas bestias de piel gris que se erguían elegantes y firmes sobre sus ocho largas patas.

Cauch trepó al primero de los carros; Reith y Zap 210 se le unieron. Los vehículos abandonaron Zsafathra.

El camino se alejaba del poblado a través de un húmedo terreno de cañas, plantas acuáticas, aislados tocones negros que extendían largos zarcillos verde limo.

Cauch prestaba una gran atención al cielo, en lo que era imitado por los zsafathranos del otro carrmato. Finalmente, Reith no pudo resistir la pregunta:

—¿Qué estáis observando?

—Ocasionalmente —dijo Cauch— somos importunados por una tribu de pájaros predadores de las colinas de allá delante. De hecho, ahí puedes ver a uno de sus centinelas —señaló hacia un punto negro que cruzaba el cielo meridional; parecía del tamaño de un milano grande. Con voz resignada, Cauch prosiguió—: Dentro de un momento nos atacarán.

—No parecéis muy alarmados —observó Reith.

—Hemos aprendido cómo tratarlos. —Cauch se volvió a hizo una seña al carrmato de atrás, luego aceleró la marcha del suyo, para abrir una separación de un centenar de metros entre ambos. De los cielos meridionales les llegó una bandada de cincuenta o sesenta criaturas de batientes alas. Cuando se acercaron, Reith vio que cada una de ellas cargaba con dos piedras de la mitad del tamaño de su cabeza. Miró intranquilo a Cauch.

—¿Qué hacen con las piedras?

—Las dejan caer, con una notable puntería. Supón que lo hallas en medio del camino, y que treinta de esas criatura vuelan sobre ti a su altura habitual de ciento cincuenta a doscientos metros. Treinta piedras lo alcanzarán y lo aplastarán contra el suelo.

—Evidentemente, habéis aprendido cómo alejarlas asustándolas.

—No, pero algo parecido.

—¿Impedir su puntería?

—AL contrario. Somos por esencia un pueblo pasivo, e intentamos enfrentarnos a nuestros enemigos de modo que se desconcierten o se derroten ellos mismos. ¿Te has preguntado alguna vez por qué los Khor no nos atacan?

—Realmente, alguna vez se me ha ocurrido pensarlo.

—Cuando los Khor atacan, y no lo han hecho en seiscientos años, los eludimos y de una u otra forma penetramos en sus bosquecillos sagrados. Allí realizamos actos de profanación, del tipo más simple, natural y ordinario. A partir de entonces ya no pueden utilizar el bosquecillo para la procreación, y tienen que emigrar o perecer. Admito que nuestras armas son poco delicadas, pero tipifican nuestra filosofía de la guerra.

—¿Y estos pájaros? —Reith observó dubitativo la aproximación de la bandada—. Seguro que estos métodos que acabas de decirme son inefectivos.

—Si, supongo que si —admitió Cauch—, aunque de hecho no los hemos probado nunca. En este caso no hacemos absolutamente nada.

Los pájaros planearon sobre ellos; Cauch animó al animal de tiro a galopar en zigzag. Uno a uno, los pájaros dejaron caer sus piedras, que golpearon el camino junto al carro.

—Como comprenderás, los pájaros solamente pueden calcular la posición de un blanco estacionario; en este caso, su precisión se vuelve contra ellos.

Todas las piedras fueron arrojadas; con enormes graznidos de frustración, los pájaros regresaron a las montañas.

—Lo más probable es que regresen con otro cargamento de piedras —dijo Cauch—. ¿No observas que este camino se halla elevado su buen metro largo por encima de los pantanos de alrededor? Es obra suya, a lo largo de muchos siglos. Solamente son peligrosos si permaneces quieto.

Los carromatos avanzaron por un bosque de color marrón cerúleo poblado de pequeñas criaturas peludas, medio arañas, medio monos, que saltaban de rama en rama lanzando grititos y arrojando pequeñas ramas a los viajeros. Luego el camino avanzó durante una treintena de kilómetros por una llanura sembrada de peñascos de piedra volcánica color miel, hacia un par de altos conos volcánicos, cada uno de los cuales estaba rematado por un antiguo castillo maltratado por el tiempo, cuartel general en épocas pasadas de cultos herméticos pero ahora, según Cauch, morada de devoradores de almas.

—De día no se ven nunca, pero por la noche bajan para merodear las afueras de Urmank. A veces los Thang los atrapan con trampas para utilizarlos en el carnaval.

El camino cruzó entre los picos, y Urmank apareció a la vista: un desordenado amasijo de altas y estrechas casas de madera negra, tejas marrones y piedra. Un muelle bordeaba la orilla del agua, junto al que flotaban plácidamente media docena de barcos amarrados. Tras el muelle estaba el mercado y el bazar, al que un revolotear de banderolas naranjas y verdes daban un aire festivo. Una larga pared de ladrillos medio desmoronada limitaba el bazar; un agrupamiento de chozas de barro al otro lado parecía señalar la casta de los parias.

—¡He aquí Urmank! —dijo Cauch—. La ciudad de los Thang. No molestan a aquellos que vienen y van, siempre que puedan arrebatárles los pocos sequins que lleven consigo.

—En mi caso van a sentirse decepcionados —dijo Reith—. Espero ganar sequins, de una a otra manera.

Cauch le lanzó una maravillada mirada de soslayo.

—¿Pretendes ganarles sequins a los Thang? Si controlas un poder tan milagroso como ése compártelo conmigo. Los Thang nos han engañado con tanta regularidad que ahora consideran el proceso como su derecho innato. ¡Oh, te lo advierto, en Urmank tienes que ser precavido!

—Si sois engañados, ¿por qué seguís tratando con ellos?

—Parece un absurdo —admitió Cauch—. Después de todo, podríamos construir un barco y navegar hasta Hedaijha, las Erges Verdes, Coad... Pero somos un pueblo pervertido; nos atrae venir a Urmank, donde los Thang proporcionan diversiones. Mira allá: ¿ves aquella zona envuelta con lonas marrones y naranjas? Es el lugar de la lucha con zancos. Más allá están los juegos de azar, donde el visitante pierde invariablemente más de lo que gana.

Urmank es un desafío para Zsafathra; siempre confiamos en ganarles a los Thang.

—Puede que nuestros esfuerzos conjuntos consigan algo —dijo Reith—. Al menos puedo aportar un nuevo enfoque.

Cauch se alzó indiferente de hombros.

—Los zsafathranos han intentado ganar a los Thang desde más allá de nuestra memoria. Tratan con nosotros utilizando una fórmula: primero nos incitan con la perspectiva de una rápida ganancia; luego, cuando hemos puesto los sequins sobre la mesa, la perspectiva retrocede... Bien, primero tomaremos algo. La Hostería del Marinero Afortunado ha demostrado ser satisfactoria en el pasado. Como asociado mío, estás a salvo de ataques físicos, secuestro y esclavitud. Pero cuida el dinero; los Thang no llegan a garantizar su seguridad de ninguna de las maneras.

El salón principal de la Hostería del Marinero Afortunado estaba amueblada en un estilo que Reith no había visto antes en Tschai. Sillas angulares hechas de palos de madera estaban alineadas contra las paredes de ladrillos encalados en blanco. En una serie de reservados, unas especies de peceras de cristal exhibían el movimiento de iridiscentes gusanos marinos. El encargado llevaba un caftán abotonado al frente, un casquete negro en la cabeza, zapatillas negras y protegdedos también negros. Su rostro era blando, sus modales suaves; ofreció a Reith para su inspección un par de cubículos adyacentes amueblados con una cama, una mesilla de noche y una lámpara, que alquilaba, incluida la ropa de cama limpia y ungüento para los pies, por la suma total de tres sequins. Reith encontró la cantidad razonable, y así se lo dijo a Cauch.

—Si —dijo Cauch—. Tres sequins no es una cantidad grande, pero te recomiendo que no utilices el ungüento para los pies. Es algo nuevo, y como tal despierta sospechas. Puede manchar la madera, en cuyo caso lo cobrarán un extra por su limpieza. O puede contener un producto urticante, cuyo antídoto balsámico lo vendan a cinco sequins el gramo.

Cauch no se molestó en hablar de modo que el encargado no le oyera; éste se limitó a echarse a reír, sin ofenderse.

—Viejo zsafathrano, por una vez eres escéptico en demasía. Recientemente nos hemos visto obligados a aceptar un gran stock de tónicos y ungüentos como pago de una deuda, y simplemente hemos puesto esas sustancias a la disposición de nuestros huéspedes. ¿Necesitas un diurético o un vermífugo? Podemos proporcionártelos a un precio puramente nominal.

—Por el momento nada —dijo Cauch.

—¿Y tus amigos Hedaijhan? Cualquier momento es bueno para un laxante, que ofrecemos a diez sequins el lote de dos. ¿No? Bien, entonces, para vuestra cena, permitidme recomendaros las Especialidades Seleccionadas de Tierra y Mar, a unos pocos metros a la derecha, siguiendo el muelle.

—Cené allí en una ocasión —dijo Cauch—. La comida que me pusieron delante hubiera quitado el apetito a un devorador de cadáveres de los Altos Castillos. Compraremos pan y fruta en el mercado.

—¡En ese caso, visitad el puesto de mi sobrino, en la parte opuesta al depilatorio!

—Inspeccionaremos lo que tiene. —Cauch abrió camino hacia el muelle—. El Marinero Afortunado es un establecimiento comparativamente honesto, pero, como podéis ver, uno ha de estar siempre alerta. En mi última visita, había un grupo de músicos tocando en el salón principal. Me detuve unos momentos a escucharlos, y luego, en mi cuenta, me encontré con un recargo de cuatro sequins. Y en cuanto a la oferta del laxante a muy bajo precio o ninguno... —Cauch se echó a reír—. En una anterior visita a Urmank le hicieron una oferta similar a mi abuelo, que la aceptó... para descubrir que la puerta de los servicios estaba cerrada con llave, y que para usarlos había que pagar cada vez una sobretasa. La medicación, a la larga, le costó un buen pico. En los tratos con los Thang es bueno examinar todos los aspectos de la situación.

Los tres caminaron a lo largo del muelle. Reith examinó los barcos con interés. Todos eran pequeñas embarcaciones rechonchas, con altas proas y popas, propulsadas por velas cuando el viento era favorable y por bombas eléctricas a chorro en caso necesario. Frente a cada uno de ellos un cartel anunciaba el nombre del barco, el puerto de destino y la fecha de partida.

Cauch dio unos golpecitos a Reith en el brazo.

—Puede que sea imprudente demostrar un interés tan grande por los barcos.

—¿Por qué?

—En Urmank siempre es sabio disimular.

Reith miró a ambos lados del muelle.

—No parece haber nadie siguiéndonos. Y si lo hay, dará por sentado que estoy disimulando y que lo que realmente planeo es ir tierra adentro.

Cauch suspiró.

—En Urmank la vida tiene muchas sorpresas para los descuidados.

Reith se detuvo junto a una de las embarcaciones.

Nhiahah. Destino: Ching, las Islas Oscuras, la costa sur del Schanizade, Kazain. Un momento. —Reith subió por la plancha y se acercó a un hombre delgado y sombrío con un delantal de cuero—. ¿Dónde está el capitán, por favor?

—Soy yo.

—Respecto al viaje a Kazain: ¿cuánto pides por llevar a dos personas?

—Para una cabina de clase A pido cuatro sequins por persona y día, lo cual incluye la comida. El viaje a Kazain toma generalmente treinta y dos días; en consecuencia, el pasaje total para dos personas es, veamos, doscientos sesenta sequins.

Reith expresó su sorpresa ante la magnitud de la cantidad, pero el capitán mantuvo una actitud indiferente.

Reith regresó al muelle.

—Necesito un poco más de doscientos cincuenta sequins.

—No es una suma imposible —dijo Cauch—. Un trabajador diligente puede ganar cuatro o incluso seis sequins al día. Siempre se solicitan descargadores en los muelles.

—¿Qué hay de las salas de juego?

—El distrito está más allá, al lado del bazar. No es necesario decir que es muy poco probable que puedas ganarles a los tahúres Thang en su propio terreno.

Caminaron hasta una plaza pavimentada con grandes losas cuadradas de piedra color rosa salmón.

—Hace mil años, el tirano Przelius construyó una gran rotonda aquí. Sólo queda el suelo. Aquí están los tenderetes de comida. Allí las ropas y sandalias. Más allá los ungüentos y extractos... —A medida que hablaba, Cauch iba señalando hacia distintos lados de la plaza, donde los tenderetes ofrecían una gran variedad de artículos: comida, ropa, piel; una mezcla de especias de color terroso; utensilios de cobre. y hojalata, planchas, barras y varillas de hierro negro; cristal y lámparas; pergaminos sagrados y fetiches. Más allá del suelo de la rotonda y las más o menos ordenadas hileras de tenderetes estaban las diversiones: tiendas naranjas con alfombras ante la entrada donde bailaban muchachas a la música de flautas nasales y percusión. Algunas llevaban vestidos de gasa; otras bailaban desnudas hasta la cintura; unas pocas, que hacía menos de un año o dos que habían abandonado la infancia, no llevaban más que sandalias. Zap 210 observó a estas últimas y sus posturas con asombro; luego, con un encogimiento de hombros, se dio la vuelta.

Un canto apagado atrajo la atención de Reith. Una pared de lona cerraba un pequeño estadio, del que brotó de pronto un coro de gritos y gruñidos.

Son las confrontaciones sobre zancos —explicó Cauch—. Parece que uno de los campeones ha sido derribado, y muchos jugadores han perdido sus apuestas.

Mientras pasaban por delante del estadio Reith captó fugazmente a cuatro hombres sobre zancos de tres metros observándose con desconfianza entre sí. Uno de ellos lanzó una patada hacia delante con su zanco; otro golpeó con una maza acolchada; un tercero fue pillado desprevenido y se ladeó peligrosamente, manteniendo el equilibrio por puro milagro, mientras los otros se arracimaban a su alrededor como grotescas aves carroñeras.

—Los luchadores sobre zancos son en su mayoría cortadores de mica de la Montaña Negra —dijo Cauch—. El visitante que apuesta aquí es como si echara su dinero por un agujero. —Cauch agitó tristemente la cabeza—. Sin embargo, siempre tenemos esperanzas. El suegro de mi hermano ganó cuarenta y dos sequins en las carreras de anguilas, hace unos años. Aunque tengo que admitir que durante los dos días anteriores quemé incienso a imploré la intervención divina.

Vayamos a ver una de esas carrera de anguilas —dijo Reith—. Si la intervención divina puede proporcionar unas ganancias de cuarenta y dos sequins, nuestra inteligencia debería proporcionarnos al menos otro tanto, o quizá más.

—Entonces por aquí, pasada la casa de los chiquillos.

Reith iba a preguntar qué era la casa de los chiquillos, cuando una sonriente niña pasó corriendo por su lado y le pegó una patada en la espinilla, tras lo cual, retrocediendo, le hizo una mueca burlona y corrió al interior de una caseta, precisamente la casa de los chiquillos. Reith contempló asombrado su desaparición.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Ven —dijo Cauch—. Te lo mostraré.

Lo condujo hasta la casa de los chiquillos. En una especie de escenario a diez metros de distancia estaba la niña, de pie. Lanzó un horrible chillido apenas verle. Tras un mostrador había un Thang de mediana edad con un sedoso bigote castaño.

—Qué impertinencia, ¿verdad? Tome, dele una buena lección. Esas bolas de fango valen diez céntimos la pieza. Los paquetitos de estiércol cuestan seis un sequin, y las bolsitas de pica-pica cinco un sequin.

—¡Ya-ya-ya! —se burló la niña—. ¿Quién se preocupa? ¡No es capaz de acertarme ni con una bola de metro a esa distancia!

—Anímese, señor, dele lo que se merece. ¿Qué prefiere? ¿Las bolas de fango? Los paquetitos de estiércol dejan un olor horrible: los odia. ¡Y las bolsas de pica-pica! Se acordará todo el resto del día del momento en que le dio la patada.

—Suba usted ahí arriba —dijo Reith—. Haga usted de blanco.

—Entonces el precio es doble, señor.

Reith se marchó de la casa de los chiquillos entre las decepcionadas burlas de la niña y el encargado.

—Has hecho bien conteniéndote —dijo Cauch—. Aquí no pueden ganarse sequins.

—Uno no puede vivir sólo de pan... pero no importa. Muéstrame las carreras de anguilas.

—Están a sólo unos pasos más allá.

Caminaron hacia la vieja y desmoronante pared que separaba el bazar de la Ciudad Vieja de Urmank. En el borde mismo de la zona al aire libre, casi a la sombra de la pared, había un mostrador en forma de U rodeado por una cuarentena de hombres y mujeres, muchos de ellos con ropas extrañas. A poca distancia más allá del extremo abierto de la U había un depósito de madera montado sobre una plataforma de cemento. El depósito, de dos metros de diámetro por medio de alto, estaba equipado con una tapa abisagrada y desaguaba en una zanja cubierta que avanzaba entre los brazos de la U, vaciándose en un estanque de cristal al otro lado. La atención de los jugadores estaba centrada en el estanque de cristal; mientras Reith miraba, una anguila verdosa salió disparada del desagüe y llegó al estanque, seguida tras un momento por otras anguilas de distintos colores.

—¡La verde gana de nuevo! —exclamó el cuidador de las anguilas con voz angustiada—. ¡Afortunada, afortunada, afortunada verde! ¡Las manos tras la pantalla, por favor, hasta

que pague a los ganadores! ¡Voy a arruinarme! Veinte sequins para este caballero Jadarak, que arriesgó unos simples dos sequins. Diez sequins para esta dama de la costa de Azote con el sombrero verde, que apostó un sequin al color de su sombrero. ¿Qué? ¿Nadie más? ¿Esto es todo? No me he arruinado tanto como había temido al principio. — El operador recogió los sequins apostados a los otros colores—. Va a empezar una nueva carrera; hagan sus apuestas. Los sequins deben ser colocados muy claramente en el color elegido, por favor, para evitar malentendidos. No hay límite: apuesten todo lo que quieran, hasta un tope de mil sequins, por supuesto, ya que mi capital y reservas alcanzan solamente los diez mil sequins. Cinco veces ya me he visto en la bancarrota; pero siempre he conseguido volver a remontarme para seguir sirviendo a la gente jugadora de Urmank; ¿no es eso una auténtica dedicación? —Mientras hablaba, recogió las anguilas metiéndolas en un cubo y las llevó hasta el depósito. Tiró de una cuerda que, pasando por una polea, levantaba la tapa del depósito. Reith se acercó y miró el agua que contenía. El cuidador de las anguilas no puso ninguna objeción.

—Mire todo lo que quiera, amigo; el único misterio que hay aquí son las propias anguilas. ¡Si pudiera leer sus secretos hoy sería un hombre rico!

Dentro del depósito Reith vio un deflector que definía un canal en espiral que se originaba en el centro del depósito y giraba hasta el desagüe, con una puerta que el cuidador de la anguilas cerró de un golpe. El cuidador colocó las anguilas en la parte central del depósito y cerró la tapa.

—¡Este hombre ha sido testigo! —exclamó—. Las anguilas se mueven al azar, tan libres como cuando recorrían las profundidades de sus corrientes nativas. Giran, corren, buscan un rayo de luz. Alzo la puerta, y salen disparadas. ¿Cuál ganará la carrera hasta el estanque? ¡Ah!, ¿quién sabe? La última vencedora fue la Verde; ¿vencerá la Verde de nuevo? ¡Hagan sus apuestas, depositen ya todas sus apuestas! ¡Ajá! ¡Un gran personaje apuesta aquí generosamente por la Gris y la Malva, diez sequins a cada! ¿qué es eso? ¡Un sequin púrpura a la Púrpura! ¡Miren, todos! ¡Una mujer noble de las tierras interiores de Bashai apuesta un valor de cien a la Púrpura! ¿Ganará mil? Sólo las anguilas lo saben.

—Yo también lo sé —murmuró Cauch a Reith—. No ganará. La anguila Púrpura remoloneará durante todo el camino. Predigo vencedora la Blanca o la Azul Pálido.

—¿Por qué lo dices?

—Nadie ha apostado a la Azul Pálido. Y en la Blanca hay solamente tres sequins.

—Cierto, pero, ¿cómo lo saben las anguilas?

—Ahí, como diría el cuidador, reside el misterio.

—¿Puedes comprender cómo controla el operador a las anguilas en su beneficio? —preguntó Reith a Zap 210.

—No comprendo nada.

—Habrá que pensar un poco en ello —iijo Reith—. Observemos otra carrera. En interés de la investigación, apostaré un sequin a la Azul Pálido.

—¿Hechas todas las apuestas? —exclamó el cuidador de las anguilas—. ¡Por favor, sed meticulosos! Los sequins que señalen dos colores distintos serán considerados como pertenecientes al color perdedor. ¿No más apuestas? Muy bien entonces, por favor mantengan sus manos detrás de la pantalla. ¡No más apuestas, por favor! ¡Va a empezar la carrera!

Se dirigió al depósito, tiró de una palanca que presumiblemente alzaba la puerta de la parte frontal de la separación.

—¡La carrera está en marcha! Las anguilas anhelan la luz; íse retuercen alegremente! ¡Ya bajan por el desagüe! ¿Cuál va a ganar esta vez?

Los jugadores estiraron sus cuellos para mirar; la anguila Blanca apareció culebreando en el estanque.

—Oh —gruñó el operador—. ¿Cómo puedo hacer negocio con esas anguilas tan poco cooperativas? Veinte sequins para este ya rico Gris. ¿Es usted marinero, señor? Y diez a este joven y noble comprador de esclavos del cabo Braise. Pago, pago, ¿y dónde está mi beneficio? —Pasó junto a ellos, recogiendo el sequin de Reith en su bandeja—. ¡Bien, todo el mundo preparado para la siguiente carrera!

Reith agitó la cabeza y se volvió a Cauch.

—Desconcertante, realmente desconcertante. Será mejor que nos marchemos.

Pasearon por el bazar hasta que Carina 4269 se hundió tras el horizonte. Contemplaron la rueda de la fortuna; estudiaron un juego donde los participantes compraban un saquito lleno de piezas de forma irregular a intentaban hacerlas encajar formando un tablero único; observaron otra media docena de juegos distintos, más o menos normales. Llegó el anochecer; los tres se dirigieron a un pequeño restaurante cerca de la Hostería del Marinero Afortunado, donde cenaron pescado con salsa roja, pan de hierba del peregrino, una ensalada de algas y una gran jarra de vino.

—En un sólo aspecto de la existencia puede confiarse en los Thang —dijo Cauch—: en su cocina. En esto son leales. La razón de esta particularidad se me escapa.

—Viene a demostrar —dijo Reith— que no se puede juzgar a un hombre por su mesa.

—Entonces, ¿cómo puede alguien juzgar a sus semejantes? —preguntó Cauch cautelosamente—. Por ejemplo, ¿en qué basas siempre tus cálculos?

—Solo una cosa puedo decir con certeza —respondió Reith—. Las primeras impresiones son siempre erróneas.

Cauch, echándose hacia atrás en su silla, inspeccionó a Reith bajo fruncidas cejas.

—Cierto, completamente cierto. Por ejemplo, es probable que tú no seas el frío desesperado que pareces a primera vista.

—He sido juzgado de otras maneras peores —dijo Reith—. Uno de mis amigos afirma que parezco un hombre de otro mundo.

—Es extraño que digas eso —observó Cauch—. Un extraño rumor ha llegado recientemente a Zsafathra, afirmando que todos los hombres son originarios de un lejano planeta, un poco como afirman los Redentores de los Yao, y no de la unión del pájaro sagrado xyxyl y el demonio del mar Rhadamth. Además, se dice que hay alguien de este lejano planeta vagando actualmente por el viejo Tschai, realizando los más notables actos: desafiando a los Dirdir, derrotando a los Chasch, persuadiendo a los Wankh. Hay una nueva corriente de pensamiento en Tschai: la convicción de que algo está cambiando. ¿Qué piensas tú de todo esto?

—Supongo que el rumor no es inherentemente absurdo —dijo Reith.

—Un planeta de hombres —dijo Zap 210 con voz muy baja—. ¡Sería algo todavía más extraño y salvaje que Tschai!

—Lo cual, naturalmente, es problemático —observó Cauch con voz de análisis didáctico—, y sin duda irrelevante en nuestro caso actual. Los secretos de la personalidad son engañosos. Por ejemplo, considerémonos nosotros tres. Un honesto zsafathrano y dos reservados vagabundos arrastrados como hojas secas por los vientos del destino. ¿Qué impulsa estos desesperados viajes? ¿Qué se puede ganar en ello? Yo mismo, en toda mi vida, nunca he ido más lejos que el cabo Braise; sin embargo no me siento peor por ello, quizá tan sólo un poco más triste. Os miro a vosotros y me hago preguntas. La muchacha está asustada; el hombre es duro: una finalidad más allá de la comprensión de ella lo impulsa; está llevándola a un lugar donde ella teme ir. Sin embargo, ¿volvería allá de donde viene si pudiera? —Cauch miró al rostro de Zap 210; ella desvió la mirada.

Reith consiguió esbozar una dolorida sonrisa.

—Sin dinero, no iremos a ninguna parte.

—Bah —dijo Cauch desdeñosamente—. Si todo lo que os falta es dinero, tengo el remedio. Una vez a la semana, cada ivensdia, se celebran combates en Urmank. De hecho, Otwile, el campeón, está sentado a una mesa aquí a nuestro lado. —Hizo una seña hacia un hombre totalmente calvo, de más de dos metros de altura, hombros y muslos masivos, cadera estrecha. Estaba sentado a solas bebiendo vino, mirando ociosamente hacia el paseo—. Otwile es un gran luchador —dijo Cauch—. Una vez se enfrentó a un Chasch Verde y aguantó el tipo; al menos, escapó con vida.

—¿Cuál es el premio? —inquirió Reith.

—El hombre que se mantenga cinco minutos dentro del círculo gana cien sequins; se le pagan otros veinte sequins extra por cada hueso roto. A veces Otwile hace que uno gane cien sequins extra en menos de un minuto.

—¿Y si el contrincante vence a Otwile?

Cauch frunció los labios.

—No hay premio para ello; el hecho se considera imposible. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tienes intención de aceptar el desafío?

—No yo —dijo Reith—. Necesito trescientos sequins. Suponiendo que permaneciera cinco minutos en el ring para ganar cien sequins... necesitaría diez huesos rotos para conseguir otros doscientos.

Cauch pareció decepcionado.

—¿Tienes algún plan alternativo?

—No dejo de pensar en las carreras de anguilas. ¿Cómo puede el operador controlar a once anguilas desde una distancia de tres metros mientras avanzan por una zanja cubierta? Parece extraordinario.

—De hecho, lo es —admitió Cauch—. Durante años la gente de Zsafathra ha estado apostando sus sequins con la suposición de que este control es imposible.

—¿Acaso las anguilas pueden alterar su color de acuerdo con las circunstancias? No, imposible. ¿Tal vez el operador estimula telepáticamente a las anguilas? Lo considero improbable.

—Yo no tengo ninguna teoría mejor —dijo Cauch.

Reith revisó mentalmente la actuación del cuidador de las anguilas.

—Alza la tapa del depósito; el interior está abierto y visible; el agua no tiene más de treinta centímetros de profundidad. Las anguilas son depositadas en el centro del depósito y la tapa es vuelta a cerrar: todo esto antes de que se hagan las apuestas. Sin embargo, el cuidador parece controlar el movimiento de las anguilas.

Cauch lanzó una risita sardónica.

—¿Sigues pensando todavía que puedes sacar algún beneficio de las carreras de anguilas?

Reith se puso en pie.

—Me gustaría examinar el sitio por segunda vez.

—¿Ahora? Las carreras ya han terminado por hoy.

—De todos modos, me gustaría examinarlo; solo es un paseo de cinco minutos.

—Como quieras.

La zona circundante al lugar donde se celebraban las carreras de anguilas estaba desierta y débilmente iluminada por las distantes lámparas del bazar. Tras la animación de las horas diurnas, el mostrador, el depósito y el desagüe parecían peculiarmente silenciosos.

Reith señaló la pared que limitaba el recinto.

—¿Qué hay al otro lado?

—La Ciudad Vieja y, más allá, los mausoleos, donde los Thang llevan a sus muertos... no es un lugar para visitarlo de noche.

Reith examinó el desagüe y el depósito, cuya tapa estaba cerrada por la noche con un candado. Se volvió hacia Cauch.

—¿A qué hora empiezan las carreras?

—Exactamente al mediodía.

—Mañana por la mañana me gustaría echar otro vistazo.

—¿Por qué no? —murmuró Cauch. Miró a Reith de soslayo—. ¿Tienes alguna teoría?

—Una sospecha. Si... —Miró a su alrededor cuando Zap 210 sujetó su brazo.

—Allí —señaló la muchacha.

Al otro lado del recinto caminaban dos figuras envueltas en negras capas y tocadas con sombreros negros de ancha ala.

—Gzhindra —dijo Zap 210.

—Volvamos a la hostería —dijo Cauch nerviosamente—. No es prudente caminar por lugares oscuros en Urmank.

En la hostería, Cauch se retiró a su habitación. Reith llevó a Zap 210 a su cubículo. Ella se mostró relucante a entrar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Reith.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—Los Gzhindra están siguiéndonos.

—Eso no es necesariamente cierto. Ésos podían haber sido dos Gzhindra cualesquiera.

—Pero quizá no lo fueran.

—En cualquier caso, no pueden entrar a la habitación.

La muchacha seguía dudando.

—Estoy en la puerta de al lado —dijo Reith—. Si alguien lo molesta... grita.

131

—Y si alguien te mata primero?

No puedo prever hasta tan lejos —dijo Reith—. Si estoy muerto por la mañana, no pagues la cuenta.

Ella quería algo más de tranquilidad. Reith palmeó los suaves rizos negros.

—Buenas noches.

Cerró la puerta, y aguardó hasta oír el sonido del cerrojo. Luego fue a su propio cubículo y, pese a las seguridades dadas por Cauch, examinó atentamente el suelo, las paredes y el techo. Finalmente, sintiéndose seguro, redujo la intensidad de la luz hasta una suave penumbra y se tendió en la cama.

8

La noche pasó sin incidentes. Por la mañana, Reith y Zap 210 desayunaron a solas en el café del muelle. El cielo estaba despejado de nubes; la humosa luz del sol creaba nítidas sombras negras detrás de las altas casas y espejeaba en el agua del puerto. Zap 210 parecía menos pesimista de lo habitual, y observaba a los descargadores, buhoneros, marinos y extraños con interés.

—Qué piensas ahora de los *ghian*? —preguntó Reith.

Zap 210 se puso inmediatamente seria.

—La gente actúa de una forma distinta a la que esperaba. no corren arriba y abajo; no parecen enloquecidos por el resplandor del sol. Por supuesto —dudó ligeramente— se ve gran cantidad de conducta no decorosa, pero a nadie parece importarle. Me maravillan las ropas de las muchachas; son tan atrevidas, como si desearan llamar la atención. Pero nadie objeta nada a eso tampoco.

—Antes al contrario —dijo Reith con una suave sonrisa.

—Yo nunca podría actuar así —dijo severamente Zap 210—. Esa muchacha que viene hacia nosotros: imira como camina! ¿Por qué actúa de esa forma?

—Es su forma natural de actuar. Además, desea que los hombres se den cuenta de su presencia. Todo eso son instintos que el diko suprimió en ti.

Zap 210 protestó con un desacostumbrado fervor:

—Ahora no consumo diko; ipero no siento tales instintos!

Reith miró sonriente al otro lado del paseo. La muchacha que había llamado la atención de Zap 210 retuvo el paso, deslizó una mano por la cinta naranja que ceñía su talle, sonrió a Reith, miró con curiosidad a Zap 210 y siguió su camino.

Zap 210 miró de reojo a Reith. Éste fue a decir algo, luego se contuvo. Un momento más tarde, la muchacha estalló:

—No comprendo nada de los *ghian*. No te comprendo a ti. Acabas de sonreírle a esa odiosa chica. Nunca hubieras debido... —Se interrumpió en seco, luego prosiguió en voz baja—: Supongo que le echarás la culpa de tu conducta a tu «instinto».

Reith empezó a sentirse impaciente.

—Ha llegado el momento de explicarte las cosas de la vida —dijo—. Los instintos forman parte de nuestro equipaje biológico, y no pueden evitarse. Los hombres y las mujeres son distintos. —Empezó a explicar el proceso de la reproducción. Zap 210 permanecía sentada rígida, mirando al agua—. Así —terminó—, es completamente natural que la gente se dedique a ese tipo de conducta.

Zap 210 no dijo nada. Sus manos, observó Reith, estaban crispadas, y sus nudillos blancos.

—Los Khor en el bosquecillo sagrado... —dijo ella en voz muy baja—, ¿es eso lo que estaban haciendo?

—Supongo que sí.

—Y tú me apartaste de allí para que no pudiera verlo.

—Bueno, sí. Pensé que lo sentirías confusa si lo presenciabas.

Zap 210 guardó unos instantes de silencio.

—Pudieron matarnos.

Reith se alzó de hombros.

—Supongo que cabía la posibilidad.

—Y esas muchachitas aquí en Urmank que bailaban sin ropas... ¿deseaban hacer eso?

—Si alguien les daba dinero.

—¿Y todo el mundo en la superficie siente del mismo modo?

—Me atrevería a decir que la mayoría.

—¿Tú también?

—Por supuesto. Bueno... algunas veces, al menos. No siempre.

—Entonces, ¿por qué...? —se detuvo—. ¿Por qué...? —No pudo terminar. Reith adelantó un brazo y palmeó su mano, ella la retiró rápidamente—. ¡No me toques!

—Lo siento... Pero no debes enfadarte.

—Tú me trajiste a este horrible lugar; me privaste de la vida; pretendiste ser amable... ¡pero durante todo el tiempo estabas planeando... eso!

—¡Oh, no! —exclamó Reith—. ¡Nada de ello! ¡Estás completamente equivocada!

Zap 210 le miró con las cejas fríamente alzadas.

—Entonces, ¿me consideras repulsiva? De hecho...

—De hecho, ¿qué?

La llegada de Cauch junto a la mesa proporcionó a Reith una bienvenida interrupción.

—¿Habéis pasado una buena noche?

—Sí —dijo Reith.

Zap 210 se levantó y se alejó. Cauch hizo una mueca.

—¿La he ofendido en algo?

—Está furiosa conmigo—dijo Reith—. Aunque la verdad es que no sé por qué.

—¿Acaso no es siempre así? Pero pronto, por razones igualmente desconocidas, vuelven a estar contentas. Mientras tanto, tengo interés en escuchar tus ideas respecto a las carreras de anguilas.

Reith miró dubitativo hacia Zap 210, que había vuelto a la Hostería del Marinero Afortunado.

—¿Es prudente dejarla sola?

—No temas nada —dijo Cauch—. En la hostería saben que tú y ella estáis bajo mi protección.

—Bien, entonces vayamos a las carreras de anguilas.

—¿Ya sabes que aún no funcionan? Las carreras no comienzan hasta el mediodía.

—Mucho mejor.

Zap 210 no se había sentido nunca tan furiosa. Medio caminó, medio corrió hasta la hostería, cruzó la sala principal, y se dirigió al cubículo donde había pasado la noche. Entró, echó furiosamente el cerrojo, y fue a sentarse en la cama. Durante diez minutos dejó que sus pensamientos brotasen sin control. Luego empezó a llorar en silencio, lágrimas de frustración y desilusión que resbalaron copiosamente por sus mejillas. Pensó en los Abrigos: los silenciosos corredores con las figuras ataviadas de negro pasando discretamente por su lado. En los Abrigos nadie provocaría su rabia o su excitación o ninguna de las otras emociones extrañas que de tanto en tanto teñían ahora su cerebro. Tomaría de nuevo su diko... Frunció el ceño, intentando recordar el sabor de las pequeñas y crujientes galletitas. Se puso en pie movida por un repentino impulso, se examinó en el espejo que colgaba en la pared lateral. La tarde anterior se había mirado sin demasiado interés: el rostro que le devolvió la mirada parecía simplemente un rostro: ojos, nariz, boca, barbilla. Pero ahora se estudió intensamente. Palpó el negro cabello que se rizaba en su frente, lo peinó con sus dedos, estudió el efecto. El rostro que le devolvió ahora la mirada era el de una desconocida. Pensó en la muchacha que había mirado a Reith con tanta insolencia. Llevaba un vestido azul que se ceñía a su cuerpo, muy distinto de la informe túnica gris que ella llevaba ahora. Se la quitó, se contempló de nuevo al espejo en su ropa interior blanca. Se volvió, se estudió desde todos los ángulos. Una extraña. Si Reith la viera ahora... ¿qué opinaría? La idea de Reith la puso de nuevo furiosa. La consideraba una niña, o algo más innoble aún: no tenía ninguna palabra para el concepto. Se palpó con las manos y, mirándose al espejo, se maravilló de los cambios que se habían producido en ella... Su plan original de volver a los Abrigos perdió fuerza. Los *zuzhma kastchai* la arrojarían a las tinieblas. Si por casualidad se le permitía conservar la vida, le darían nuevamente diko. Sus labios se crisparon. No más diko.

Bien, entonces, ¿qué pasaba con Adam Reith, que la consideraba tan repulsiva que...? Su mente se negó a completar sus pensamientos. ¿Qué iba a ser de ella? Se estudió en el espejo y sintió lástima por la muchacha de pelo negro y delgadas mejillas y ojos tristes que la miró desde el otro lado. Si se alejaba de Adam Reith, ¿cómo iba a sobrevivir?... Volvió a ponerse la túnica gris, pero decidió no enrollarse de nuevo la cinta de tela naranja en la cabeza. En vez de ello, se la ató a la cintura, como había visto que hacían otras muchachas de Urmank. Se examinó de nuevo en el espejo, y casi le gustó el efecto. ¿Qué pensaría Adam Reith?

Abrió la puerta, miró a ambos lados del pasillo, y se aventuró. El salón principal estaba vacío excepto un par de viejas que fregaban el suelo de piedra con un cepillo y que alzaron la vista para mirarla burlonamente. Zap 210 apresuró el paso y salió a la calle. Allí dudó. Nunca había estado sola antes, y la sensación era aterradora, aunque excitante. Cruzó hasta el muelle, observó a los cargadores descargando un barco. El vocabulario de Zap 210 no contenía el equivalente ni de «exótico» ni de «pintoresco»; sin embargo, se sintió atraída por el aspecto de la embarcación que oscilaba suavemente sobre el agua. Lanzó un profundo suspiro. Fenómeno o no, repulsiva o no, jamás antes se había sentido

tan viva. El *ghaun* era un lugar salvaje y cruel, allí los *zuzhma kastchai* no habían mentido, pero después de vivir en su dorada luz, ¿cómo podía nadie elegir el regresar a los Abrigos?

Caminó a lo largo del muelle hasta el café, donde buscó tímidamente a Reith. No había pensado todavía lo que iba a decirle; quizá simplemente se sentara con una mirada altanera para hacerle saber lo que pensaba de sus opiniones... Reith no estaba por ninguna parte. Un terrible y repentino miedo la sobrecogió. ¿Había aprovechado la oportunidad para escapar, para librarse de ella? Se sintió abrumada por el impulso de gritar: « ¡Adam Reith! ¡Adam Reith! h No podía creer que su tranquilizadora silueta, tan tranquila y parca en movimientos, no apareciera por ningún lado... Se volvió para marcharse, y chocó de lleno con un alto y fornido hombre que avanzaba, un gigante con pantalones bombachos de piel marrón, una camisa blanca suelta y una chaqueta de brocado marrón. Un pequeño gorro sin visera colgaba de un lado de su calva cabeza; lanzó un suave gruñido cuando chocaron, y apartó a la muchacha apoyando sus dos manos sobre los hombros de ella.

—¿Dónde vas con tanta prisa?

—A ningún lado —dijo Zap 210, vacilante—. Estaba buscando a alguien.

—Pues me has encontrado, lo cual no es lo peor que puede ocurrirte. Ven conmigo, aún no he tomado mi vino de la mañana. Después discutiremos nuestros asuntos.

Zap 210 se sintió paralizada por la indecisión. Intentó escabullirse tentativamente de las manos del hombre, que se limitó a apretar su presa. Zap 210 hizo una mueca.

—Ven —dijo el hombre. La arrastró consigo a un reservado cercano.

El hombre hizo una seña; inmediatamente alguien trajo una jarra de vino blanco y una bandeja de pescadito frito.

—Come —dijo el hombre a Zap 210—. Bebe. No pongo limite a nadie, ni en generosidad ni en puñetazos. —Le sirvió un generoso vaso de vino—. Ahora, antes de que sigamos, ¿cuál es tu precio? Algunas de vosotras, sabiendo que soy Otwife, han intentado nada menos que engañarme... lo cual les ha salido bastante mal, debo decirlo. Así que, ¿cuál es tu precio?

—¿Precio de qué? —murmuró Zap 210.

Los ojos de Otwife se abrieron en auténtica sorpresa.

—Eres una de las extrañas. ¿Cuál es tu raza? Eres demasiado pálida para ser una Thang, y demasiado esbelta para ser una Gris.

Zap 210 bajó los ojos. Probó el vino, luego buscó desesperadamente a Reith por encima del hombro.

—¡Oh, pero si eres tímida! —declaró Otwife—. ¡Y también de modales delicados!

Empezó a comer. Zap 210 intentó marcharse.

—¡Siéntate! —restalló Otwife. La muchacha volvió rápidamente a su asiento—. ¡Bebe! — Sorbió su vino, que era más fuerte que cualquier otro que hubiera bebido hasta entonces.

—Eso está mejor —dijo Otwife—. Ahora nos comprendemos el uno al otro.

—No —dijo Zap 210 con su suave voz—. ¡No nos comprendemos! ¡No quiero estar aquí! ¿Qué es lo que quieres de mí?

Otwile volvió a mirarla, incrédulo.

—¿No lo sabes?

—¡Por supuesto que no! A menos... ¿acaso pretendes eso?

Otwile sonrió.

—Pretendo exactamente eso, y más.

—Pero... ¡yo no sé nada sobre esas cosas! Ni quiero aprender.

Otwile apartó a un lado el pescado. Dijo, incrédulo:

—Una virgen llevando la cinta. ¿Es así como te representas a ti misma?

—No sé lo que quiere decir esto... Tengo que irme,

debo encontrar a Adam Reith.

—Me has encontrado a mí, lo cual es mejor. Bebe vino, relájate. Hoy será un día especial que recordarás hasta el final de tu vida. —Otwile volvió a llenar los vasos—. De hecho, me uniré a ti para relajarme también. ¡A decir verdad, empiezo a sentirme un poco excitado!

Reith y Cauch cruzaron el bazar, donde los vendedores de pescado y otros productos llamaban la atención de los transeúntes hacia su mercancía mediante un modo muy particular de ulular.

—¿Están cantando? —preguntó Reith.

—No —dijo Cauch—. No es más que una forma de llamar la atención. Los Thang no tienen oído para la música. Pero los gritos de venta de los comerciantes de pescado son inventivos y emocionales: ¡escucha, y oírás como intentan superarse entre sí!

Reith admitió que algunos de los anuncios eran notablemente intrincados.

—A su debido tiempo los antropólogos sociales registrarán y codificarán esas llamadas. Pero por el momento estoy más interesado en las carreras de anguilas.

—Por supuesto —dijo Cauch—. Aunque, como observarás, todavía no han empezado.

Cruzaron el recinto y se detuvieron contemplando el vacío mostrador, el depósito y el desagüe. Mirando al otro lado de la pared, Reith observó las frondas de una vieja psilla.

—Quiero mirar al otro lado de la pared —dijo.

—Entonces hazlo —dijo Cauch—; siento toda mi simpatía hacia tu curiosidad. Pero, ¿no estábamos dirigiendo todas nuestras energías a las carreras de anguilas?

—Lo estamos haciendo —dijo Reith—. Veo un paso en la pared, al otro lado de ese vendedor de amuletos. ¿Te importa acompañarme?

—En absoluto —dijo Cauch—. Siempre estoy dispuesto a aprender.

Caminaron a lo largo de la vieja pared, que en un remoto pasado había sido revestida con baldosas marrones y blancas, la mayor parte de las cuales habían caído, revelando trozos de ladrillos marrón oscuro. Cruzando la abertura, entraron en la Ciudad Vieja de Urmank: un distrito de chozas construidas con tejas rotas, ladrillos, fragmentos de piedra y los más variados trozos de madera. Algunas eran ruinas abandonadas, otras se hallaban en pleno proceso de construcción: un ciclo constante de degeneración y regeneración, en el que cada cascote, cada varilla, cada trozo de piedra, había sido usado un centenar de veces a lo largo de dos veces esas generaciones. Los Thang de baja casta, y una variedad de Grises de grandes cabezas, les miraron furtivamente desde los umbrales mientras Reith y Cauch pasaban junto a ellos; el hedor podía casi cortarse con un cuchillo.

Más allá de las chozas había una zona de cascotes, charcos de barro, unos cuantos matorrales quebradizos de color rojo brillante. Reith localizó el psilla del que había tomado nota: se erguía cerca de la pared, recubriendo con su sombra un cobertizo, una construcción de ladrillos muy bien hecha. La puerta era de madera sólida reforzada con hierro, asegurada con una fuerte cerradura también de hierro. El cobertizo estaba apoyado contra el muro.

Reith miró a su alrededor, desierto excepto un grupo de niños desnudos jugando en un riachuelo de barro amarillo. Se acercó al cobertizo. La cerradura, la aldaba, las bisagras, eran grandes y sólidas. No había ninguna ventana ni abertura aparte la puerta. Reith retrocedió.

—Ya hemos visto todo lo que necesitábamos ver.

—¿De veras? —Cauch inspeccionó dubitativo el cobertizo, la pared, el psilla—. No veo nada significativo. ¿Estás refiriéndote todavía a las carreras de anguilas?

—Por supuesto. —Regresaron por el deprimente conjunto de chozas—. Probablemente podríamos arreglarlo nosotros solos, pero la ayuda de un par de hombres de confianza será conveniente.

Cauch lo miró con sorpresa a incredulidad.

—¿Esperas seriamente conseguir dinero con las carreras de anguilas?

—Si el cuidador paga todas las apuestas vencedoras, sí.

—No temas por eso —dijo Cauch—. Pagará, suponiendo que haya vencedores. Y respecto a esta suposición, ¿cómo piensas repartir?

—La mitad para mi, la mitad para ti y los dos hombres.

Cauch frunció los labios.

—Noto algo parecido a una desigualdad. Tratándose de un proyecto mutuo, un hombre no debería conseguir tres veces el beneficio de los otros.

—Creo que tiene derecho a hacerlo —dijo Reith cuando de otro modo los otros tres no van a ganar nada en absoluto.

—Eso está bien dicho —admitió Cauch—. Lo haremos como propones.

Regresaron al café. Reith buscó a Zap 210, que no se veía por ninguna parte.

—Debo ir a buscar a mi compañera —le dijo a Cauch—. Sin duda está esperando en la hostería.

Cauch hizo un gesto afable; Reith se dirigió a la hostería, pero no encontró a Zap 210 por ninguna parte. Preguntó al empleado, y así supo que había entrado y vuelto a salir, sin dar ningún indicio de su destino.

Reith salió de nuevo y miró arriba y abajo por el muelle. A la derecha, un grupo de descargadores con faldellines rojos desteñidos y hombreras de piel descargaban un barco; a la izquierda estaba el ajetreo del bazar.

Nunca hubiera debido dejarla sola, se dijo a sí mismo, especialmente con su humor de aquella mañana. Había dado por sentada su estabilidad, sin preocuparse en adivinar su estado mental. Reith se maldijo a sí mismo por su rudeza y su egoísmo. La muchacha había estado sometida a las más intensas y espectaculares tensiones emocionales: todos los procesos fundamentales de la vida a la vez. Reith volvió al café. Cauch lo miró con tranquila benevolencia.

—Pareces preocupado.

—La muchacha que me acompañaba... no puedo encontrarla.

—Bah —dijo Cauch—. Todas son iguales. Debe haber ido al bazar, a comprarse alguna chuchería.

—No. No tiene dinero. Carece por completo de experiencia; no iría a ninguna parte... excepto... —Reith se volvió para mirar hacia las colinas, el paso que había entre los dos castillos de los devoradores de cadáveres. ¿Habría dicho en serio lo de volver a los Abrigos? Y una nueva idea convirtió sus huesos en hielo. Los Gzhindra. Llamó al camarero Thang.

—Esta mañana he desayunado con una joven. ¿La recuerdas?

—Sí, por supuesto; llevaba un turbante naranja, como una Hedaijhan, al menos en esa ocasión.

—¿Volviste a verla?

—Así es. Se sentó en otra mesa, llevando la cinta de sollicitación y emparejamiento, con Otwife el campeón. Bebieron vino durante un rato, y luego se fueron.

—¿Ella se marchó por su propia voluntad? —preguntó Reith, maravillado.

El camarero se alzó indiferente de hombros, de una forma veladamente insolente.

—Llevaba la cinta, no gritó, se apoyaba en el brazo de él, quizá para sostenerse, porque creo que estaba un tanto ebria.

—¿Adónde fueron?

Se alzó nuevamente de hombros.

—Los aposentos de Otwife no están muy lejos; supongo que allí.

—Muéstrame el camino.

—No, no. —El camarero agitó la cabeza—. Estoy de servicio. Además, no me gustaría despertar la irritación de Otwife.

Reith saltó sobre él; el camarero retrocedió tambaleándose, presa del pánico.

—¡Rápido! —silbó Reith.

—Por aquí pues, pero aprisa; se supone que no puedo abandonar el café.

Corrieron cruzando las húmedas callejuelas secundarias de Urmank, entrando y saliendo de la cobriza luz de Carina 4269, que les llegaba ocasionalmente en forma sesgada por entre los retorcidos gabletes de las altas casas. El camarero se detuvo, señaló un camino que conducía a un jardín de follaje verde y púrpura.

—Al final están los aposentos de Otwife. —Echo a correr por el camino por donde había venido. Reith siguió adelante, atravesando el jardín. Al fondo había una casita de madera labrada y paneles de fibra translúcida. Mientras se acercaba, Reith oyó un repentino grito inarticulado de ultraje procedente del interior. Luego:

—¡Impura! —Hubo el sonido de un golpe y un gemido. Reith sintió que sus rodillas temblaban. Echo a correr a toda la velocidad que le permitían sus piernas, abrió de un portazo. Zap 210 yacía agazapada en el suelo, en medio de la estancia, desnuda y con los ojos vidriosos; sobre ella estaba Otwife, de pie, dominándola con su enorme estatura. Zap 210 miró a Reith; éste vio la inconfundible señal roja en su mejilla.

—¿Quién eres tú para entrometerte así en mi casa? —exclamó Otwife con ultrajada voz ronca.

Reith lo ignoró. Tomó la ropa interior de Zap 210, un rasgado montón de telas. Se volvió para mirar a Otwife. Cauch dijo desde el umbral:

—Vámonos, Adam Reith; coge a la chica. No te busques problemas.

Reith no prestó atención. Avanzó lentamente hacia Otwife, que aguardaba, sonriendo fríamente, las manos en las caderas. Se detuvo a menos de un metro. Otwife, quince centímetros más alto, le sonrió desde arriba.

Zap 210 dijo con voz ronca:

—No fue culpa suya. Yo llevaba una cinta naranja... No sabía...

Reith se volvió lentamente. Encontró la túnica gris de Zap 210, se la puso sobre su esbelto y tembloroso cuerpo. Vio lo que había ultrajado a Otwife; apenas pudo contener una enorme exclamación para expresar su pesar y un hosco regocijo. Rodeó con sus brazos a Zap 210 y la condujo hacia la salida.

Otwile no se sentía satisfecho. Había esperado un choque, un movimiento, incluso una palabra, que sirviera de disparador para sus músculos. ¿Iba a negársele incluso el placer de golpear al hombre que había invadido sus aposentos? La burbuja de su rabia estalló. Saltó hacia la puerta y lanzó su pierna hacia adelante y hacia arriba en una terrible patada.

Reith se alegró de ver finalmente a Otwife activo. Se volvió, agarró a Otwife por el tobillo, tiró, arrastró al campeón, saltando y cojeando, afuera al jardín, y lo arrojó de bruces contra un grupo de bambúes escarlatas. Otwife saltó casi inmediatamente en pie, como un leopardo. Se detuvo, de pie con los brazos extendidos, con una horrible mueca en el rostro, abriendo y cerrando las manos. Reith le lanzó un puñetazo al rostro. Otwife

pareció no acusarlo. Se lanzó contra Reith, que retrocedió, golpeando con el canto de la mano las masivas muñecas. Otwile siguió avanzando, acorralando a Reith contra una pared lateral. Reith hizo una finta, lanzó un izquierdazo, y se peló los nudillos contra el rostro de Otwile. Otwile dio un pequeño salto hacia delante con los pies planos, luego otro, luego emitió un horrible grito raspante y lanzó su enorme brazo en un terrible bofetón. Reith se agachó, golpeó a Otwile en pleno vientre, y cuando Otwile lanzó su rodilla contra su entrepierna agarró la pierna doblada, tiró hacia arriba y envió a Otwile de espaldas con un resonar parecido al de la caída de un árbol. Por un momento Otwile permaneció tendido en el suelo, desconcertado, luego se alzó lentamente a una posición sentada. Con una sola y breve mirada hacia atrás, Reith condujo a Zap 210 fuera del jardín. Cauch hizo una educada inclinación de cabeza hacia Otwile y les siguió.

Reith llevó a Zap 210 a la hostería. La muchacha se sentó en la cama de su cubículo, aferrando la túnica gris contra sí, flácida y miserable. Reith se sentó a su lado.

—¿Qué ocurrió?

Las lágrimas resbalaron incontenibles por las mejillas de la muchacha; se llevó las manos al rostro. Reith acarició su cabeza. Finalmente, ella secó sus ojos.

—No sé lo que hice mal... a menos que fuera la cinta escarlata del turbante. Me hizo beber vino hasta que me sentí mareada. Me llevó por calles desconocidas... me sentía muy extraña. Apenas podía caminar. En la casa, no quise quitarme la ropa y él se puso furioso. Luego me vio y se puso más furioso aún. Dijo que yo era impura... No sé qué hacer. Estoy enferma, me estoy muriendo.

—No, no estás ni enferma ni muriéndote —dijo Reith—. Tu cuerpo ha empezado a funcionar normalmente. No hay nada en absoluto que vaya mal en ti.

—¿No soy impura?

—Por supuesto que no. —Reith se puso en pie—. Te enviaré a una doncella para que cuide de ti. Luego simplemente quédate acostada y duerme hasta que yo vuelva... espero que con el dinero suficiente para poder subir a un barco.

Zap 210 asintió en silencio; Reith salió del cubículo.

En el café, encontró a Cauch con dos jóvenes zsafathranos que habían venido a Urmank en el segundo carromato.

—Éste es Schazar; éste es Widisch —dijo Cauch—. Los dos son muy competentes; no tengo la menor duda de que cumplirán con cualquier cometido razonable.

—En este caso —dijo Reith—, vayamos a nuestros asuntos. No podemos perder mucho tiempo, o al menos eso calculo.

Los cuatro echaron a andar muelle abajo. Reith explicó sus teorías:

—...que ahora vamos a poner a prueba. Recordadlo, puede que esté equivocado, en cuyo caso el proyecto fracasará.

—No —dijo Cauch—. Has empleado un extraordinario proceso mental para deducir lo que ahora veo como una verdad cristalina.

—El proceso es llamado lógica —dijo Reith—. No siempre puede confiarse en él. Pero ya veremos.

Llegaron al lugar donde se celebraban las carreras de anguilas, ya había gente aposentada en los bancos, preparada para las apuestas del día. Reith apresuró el paso: cruzaron la abertura, pasaron junto a los deprimentes límites de la Ciudad Vieja de Urmank, y se dirigieron al cobertizo bajo el psilla. Se detuvieron a cincuenta metros de él y se pusieron a cubierto en una choza en ruinas al borde del páramo.

Pasaron diez minutos. Reith empezó a ponerse nervioso.

—No puedo creer que hayamos llegado demasiado tarde. .

El joven Schazar señaló hacia el páramo, en dirección al extremo más alejado de la pared.

—Dos hombres.

Los dos hombres se acercaron a largos pasos. Uno de ellos llevaba las flotantes ropas blancas y el cuadrado sombrero blanco de un Sabio de las Islas Erze.

—El cuidador de las anguilas —murmuró Cauch. El otro, más joven, llevaba un casquete rosa y una ligera capa rosa. Los dos avanzaron casual y confiadamente junto a la pared y se separaron cerca del cobertizo. El cuidador siguió hacia la abertura.

Widisch dijo:

—Sería mucho más fácil abordar al viejo charlatán y despojarle de su bolsa; el efecto, después de todo, sería el mismo.

—Desgraciadamente —dijo Cauch—, no lleva sequins sobre su persona, y se preocupa mucho de que este hecho sea conocido por todo el mundo. Sus fondos son llevados cada día hasta las carreras de anguilas por cuatro esclavos armados, bajo la supervisión de su esposa favorita.

El joven de rosa se dirigió al cobertizo. Metió una llave en la cerradura, la hizo girar tres veces, abrió la recia puerta y entró en el cobertizo. Se volvió con sorpresa para descubrir a Reith y Schazar, que habían entrado en el cobertizo inmediatamente tras él. Intentó protestar.

—¿Qué significa todo esto?

—Te lo diré solamente una vez —indicó Reith—. Queremos tu completa colaboración; de otro modo te colgaremos de los dedos de los pies de este psilla que está ahí al lado. ¿Has comprendido?

—He comprendido perfectamente —dijo el joven con un estremecimiento.

—Describe la rutina.

El joven dudó. Reith hizo una seña con la cabeza a Schazar, que extrajo un rollo de resistente cuerda. El joven dijo con rapidez:

—La rutina es muy simple. Me desnudo y me meto en el tanque. —Señaló un depósito cilíndrico de un poco más de un metro de diámetro al fondo del cobertizo—. Un tubo comunica con el depósito de fuera; el nivel del tanque y el del depósito son el mismo. Nado por el tubo hasta el depósito y salgo a un espacio libre que hay a un lado de la disposición interior. Tan pronto como la tapa es bajada, abro la partición. Tomo la anguila indicada y la sitúo al borde del desagüe.

—¿Y cómo te es especificado el color?

—Por los golpes del cuidador en la tapa.

Reith se volvió a Cauch.

—Schazar y yo nos encargaremos de controlar las cosas aquí. Te sugiero que tú y Widisch vayáis a ocupar vuestros lugares en la mesa. —Se dirigió al joven de rosa—: ¿Hay espacio suficiente para dos en el depósito?

—Sí —dijo el joven a regañadientes. Aunque muy justo. Pero dime: si coopero contigo, ¿cómo me protegeré del cuidador de las anguilas?

—Sé franco con él —dijo Reith—. Indícale que valoras más tu vida que sus sequins.

—Dirá que, en lo que a él respecta, ve el asunto precisamente a la inversa.

—Lástima —dijo Reith—. El azar es tu negocio. ¿Cuándo hay que estar en posición?

—Dentro de un minuto o así.

Reith se quitó sus ropas.

—Si por alguna ineptitud somos detectados... puedes estar seguro de que las consecuencias serán tan definitivas para ti como para mí.

El aprendiz se limitó a gruñir. Se despojó de sus ropas rosas.

—Sígueme. —Se metió en el tanque—. El camino es oscuro pero recto.

Reith se le unió en el tanque. El joven inspiró profundamente y se sumergió; Reith hizo lo mismo. En el fondo localizó un tubo horizontal de casi un metro de diámetro; se metió dentro, sin dejar demasiada distancia entre él y el aprendiz.

Salieron a la superficie al otro lado en un espacio de metro veinte de largo, medio metro de alto y treinta centímetros de ancho. La luz penetraba a través de unos orificios hábilmente practicados, que permitían también la visión del mostrador de las apuestas; así, Reith pudo ver que Cauch y Widisch habían ocupado sus lugares a lo largo de la U.

Desde muy cerca les llegó la voz del cuidador:

—Bienvenidos todos a otro día de excitantes carreras. ¿Quién ganará? ¿Quién perderá? Nadie lo sabe. Puede que sea yo, puede que sean ustedes. Pero todos disfrutaremos del placer de las carreras. Para aquellos que son nuevos a nuestro pequeño juego, señalaré que el tablero que tienen ante ustedes está señalado con once colores. Pueden apostar cualquier cantidad a cualquiera de los colores. Si el color que han elegido gana, recibirán diez veces el monto de su apuesta. Observen esas anguilas y su colores: blanco, gris, tostado, azul claro, marrón, rojo oscuro, bermellón, azul, verde, violeta, negro. ¿Hay alguna pregunta?

—Sí —dijo Cauch—. ¿Hay algún límite a las apuestas?

—La caja que acaba de serme entregada contiene diez mil sequins. Éste es mi límite: no pago más. Por favor, hagan sus apuestas.

El cuidador examinó con ojo experto el mostrador. Alzó la tapa, metió las anguilas en el centro del depósito.

—No más apuestas, por favor. —En la tapa sonó: tap-tap tap-tap.

—Dos-dos —susurró el aprendiz—. Eso significa verde. —Empujó a un lado un panel, metió la mano en el depósito, agarró la anguila verde y la metió en la boca del desagüe. Luego retrocedió y cerró el panel.

—¡El verde gana! —se oyó la voz del cuidador—. Así que... ¡pago! Veinte sequins para este robusto marinero... Hagan sus apuestas, por favor.

Tap tap-tap-tap, sonó en la tapa.

—Bermellón —susurró el aprendiz. Actuó como antes.

—¡El bermellón gana! —exclamó el cuidador.

Reith acercó su ojo a la rendija. En cada una de las dos ocasiones Cauch y Widsch habían arriesgado un par de sequins. En la tercera apuesta, cada uno situó treinta sequins al blanco.

—Las apuestas quedan cerradas —dijo la voz del cuidador. La tapa se cerró. Tap tap, les llegó el sonido.

—Marrón —susurró el aprendiz.

—Blanco —dijo Reith—. El blanco gana.

El aprendiz murmuró algo ansiosamente. Puso la anguila blanca en el desagüe.

—Otra competición entre esas escurridizas criaturitas —dijo la complaciente voz del cuidador—. En esta ocasión el color vencedor es el marrón... ¿Marrón? Blanco. ¡Sí, blanco, eso es! ¡Ja! En mi vejez, empiezo a confundir los colores. ¡Esas son las tribulaciones de un pobre viejo! ¡Y aquí tenemos a un par de apuestos ganadores! Trescientos sequins para usted, trescientos sequins para usted... Tomen sus ganancias, caballeros. ¿Qué, quieren apostar de nuevo todo lo ganado? ¿Los dos?

—Sí, la suerte parece estar hoy con nosotros.

—¿Los dos al rojo oscuro?

—Sí: ¡mire el vuelo de los pájaros—sangre allá a lo lejos! Eso es un portento.

El cuidador miró al cielo y sonrió.

—¿Quién puede adivinar los designios de la naturaleza? Ruego porque no estén en lo cierto. Bien, ¿hechas todas las apuestas? Entonces, adentro con las anguilas, abajo con la tapa, y dejemos que la anguila más decidida salga la primera. —Su mano descansó unos instantes sobre la tapa; su uña golpeó la superficie una sola vez—. Se retuercen, buscan, la luz las atrae; pronto tendremos a una ganadora. Aquí viene... ¿es azul? —Lanzó un gruñido involuntario—. Rojo oscuro. —Miró a los rostros de los zsfathranos—. Sorprendentemente, vuestros presagios fueron correctos.

—Sí —dijo Cauch—. ¿No te lo dijimos? Páganos nuestro premio.

Lentamente, el cuidador de las anguilas contó tres mil sequins para cada uno.

—Sorprendente. —Miró pensativo hacia el depósito—. ¿Observáis más portentos?

—Nada significativo —dijo Cauch—. Pero apostaré de todos modos. Cien sequins al negro.

—Yo apostaré lo mismo —declaró Widisch.

El cuidador dudó. Se restregó la barbilla, miró hacia el depósito.

—Extraordinario. —Puso las anguilas en el depósito—. ¿Hechas todas las apuestas? —Su mano descansó unos momentos sobre la tapa; como en un impulso nervioso, tabaleó con las uñas, dos secos golpes—. Muy bien; abriré la puerta. —Tiró de la palanca y se dirigió en tres zancadas al extremo del canal—. Y aquí llega... ¿qué color? ¡Negro!

—¡Excelente! —exclamó Cauch—. ¡Por fin ganamos algo después de años de dejar nuestro dinero en esas perversas anguilas! ¡Páganos nuestro premio, por favor!

—Naturalmente —croó el cuidador—. Pero ya no puedo seguir con las apuestas. Me duelen las articulaciones. La carrera de anguilas ha terminado por hoy.

Reith y el aprendiz regresaron inmediatamente al cobertizo. El aprendiz se envolvió en la capa rosa y en su sombrero y huyó como perseguido por el diablo.

Reith y Schazar regresaron por la Ciudad Vieja a la abertura, donde tropezaron con el cuidador de las anguilas, que pasó por su lado a largas zancadas con un gran revuelo de su capa blanca. Su rostro normalmente tranquilo estaba moteado de rojo; llevaba un bastón en la mano, con el que trazaba cortos y ominosos molinetes.

Cauch y Widisch les aguardaban en el muelle. Cauch tendió a Reith una bolsa agradablemente abultada.

—Tu parte de las ganancias: cuatro mil sequins. El día ha sido edificante.

—Nos las hemos arreglado bien —dijo Reith—. Nuestra asociación ha sido mutuamente provechosa, lo cual es una cosa rara en Tschai.

—Por nuestra parte vamos a regresar inmediatamente a Zsafathra —dijo Cauch—. ¿qué vas a hacer tú?

—Asuntos urgentes me impulsan a seguir adelante. Como vosotros, mi compañera y yo partiremos tan pronto como sea posible.

—En este caso, adiós. —Los tres zsafathranos siguieron su camino. Reith se dirigió al bazar, donde hizo una serie de compras. De regreso al hotel, fue al cubículo de Zap 210 y llamó a la puerta, sintiendo que su corazón latía fuertemente con la anticipación.

—¿Quién es? —dijo una suave voz al otro lado.

—Yo, Adam Reith.

—Un momento. —La puerta se abrió. Zap 210 estaba de pie ante él, el rostro enrojecido y soñoliento. Llevaba la túnica gris que acababa de echarse por encima.

Reith dejó sus paquetes sobre la cama.

—Esto... y esto... y esto... y esto... es para ti.

—¿Para mi? ¿Qué es?

—Míralo y lo verás.

Con una desconfiada mirada de soslayo a Reith, la muchacha abrió los paquetes, luego se quedó contemplando durante largo rato su contenido.

—¿No te gustan? —preguntó Reith, inseguro.

Ella volvió hacia él una dolida mirada.

—¿Es así como me quieres... como las demás?

Reith la miró desconcertado. Aquella no era la reacción que esperaba. Dijo cuidadosamente:

—Vamos a viajar. Lo mejor es que lo hagamos de la forma menos llamativa posible. ¿Recuerdas los Gzhindra? Debemos vestir como la gente con la que viajemos.

—Entiendo.

—¿Qué es lo que más te gusta?

Zap 210 alzó la túnica verde oscuro, volvió a dejarla, tomó el vestido naranja sangre y los pantalones blancos, luego un traje más bien llamativo rematado por una chaquetilla negra y una capa corta también negra.

—No creo que me guste ninguno de ellos.

—Pruébate uno.

—¿Ahora?

—¡Naturalmente!

Zap 210 volvió a tomar primero uno de los vestidos, luego otro. Miró a Reith; sonrió.

—Muy bien, de acuerdo.

En su propio cubículo, Reith se cambió a ropas nuevas que había comprado para él: unos pantalones grises, una chaqueta azul oscuro. Decidió tirar lo que llevaba ahora. Cuando lo echaba a un lado, vio el bulto del portafolios. Tras unos instantes de vacilación, lo trasladó a un bolsillo interior de su nueva chaqueta. Unos documentos como aquellos, si no por otra razón, serían valiosos como curiosidad. Bajó al salón principal. Finalmente apareció Zap 210. Llevaba el vestido verde oscuro.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

Reith no podía decirle la verdad, que estaba recordando la primera vez que la había visto: una niña expósita neurasténica envuelta en una capa negra, pálida y de frágiles huesos. Retenía todavía algo de su mirada soñadora, pero su palidez se había convertido en un suave marfil oscurecido por el sol; su rizado pelo negro caía seductoramente sobre su frente y orejas.

—Estaba pensando —dijo Reith— que el traje te sienta de maravilla.

Ella hizo una débil mueca; una curva de los labios que era lo más parecido a una sonrisa.

Salieron al muelle y se dirigieron al barco Nhiahar. Encontraron al taciturno capitán en el salón, trabajando en sus cuentas.

—¿Un pasaje hasta Kazain? Solamente queda la gran cabina a setecientos sequins, o puedo proporcionar dos literas en el dormitorio general, a doscientos.

9

Una calma chicha se extendía sobre el Segundo Mar. El Nhiahar salió de la calita, empujado por su motor auxiliar; Urmank fue desapareciendo progresivamente en la oscura distancia.

El Nhiahar avanzaba en silencio excepto el gorgotear del agua ante la proa. Los únicos otros pasajeros eran un par de viejas mujeres de rostro cerúleo ataviadas de gasa gris que aparecieron brevemente en cubierta, luego se arrastraron de vuelta a su pequeña y oscura cabina.

Reith se sintió satisfecho con la cabina grande. Ocupaba toda la anchura del barco, con tres grandes ventanales mirando al mar de popa. En sendas alcobas a babor y estribor había mullidas camas, más suaves de lo que Reith hubiera conocido nunca en Tschai, aunque olían ligeramente a mohó. En el centro estaba fijada una pesada mesa de madera negra tallada, con un par de sillas igualmente pesadas a cada lado. Zap 210 examinó reluciente la cabina. Hoy llevaba los pantalones blancos con la blusa naranja; parecía agitada y tensa, y se movía de un lado para otro con nerviosa brusquedad, retorciéndose los dedos.

Reith la observó disimuladamente, intentando calcular la naturaleza exacta de su talante. Ella se negó a mirarle o a cruzar sus miradas. Finalmente, él preguntó:

—¿Te gusta el barco?

Ella se alzó de hombros en un gesto taciturno.

—Nunca antes había visto nada parecido. —Fue a la puerta, desde donde le dirigió una melancólica sonrisa, casi una mueca, y salió a cubierta.

Reith alzó la vista al techo, se alzó de hombros, y tras una mirada final en torno a la cabina la siguió.

Ella había subido al castillo de popa y se había reclinado en la barandilla, mirando en la dirección por donde habían venido. Reith se sentó en un banco cercano y fingió estar gozando de la cobriza luz solar mientras pensaba desconcertado en el comportamiento de la muchacha. Era mujer y por ello inherentemente irracional... pero su conducta parecía exceder este hecho elemental. Algunas de sus actitudes se habían formado en los Abrigos, pero éstas parecían estar desvaneciéndose; al alcanzar la superficie había abandonado la vieja vida y desechado sus puntos de vista, del mismo modo que un insecto se desprende de su capullo. En el proceso, rumió Reith, había desechado su vieja personalidad, pero aún no había descubierto una nueva... El pensamiento hizo que Reith se estremeciera. Parte del encanto o fascinación, o lo que fuera, de la muchacha residía en su inocencia, su transparencia... ¿transparencia? Reith lanzó un gruñido de escepticismo. No enteramente. Fue a reunirse con ella.

—¿En qué estás pensando tan profundamente?

Ella le lanzó una fría mirada de reojo.

—Estaba pensando en mí miseria y en el amplio *ghaun*. Recuerdo mi época en la oscuridad. Ahora sé que bajo el mundo aún no había nacido. Todos esos años, mientras iba quietamente de un lado para otro ahí abajo, la gente de la superficie vivía en medio del color y el cambio y el aire.

—¡Así que es por eso por lo que has estado actuando tan extrañamente!

—¡No! —exclamó ella con una repentina pasión—. ¡No es eso! ¡La razón eres tú y lo secreto! No me dices nada. No sé dónde vamos, o lo que piensas hacer conmigo.

Reith frunció el ceño al negro hervor del agua de la estela.

—Ni yo mismo estoy seguro de nada de ello.

—¡Pero tienes que saber algo!

—Sí... Cuando llegue a Sivishe quiero volver a mi hogar, que es un lugar remoto, muy, muy lejos de Tschai.

—¿Y qué será de mí?

¿Y qué será de Zap 210?, se preguntó Reith. Una pregunta que había evitado hacerse a sí mismo.

—No estoy seguro de que desees venir conmigo —respondió sin convicción.

Las lágrimas brillaron en los ojos de la muchacha.

—¿A qué otro lugar puedo ir? ¿Debo convertirme en una esclava del trabajo? ¿O en una Gzhindra? ¿O llevar una cinta naranja por todo Urmank? ¿O debo morir? —Se apartó de él y se alejó hacia proa, pasando junto a un grupo de hombres de rostro negruzco que la contemplaron con el rabllo de sus pálidos ojos.

Reith volvió al banco... Transcurrió la tarde. Las negras nubes del norte generaron un frío viento. Las velas fueron izadas, y el barco avanzó a una buena velocidad. Zap 210 volvió finalmente a popa con una extraña expresión en su rostro. Lanzó a Reith una mirada de triste acusación y bajó a la cabina.

Reith la siguió, y la encontró tendida en una de las camas:

—¿No lo sientes bien?

—No.

—Sal fuera. Aquí te sentirás peor.

Ella volvió tambaleándose a cubierta.

—Mantén los ojos en el horizonte —dijo Reith—. Cuando el barco se mueva, mantén la cabeza nivelada con él. Hazlo durante un rato y lo sentirás mejor.

Zap 210 permaneció de pie apoyada en la barandilla. Las nubes se arracimaron sobre sus cabezas y el viento murió; el Nhhahar permaneció balanceándose con colgantes velas... Del cielo brotó un relámpago púrpura que golpeó sesgadamente el mar una, dos, tres veces. Todo ello en un abrir y cerrar de ojos. Zap 210 lanzó un gritito y retrocedió, aterrada. Reith la sujetó y la mantuvo contra sí mientras retumbaba el trueno. Ella se agitó inquieta; Reith besó su frente, su rostro, su boca.

El sol se ocultó en un despliegue de oro y cobre y negro; con el anochecer llegó la lluvia. Reith y Zap 210 se retiraron a su cabina, donde el camarero les sirvió la cena: carne picada, marisco, galletas. Comieron, mirando a través de los grandes ventanales el mar y la lluvia y los relámpagos, y luego, con los relámpagos centelleando en la oscuridad, hicieron el amor.

A medianoche las nubes se aclararon; las estrellas brillaron en el cielo.

—¡Mira ahí arriba! —dijo Reith—. Entre esas estrellas hay otros mundos del hombre. Uno de ellos se llama la Tierra. —Hizo una pausa. Zap 210 permaneció tendida, escuchando, pero Reith, por alguna razón, no pudo decir más, y finalmente se quedó dormida.

El Nhiahar, empujado por vientos favorables, avanzaba por el Segundo Mar, hendiendo las grandes crestas blancas de espuma. El cabo Braise apareció al frente; el barco amarró en la antigua ciudad de piedra Stheine para cargar agua, luego enfiló hacia el Schanzade.

A treinta kilómetros costa abajo una lengua de tierra formaba una especie de hoz hacia el oeste. Un bosque de árboles azul oscuro alineados junto a la orilla rodeaba una ciudad de planos domos, curvados vértices, amplias columnas. Reith creyó reconocer la arquitectura, a hizo una pregunta al capitán.

—¿Se trata de una ciudad Chasch?

—Es Songh, el más meridional de los asentamientos de los Chasch Azules. He llevado cargas a Songh, pero es un negocio arriesgado. Tienes que conocer los juegos de los Chasch: las bromas de una raza agonizante. He visto ruinas en las estepas de Kotan: un centenar de lugares donde los Viejos Chasch o los Chasch Azules vivieron en su tiempo. ¿Y qué queda ahora de ellos? Sólo los Phung.

La ciudad retrocedió en la distancia y desapareció de la vista mientras la nave seguía hacia el sur bordeando la península. Poco después, un grito de uno de los miembros de la tripulación hizo salir a todo el mundo a cubierta. En el cielo había un par de naves aéreas. Una era una resplandeciente amalgama de metal blanco y azul, modelado en una serie de espléndidas curvas. Una balastrada contenía la cubierta, sobre la que había una docena de criaturas con brillantes cascos. El otro aparato era austero y sombrío: una nave siniestra, fea, gris, construida con una exclusiva funcionalidad. Era ligeramente más pequeña que la nave de los Chasch Azules y algo más ágil; en la burbuja dorsal se hallaba apiñada la tripulación Dirdir, enfrascada en la tarea de destruir la nave Chasch. Los dos aparatos trazaban círculos el uno en torno al otro, ahora altos, ahora bajos, zumbando como insectos venenosos. De tanto en tanto, cuando lo permitían las circunstancias, las naves intercambiaban andanadas de fuego de los lanzaarena, sin efectos apreciables. Las resplandecientes formas giraban y giraban, trazando torbellinos y barrenas que los conducían hasta apenas unos metros por encima de la superficie del agua.

Toda la tripulación del Nhiahar subió a cubierta para contemplar la batalla, incluso las dos mujeres viejas que no se habían dejado ver hasta entonces. Mientras observaban el cielo, la capucha de una de ellas resbaló hacia atrás sobre su cabeza, revelando un rostro puntiagudo y pálido. Zap 210, de pie al lado de Reith, lanzó un suave jadeo y volvió rápidamente la mirada.

La nave de los Chasch Azules se deslizó de pronto en picado, y sus cañones delanteros lanzaron una andanada contra la parte baja del aparato Dirdir, que dio una vuelta de campana y cayó en barrena hacia el mar, donde golpeó la superficie del agua en un silencioso chapoteo. La nave de los Chasch Azules trazó un amplio círculo sobre su derrotada presa, asegurándose de su hundimiento, luego partió a toda velocidad hacia Songh.

Las mujeres viejas habían desaparecido de nuevo abajo. Zap 210 dijo con un tembloroso susurro:

—¿Lo viste?

—Sí. Lo vi.

—Son Gzhindra.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

—Supongo que los Gzhindra viajan como el resto de la gente —dijo Reith, de una forma algo hueca—. Al menos hasta ahora, no han hecho nada por molestarnos.

—¡Pero están aquí, a bordo del barco! ¡Nunca hacen nada sin un propósito!

Reith emitió un gruñido escéptico.

—Quizá sí... ¿pero qué podemos hacer al respecto?

—¡Podemos matarlas!

Zap 210, pese a todos los condicionamientos estrictos de su educación, era una criatura de Tschai, pensó Reith. Dijo:

—Las mantendremos estrechamente vigiladas. Ahora que sabemos lo que son, y ellas no saben que lo sabemos, la ventaja es nuestra.

Esta vez fue el turno de Zap 210 de emitir un gruñido escéptico. Reith, sin embargo, se negó a acechar a las mujeres en la oscuridad y estrangularlas.

El viaje prosiguió hacia el sudoeste, en dirección a las islas Saschan. Los días transcurrieron sin otro acontecimiento más digno de mención que los cambios en el cielo. Cada mañana Carina 4269 cruzaba el horizonte trayendo consigo un amanecer bronce opaco y rosa oscuro. Al mediodía se formaban nieblas altas, filtrando la luz solar y derramando un resplandor como de seda antigua sobre el agua. Las tardes eran largas; los anocheceres melancólicos: guerras alegóricas entre oscuros héroes y los señores de la luz. Después de anochecer aparecían las lunas: a veces la rosa Az, a veces la azul Braz, y a veces el Nhiahar avanzaba solitario bajo las estrellas.

Para Reith esos días y sus noches hubieran sido los más agradables que había conocido en Tschai de no ser por la preocupación que lo atormentaba: ¿qué estaba ocurriendo en Sivishe? ¿Encontraría la nave espacial intacta o destruida? ¿Qué habría sido del artero Aila Woudiver; qué habría ocurrido con los Dirdir en su horrible ciudad al otro lado del agua? ¿Y qué significaban las dos mujeres viejas, que podían ser Gzhindra? Nunca aparecían excepto en lo más profundo de la noche, para pasear por cubierta. Una noche oscura Reith las observó, sintiendo que se le erizaba el pelo de la nuca. Podían ser Gzhindra o podían no serlo, pero a falta de información, Reith se veía obligado a suponer lo peor... y las implicaciones eran causa de los más tenebrosos presagios.

Una pálida y lúgubre mañana las islas Saschan aparecieron allá delante en medio del mar: tres antiguos conos volcánicos rodeados por plataformas de detritus donde crecían bosquecillos de psillas, kianthus, nueces de aceite, lethipodos. En cada isla había una ciudad trepando por la ladera del cono central, chozas pegadas las unas a las otras como las celdillas de un nido de avispas. Las negras aberturas miraban hacia el mar; volutas de humo ascendían al cielo.

El Nhiahar entró en la bahía y, virando para evitar un transbordador, se acercó a la isla sur. En el muelle aguardaban estibadores saschaneses de torcidas piernas vestidos con

pantalones negros y enfundados en botas de retorcida puntera que les llegaban hasta los tobillos. Tomaron las cuerdas; el Nhiahar fue amarrado al muelle. Tan pronto como fue colocada la plancha, los estibadores subieron en enjambre al bordo. Se abrieron las escotillas; las balas de pieles, los sacos de hierba del peregrino, las embaladas herramientas, fueron descargadas al muelle.

Reith y Zap 210 bajaron a tierra. El capitán les llamó desde cubierta:

—El barco parte exactamente al mediodía, estén ustedes a bordo o no.

La pareja caminó por la explanada, con la innatural incrustación de chozas acumulándose sobre ellos. Zap 210 miró por encima del hombro.

—Están siguiéndonos.

—¿Las Gzhindra?

—Sí.

Reith lanzó un gruñido de disgusto.

—Entonces es definitivo. Tienen órdenes de no perdernos de vista.

—Pues es lo mismo que si estuviéramos muertos. —Zap 210 dijo aquello con una voz carente de emoción—. En Kazain informarán a los Pnume, y entonces nada podrá salvarnos; seremos arrastrados de vuelta a la oscuridad.

Reith no pudo pensar en nada que decir. Llegaron a un pequeño puerto protegido del mar por un par de espigones, que se estrechaban hasta convertirse en la rampa de acceso de un transbordador. Reith y Zap 210 se detuvieron para observar la llegada del transbordador de las islas exteriores: una ancha embarcación de fondo plano con cabinas de control a ambos extremos y que transportaba a un par de centenares de saschaneses de todas edades y condiciones. Aplicó el morro contra la rampa; los pasajeros desembarcaron. Más o menos la misma cantidad de gente pagó su pasaje a un hombre sentado ante una cabina y subió a bordo; el transbordador partió inmediatamente. Reith lo contempló cruzar el agua, luego condujo a Zap 210 a una zona de espera con bancos y mesas junto a la rampa. Reith pidió al camarero vino dulce y pastas, luego fue a conferenciar con el gordo expendedor de billetes. Zap 210 miró nerviosamente a uno y otro lado. En las sombras de un tramo de escaleras creyó ver dos figuras envueltas en gris. Se preguntan qué estamos haciendo, se dijo a si misma.

Reith volvió.

—El próximo transbordador parte dentro de poco más de una hora... unos cuantos minutos antes del mediodía. Ya he pagado nuestros billetes.

Zap 210 lo miró desconcertada.

—¡Pero debemos subir a bordo del Nhiahar a mediodía!

—Cierto. ¿Están cerca las Gzhindra?

—Acaban de sentarse en la mesa más apartada.

Reith emitió una hosca risita.

—Vamos a darles algo en qué pensar.

—¿Qué es lo que deben pensar? ¿Que puede que tomemos el transbordador?

—Algo así.

—¿Pero por qué deberían pensar eso? ¡Parece tan extraño!

—En absoluto. Es probable que haya un barco en alguna de las otras islas que pueda llevarnos a algún lugar más allá de su alcance.

—¿Existe ese barco?

—No que yo sepa.

—¡Pero si tomamos el transbordador las Gzhindra nos seguirán, y el Nhiahar partirá sin ninguno de nosotros!

—Eso espero. El capitán no sentirá ningún remordimiento en absoluto.

Pasaron los minutos. Zap 210 empezó a ponerse nerviosa.

—Ya casi es mediodía. —Estudió a Reith, preguntándose qué era lo que pasaba por su mente. Ningún otro hombre de Tschai, al menos ninguno que ella hubiera conocido, se le parecía; era de un tipo completamente distinto.

—Ahí viene el transbordador —dijo Reith—. Bajemos a la rampa. Quiero que seamos los primeros de la fila.

Zap 210 se puso en pie. ¡Nunca comprendería a Reith! Le siguió fuera de la zona de espera. Otros viajeros se les unieron, empujando y codeando y murmurando. Reith preguntó:

—¿Y las Gzhindra?

Zap 210 miró por encima del hombro.

—Están de pie en la parte de atrás de los que esperan.

El transbordador entró en la rampa; se abrieron las barreras, y los pasajeros empezaron a bajar.

Reith acercó su boca al oído de Zap 210.

—Camina hacia la cabina del expendedor de los billetes. Cuando llegues a ella, agáchate dentro.

—Oh.

La puerta se abrió. Reith y Zap 210 avanzaron, entre caminando y corriendo, desviándose hacia un lado. Al llegar a la cabina de los billetes, Reith agachó la cabeza y se deslizó dentro; Zap 210 le siguió. Los pasajeros que embarcaban empujaron hacia delante, tendieron sus billetes al controlador y entraron en el transbordador. Casi al final del grupo iban las Gzhindra, intentando mirar por entre las cabezas que tenían delante. Avanzaron con el resto de la gente, subieron al transbordador.

La barrera se cerró; el transbordador partió. Reith y Zap 210 salieron de la cabina.

—Ya casi es mediodía —dijo Reith—. Es hora de volver a bordo del Nhiahar.

10

Hacia el sudeste, camino de Kislovan, fuertes vientos empujaron al Nhiahar. El mar era casi negro. Las olas que agitaban el barco salpicaban surtidores de blanca espuma en su proa.

Una ventosa mañana Zap 210 se reunió con Reith allá donde se hallaba éste, en la proa. Por un momento ambos miraron al frente, más allá de las agitadas aguas, hacia el lugar donde Carina 4269 arrojaba prismas y agujas de dorada luz.

—¿Qué hay ahí delante? —preguntó Zap 210.

Reith agitó la cabeza.

—No lo sé. Me gustaría saberlo.

—Pero estás preocupado. ¿Tienes miedo?

—Tengo miedo de un hombre llamado Aila Woudiver. No sé si está vivo o muerto.

—¿Quién es Aila Woudiver, para que le temas tanto?

—Es un hombre de Sivishe, un hombre al que hay que temer... Creo que debe estar muerto. Fui secuestrado en medio de una pesadilla. En la pesadilla, vi la cabeza de Aila Woudiver hendida por la mitad.

—Entonces, ¿por qué te preocupas?

Más pronto o más tarde, pensó Reith, tendría que contárselo todo. Quizá ahora fuera el momento.

—¿Recuerdas la noche que te hablé de otros mundos entre las estrellas?

—La recuerdo.

—Uno de esos mundos es la Tierra. En Sivishe construí una espacionave, con la ayuda de Aila Woudiver. Quiero ir a la Tierra.

Zap 210 contempló fijamente el agua que espumeaba frente a ella.

—¿Por qué quieres ir a la Tierra?

—Nací allí. Es mi hogar.

—Oh. —Su voz carecía de expresión. Tras un reflexivo silencio de quince segundos, le dirigió una mirada de soslayo.

—Te preguntas si estoy loco —dijo Reith con un amago de tristeza.

—Me lo he preguntado muchas veces. Muchas, muchas veces.

Aunque había sido Reith quien había hecho la pregunta, fue tomado por sorpresa.

—¿Realmente?

Ella esbozó lo que era el triste remedo de una sonrisa.

—Piensa en lo que has hecho. En los Refugios. En el bosquecillo de los Khor. Cuando cambiaste las anguilas en Urmank.

—Acciones desesperadas, acciones de un terrestre frenético.

Zap 210 siguió mirando al ventoso océano.

—Si eres un terrestre, ¿qué haces aquí en Tschai?

—Mi espacionave se estrelló en las estepas de Kotan. He construido otra en Sivishe.

—Hummm... ¿Es realmente la Tierra un paraíso?

—La gente de la Tierra no sabe nada de Tschai. Es importante que sepan.

—¿Por qué?

—Por una docena de razones. La más importante, que los Dirdir efectuaron ya incursiones sobre la Tierra; pueden decidir volver.

Ella le lanzó una vez más su rápida mirada de soslayo.

—¿Tienes amigos en la Tierra?

—Por supuesto.

—¿Vivías allí en una casa?

—En cierto modo.

—¿Con una mujer? ¿Y tus hijos?

—Sin mujer ni hijos. He sido un espacionauta toda mi vida.

—Y cuando regreses... ¿qué harás?

—En estos momentos no pienso en nada más allá de Sivishe.

—¿Vas a llevarme contigo?

Reith la rodeó con su brazo.

—Sí. Te llevaré conmigo.

Ella lanzó un pequeño suspiro de alivio. Señaló hacia delante.

—Más allá de donde brilla la luz... hay una isla.

La isla, una gran roca de desnudo basalto negro, era la primera de una miríada que salpicaba la superficie del mar. La zona era el hogar de una extraña raza de animales como los que Reith nunca había visto antes. Cuatro oscilantes alas sostenían un conjunto de tentáculos rosados y un tubo central que terminaba en un ojo bulboso. Las criaturas derivaban hacia arriba y hacia abajo, sumergiéndose de pronto para atrapar a algún pequeño y agitante animal marino. Unas cuantas de ellas derivaron hacia el Nhiahar; los tripulantes retrocedieron amedrentados y se refugiaron en el castillo de proa.

El capitán, que había subido a la proa, se burló despectivo de ellos.

—Los consideran las entrañas y los ojos de los marineros ahogados. Navegamos por el Canal de los Muertos; esas rocas con los Dientes del Osario.

—¿Cómo navegáis de noche?

—No lo sé—dijo el capitán—, porque nunca lo he intentado. Ya es bastante arriesgado durante el día. Alrededor de cada una de esas rocas hay como un centenar de cráneos y blancos huesos amontonados. ¿Observas la tierra ahí delante, a lo lejos? ¡Es Kislovan! Mañana estaremos amarrados en Kazain.

A medida que se acercaba el atardecer, largos jirones de nubes cruzaron el cielo, y el viento empezó a gemir. El capitán llevó el Nhiahar al amparo de una de las más grandes rocas negras, acercándose más, y más, y más, hasta que la proa casi rozó la húmeda piedra negra. Entonces fue echada el ancla, y el Nhiahar quedó inmovilizado en una relativa seguridad mientras el viento se convertía en una chillante galerna. Grandes olas se estrellaban contra los negros peñascos; la espuma se alzaba alta y caía lentamente, como en movimiento retardado. El mar parecía hervir; el Nhiahar se bamboleaba, tirando del cable del ancla, luego flotando libre, como si hubiera conseguido romperlo.

Con la llegada de la oscuridad el viento murió. Durante un largo período de tiempo la borrasca agitó el mar, pero el amanecer mostró los Dientes del Osario alzándose como monumentos arcaicos sobre un mar de cristal marrón. Más allá se alzaba la masa del continente.

Avanzando por entre los Dientes del Osario con ayuda del motor auxiliar, el Nhiahar enfiló al mediodía una larga y estrecha bahía, y a finales de la tarde atracaba en el puerto de Kazain.

En el muelle, dos Hombres-Dirdir se detuvieron para observar al Nhiahar. Su casta era alta, quizá Inmaculados; eran jóvenes y vanos; llevaban sus falsas refulgencias caídas hacia un lado, resplandeciendo intensamente. Reith sintió que el corazón se le subía a la garganta por miedo de que hubieran sido enviados a tomarle en custodia. No había hecho planes para una contingencia así; sudó hasta que la pareja se alejó en dirección al asentamiento Dirdir en el extremo de la bahía.

No hubo formalidades en el muelle; Reith y Zap 210 llevaron sus pertenencias a tierra y, sin ninguna interferencia, fueron hasta la terminal del servicio público. Un vehículo de ocho ruedas estaba a punto de partir hacia el cuello de Kislovan; Reith reservó la acomodación más lujosa posible: un cubículo con dos hamacas en la parte de atrás, con acceso a la plataforma posterior.

Una hora más tarde el vehículo abandonaba Kazain. Durante un tiempo la carretera trepó hacia las tierras altas costeras, ofreciendo una espléndida vista sobre el Canal de los Muertos y los Dientes del Osario. A los ocho kilómetros hacia el norte la carretera giraba hacia el interior. Durante el resto del día el vehículo traqueteó al lado de campos de habas trepadoras, bosques de blancos manzanos-fantasma, algún ocasional pueblecito.

A última hora de la tarde el vehículo se detuvo en un aislado albergue, donde los cuarenta y tres pasajeros cenaron. Casi la mitad de ellos parecían Grises; el resto eran gente que Reith no pudo identificar. Un par de ellos podían ser hombres de las estepas de Kotan; algunos eran concebiblemente saschaneses. Dos mujeres de amarilla piel con atuendos de escamas negras eran casi con toda seguridad gente de las marismas de la orilla norte del Segundo Mar. Los distintos grupos procuraron tener el menor contacto entre ellos, cenando y volviendo inmediatamente a bordo del transporte. Reith sabía que la

indiferencia era fingida; cada uno había calibrado la exacta calidad de todos los demás con una precisión más allá de todo lo que Reith pudiera suponer.

— A muy primera hora de la mañana el vehículo reanudó la marcha, y el amanecer los sorprendió ascendiendo por el borde de la meseta central. Carina 4269 se alzó para iluminar una enorme sabana salpicada de matorrales de alumes, árboles-horca, enormes setas y extensiones de hierba espinosa.

Así transcurrió el día, y cuatro más: un viaje del que Reith apenas se dio cuenta, sumido en su creciente tensión. En los Abrigos, en el gran canal subterráneo, a lo largo de las orillas del Segundo Mar, en Urmank, incluso a bordo del Nhiahar, había estado tranquilo con la paciencia de la desesperación. Las apuestas eran de nuevo altas. Esperaba, temía, deseaba que el vehículo fuera más rápido, se encogía ante el pensamiento de lo que podía encontrar en el almacén junto a las llanuras de sal de Sivishe. Zap 210, reaccionando a la tensión de Reith, o quizá abrumada por sus propias tensiones, se retiró en sí misma, dedicando poco interés al paisaje que pasaba por su lado.

Cruzando la meseta central, descendiendo por entre masas desmoronadas de erosionado granito, atravesando un paisaje lleno de granjas de hoscos Grises... el transporte prosiguió su camino. Empezaron a aparecer signos de la presencia de los Dirdir: un otero gris erizado con torres púrpuras y escarlatas, dominando un estrecho valle, amurallado por empinados precipicios, que servía a los Dirdir como terreno de caza. Al sexto día una cordillera montañosa se alzó ante ellos: la parte de atrás de los acantilados que dominaban Hei y Sivishe. El viaje estaba tocando a su fin. El vehículo se bamboleó durante toda la noche a lo largo de una polvorienta carretera a la luz de las lunas rosa y azul.

Las lunas se pusieron; el cielo oriental adquirió el color de la sangre seca. El amanecer llegó como una explosión de escarlatas oscuros, naranjas cobrizos, sepias, en el cielo. Frente a ellos apareció el golfo de Ajzan y el arracimamiento de Sivishe. Dos horas más tarde el transporte público penetraba en la terminal de Sivishe, junto al puente.

11

Reith y Zap 210 cruzaron el puente entre la habitual multitud de Grises yendo y viniendo de sus trabajos en las factorías de Hei.

Sivishe era dolorosamente familiar: el entorno de tanta pasión y dolor hizo latir con fuerza el corazón de Reith. Si, por una fantástica suerte, regresaba a la Tierra, ¿podría olvidar alguna vez los acontecimientos de los que había sido protagonista en Sivishe?

—Ven —murmuró—. Por aquí, a la plataforma de transporte.

La plataforma crujía y gruñía; los barrios miserables de Sivishe quedaron atrás; alcanzaron la parada más meridional, tras la que la plataforma giró hacia el este, hacia la orilla de Ajzan. Allá delante se extendían las llanuras de sal, con una carretera serpenteando hasta el depósito de materiales de construcción de Aila Woudiver.

Todo parecía como siempre: montones de grava, arena, escoria. A un lado se alzaba la excéntrica oficina de Woudiver, más allá del almacén. No había ninguna actividad; ninguna silueta moviéndose, ningún carromato. Las grandes puertas del almacén estaban cerradas; las paredes parecían más torcidas que nunca. Reith aceleró el paso; avanzó a largas zancadas por el camino, con Zap 210 caminando tras él, luego corriendo, luego caminando de nuevo.

Reith alcanzó el lugar. Miró a su alrededor. Desolación. Ni un sonido, ni un movimiento. Silencio. El almacén parecía a punto de desmoronarse, como si hubiera resultado dañado por una explosión. Reith se dirigió a la entrada lateral, miró dentro. El lugar estaba vacío. La nave había desaparecido. El techo estaba como arrancado y colgaba en jirones. El taller y las estanterías de las piezas estaban hechos añicos.

Reith se volvió. Miró durante largo rato a las llanuras de sal. ¿Y ahora qué?

No tenía ninguna idea. Su mente estaba vacía. Se alejó lentamente del almacén, retrocediendo de espaldas, mirándolo. Sobre la entrada principal alguien había garabateado: ONMALE. Aquél era el nombre del jefe-emblema llevado por Traz cuando Reith lo había conocido por primera vez en las estepas de Kotan. La palabra horadó como una barrena la embotada consciencia de Reith. ¿Dónde estaban Traz y Anacho?

Fue a la oficina y miró dentro. Allá, mientras dormía, había sido anestesiado por un gas; los Gzhindra lo habían metido en un saco y se lo habían llevado. Ahora había otra persona tendida en el camastro... un viejo, dormido. Reith golpeó la pared con los nudillos. El viejo despertó, abrió primero un reumático ojo, luego el otro. Echándose su capa gris sobre los hombros, se puso trabajosamente en pie.

—¿Quién hay ahí? —exclamó.

Reith echó a un lado la cautela que en circunstancias normales hubiera debido usar.

—¿Dónde están los hombres que trabajaban aquí?

La puerta se abrió de par en par; el hombre salió, miró a Reith de pies a cabeza.

—Algunos se fueron por un lado, otros se fueron por otro. Uno se fue... allá. —Señaló con un retorcido dedo hacia la Caja de Cristal.

—¿Quién fue ése?

De nuevo el cauteloso escrutinio.

—¿Dónde estabas tú, que no te has enterado de las noticias que corrieron por todo Sivilshe?

—Soy un viajero —dijo Reith, intentando mantener su voz calmada—. ¿Qué ocurrió aquí?

—Te pareces a un hombre llamado Adam Reith —dijo el cuidador del lugar—. Al menos ésa era su descripción. Pero Adam Reith podría darme el nombre de un Lokhar y el nombre de un Thang, que solamente él conocería.

—Zarfo Detwiler es un Lokhar; conocí en una ocasión a Issam el Thang.

El cuidador miró furtivamente a su alrededor. Sus ojos se posaron suspicaces en Zap 210.

—¿Y ésta quién es?

—Una amiga. Me conoce como Adam Reith; puede confiarse en ella.

—Tengo instrucciones de no confiar en nadie, sólo en Adam Reith.

—Yo soy Adam Reith. Dime lo que tengas que decirme.

—Ven aquí. Te haré una última pregunta. —Llevó a Reith hacia un lado y susurró en su oído—: En Coad, Adam Reith conoció a un noble Yao.

—Su nombre era Dordolio. Ahora, ¿cuál es lo mensaje?

—No tengo ningún mensaje.

La impaciencia de Reith abrumó casi su contención.

—Entonces, ¿por qué haces estas preguntas?

—Porque Adam Reith tiene un amigo que desea verle. Tengo que llevar a Adam Reith en presencia de ese amigo, a mi discreción.

—¿Quién es ese amigo?

El viejo agitó su dedo.

—¡Calma! Yo nunca respondo a las preguntas. Obedezco instrucciones nada más, y así me gano lo que me pagan.

—Bien, entonces, ¿cuáles son tus instrucciones?

—Tengo que conducir a Adam Reith a un cierto lugar. Luego mi misión habrá terminado.

—Muy bien. Vamos.

—Cuando estés listo.

—Ahora.

—Entonces ven. —El viejo echó a andar por el camino, con Reith y Zap 210 detrás.

El viejo se detuvo.

—Ella no. Sólo tú.

—Ella viene conmigo.

—Entonces no podemos ir, y yo no sé nada.

Reith discutió, amenazó y halagó, sin ningún resultado.

—¿Está muy lejos ese lugar? —preguntó al fin.

—No muy lejos.

—¿Un kilómetro? ¿Dos kilómetros?

—No muy lejos. Podemos estar de vuelta en poco tiempo. ¿Por qué dudas? La mujer no echará a correr. Si lo hace, búscate otra. Ése era mi estilo cuando era un joven como tú.

Reith estudió el paisaje: la carretera, las dispersas chozas al borde de las llanuras de sal, las mismas llanuras de sal. No era visible ningún ser vivo: una tranquilidad negativa, en el mejor de los casos. Reith miró a Zap 210. Ella le devolvió la mirada con una incierta sonrisa. Una parte independiente del cerebro de Reith observó que allí, por primera vez, Zap 210 había sonreído... una trémula sonrisa de incomprensión, pero pese a todo una auténtica sonrisa. Reith dijo con voz hosca:

—Entra en la cabina; cierra la puerta por dentro. No abras a nadie. Volveré tan pronto como pueda.

Zap 210 se metió en la cabina. La puerta se cerró; el cerrojo interior sonó al encajar en su lugar. Reith dijo al viejo:

—Apresúrate. Llévame con mi amigo.

—Por aquí.

El viejo cojeó silenciosamente camino adelante, y al cabo de unos momentos giró hacia un lado por un sendero que conducía cruzando las llanuras de sal hacia el amontonamiento de chozas al extremo de Sivishe. Reith empezó a sentirse nervioso e inseguro. Preguntó:

—¿Dónde vamos?

El viejo hizo un vago gesto hacia delante.

—¿Quién es el hombre al que vamos a ver? —preguntó Reith.

—Un amigo de Adam Reith.

—¿Es acaso... Aila Woudiver?

—No me está permitido dar nombres. No puedo decirte nada.

—Apresúrate.

El viejo siguió su camino, cojeando, hacia una choza algo apartada de las demás, una antigua estructura de desmoronantes ladrillos grises. El viejo se detuvo ante la puerta, llamó, luego retrocedió unos pasos.

Alguien se agitó en el interior. Tras la única ventana hubo un atisbo de movimiento. La puerta se abrió. Ankhe at afram Anacho miró al exterior. Reith lanzó un enorme suspiro. El viejo chirrió:

—¿Es ése el hombre?

—Sí —dijo Anacho—. Es Adam Reith.

—Entonces dame mi dinero. Estoy ansioso por terminar con este trabajo.

Anacho se metió en la choza y volvió con una bolsa tintineante de sequins.

—Aquí está tu dinero. Vuelve dentro de un mes. Habrá otra bolsa aguardándote si en ese tiempo has sabido contener lo lengua.

El viejo tomó la bolsa y se fue.

—¿Dónde está Traz? —preguntó Reith—. ¿Dónde está la nave?

Anacho agitó su larga y pálida cabeza.

—No lo sé.

—¿Qué?

—Esto es lo que ocurrió. Fuiste secuestrado por los Gzhindra. Aila Woudiver fue herido, pero no murió. Tres días después de ocurrir todo los Hombres-Dirdir acudieron en busca de Aila Woudiver, y se lo llevaron a rastras a la Caja de Cristal. Se quejó, suplicó, chilló, pero se lo llevaron. Más tarde oí que había proporcionado una caza espectacular, corriendo alocadamente como un toro salvaje, bramando con toda la potencia de sus pulmones. Los Hombres-Dirdir vieron la nave cuando acudieron a llevarse a Aila Woudiver; temimos que regresaran. La nave estaba lista para volar, así que decidimos sacarla de Sivishe. Quedamos en que yo me quedaría, para esperarte. En plena noche Traz y los técnicos hicieron despegar la nave, y volaron hacia un lugar que Traz dijo que tú conocerías.

—¿Dónde?

—No lo sé. Por si era atrapado, no quería saberlo para que no pudieran obligarme a traicionaros. Traz escribió «Onmale» en el almacén. Dijo que tú sabrías dónde ir.

—Volvamos al almacén. Dejé allí a una amiga.

—¿Sabes lo que significa eso de «Onmale»? —preguntó Anacho.

—Creo que sí. Pero no estoy seguro.

Regresaron por donde Reith había venido. Reith preguntó:

—¿Podemos utilizar todavía el vehículo aéreo?

—El pago del aparcamiento y custodia está al día. No veo ninguna razón por la que debamos tener alguna dificultad.

—Entonces, la situación no es tan mala como podría haber sido... He pasado por un interesante conjunto de experiencias. —Le contó a Anacho algo de sus aventuras—.

Escapé de los Abrigos. Pero en la orilla del Segundo Mar los Gzhindra empezaron a seguirnos. Quizá fueron contratados por los Khor; quizá los Pnume los enviaron tras nosotros. Vimos Gzhindra en Urmank, probablemente los mismos Gzhindra abordaron el Nhiahar. Por todo lo que sé, están aún en las islas Saschanesas. Al parecer, desde entonces no hemos sido seguidos, y me gustaría abandonar Sivishe antes de que nos localicen de nuevo.

—Estoy preparado para partir en cualquier instante —dijo Anacho—. La suerte puede abandonarnos de un momento a otro.

Giraron hacia el camino que conducía al viejo almacén de Woudiver. Reith se detuvo en seco. Era como había temido en las más profundas y oscuras capas de su subconsciente. La puerta de la oficina estaba abierta de par en par. Reith echó a correr, con Anacho a sus talones.

Zap 210 no estaba por ninguna parte en la oficina ni en el desmoronante almacén. No se la veía por ninguna parte.

Directamente delante de la oficina el suelo estaba encharcado; podían divisarse claramente las huellas de unos estrechos pies desnudos.

—Gzhindra —dijo Anacho—. O Pnumekin. Nadie más puede dejar esas huellas.

Reith miró hacia las llanuras de sal, tranquilas a la luz ambarina de la tarde. Imposible buscar, imposible echar a correr por la inhóspita extensión salina, mirando y llamando. ¿Qué podía hacer? Era impensable no hacer nada... Pero, ¿y Traz, y la espacionave, y el regreso a la Tierra que ahora se revelaba realizable? La idea brotó de su mente como un madero arrojado por la resaca, luego volvió a hundirse, arrastrado de nuevo por el mar, sin dejar más que una imagen residual, apenas una sombra. Reith se sentó sobre una vieja caja. Anacho observó unos instantes, su largo y blanco rostro tenso y melancólico, como un payaso enfermo. Finalmente, con una voz un tanto hueca, dijo:

—Será mejor que nos marchemos ahora mismo.

Reith se frotó la frente.

—No puedo irme ahora. Tengo que pensar.

—¿En qué hay que pensar? Si los Gzhindra se la han llevado, olvídala.

—Me doy cuenta de eso.

—En este caso, no puedes hacer nada.

Reith miró hacia los acantilados.

—Será llevada de vuelta al mundo subterráneo. La suspenderán encima de un oscuro abismo y, al cabo de un tiempo, la dejarán caer.

Anacho alzó los hombros en un gesto resignado.

—No puedes alterar ese hecho lamentable, de modo que échalo fuera de lo mente. Traz nos aguarda con la nave espacial.

—Pero puedo hacer algo —dijo Reith—. Puedo ir tras ella.

—¿Al mundo subterráneo? ¡Es una locura! ¡Nunca regresarás!

—Regresé la primera vez.

—Por una casualidad.

Reith se puso en pie.

—Nunca vas a regresar —dijo Anacho desesperadamente—. ¿Y Traz? Te aguardará por toda una eternidad... inútilmente. No puedo decirle que lo has sacrificado todo... porque no sé dónde está.

—No tengo ninguna intención de sacrificarlo todo —dijo Reith—. Pienso volver.

—¡Por supuesto! —declaró Anacho con una risotada de enorme burla—. Esta vez los Pnume se asegurarán. Colgarás sobre el abismo negro al lado de la muchacha.

—No —dijo Reith—. No me colgarán sobre ningún abismo. Me quieren para Posteridad.

Anacho alzó desesperado los brazos.

—¡Nunca lo comprenderé, eres el más obstinado de los hombres! ¡Ve al mundo subterráneo! ¡Ignora a tus fieles amigos! ¡Haz lo que creas conveniente, aunque sea lo peor que puedas hacer! ¿Cuándo piensas ir abajo? ¿Ahora?

—Mañana —dijo Reith.

—¿Mañana? ¿Por qué ese retraso? ¿Por qué privar a los Pnume de lo compañía ni un solo instante?

—Porque esta tarde tengo que hacer algunos preparativos. Acompáñame; vamos a la ciudad.

12

Al amanecer, Reith acudió al borde de las llanuras de sal. Allí, unos meses antes, él y sus amigos habían detectado las señales de Aila Woudiver a los Gzhindra. Reith llevaba también consigo un espejo; mientras Carina 4269 se alzaba en el cielo, lanzó el reflejo de un lado a otro por las llanuras de sal.

Pasó una hora. Reith siguió haciendo destellar metódicamente el espejo, aparentemente sin ningún resultado. Luego, de la nada, o ésa fue la impresión que dieron, aparecieron dos figuras oscuras. Se detuvieron a casi un kilómetro de distancia, mirando hacia Reith. Éste hizo destellar el espejo. Se acercaron paso a paso, como fascinadas. Reith acudió a su encuentro. Se acercaron gradualmente, y al fin se detuvieron a quince metros de distancia.

Transcurrió un minuto. Los tres se estudiaron mutuamente. Los rostros de los Gzhindra quedaban ocultos bajo sus sombreros negros de ancha ala; ambos eran pálidos y en cierto modo vulpinos, con largas narices afiladas y brillantes ojos negros. Finalmente se acercaron más. Uno de ellos dijo con voz suave:

—Eres Adam Reith.

—Soy Adam Reith.

—¿Por qué nos has hecho señales?

—Ayer vinisteis a llevaros a mi compañera.

Los Gzhindra no dijeron nada.

—Es cierto, ¿no? —insistió Reith.

—Es cierto.

—¿Por qué lo hicisteis?

—Recibimos el encargo de hacerlo.

—¿Qué habéis hecho con ella?

—La entregamos en el lugar que nos fue indicado.

—¿Dónde está ese lugar?

—Allá.

—¿Habéis recibido el encargo de apoderaros también de mí?

—Sí.

—Muy bien —dijo Reith—. Id delante. Yo os seguiré.

Los Gzhindra se consultaron en susurros. Uno de ellos dijo:

—Esto no es posible. No nos gusta caminar con alguien a nuestras espaldas.

—Por una vez, podéis tolerar la sensación —dijo Reith—. Después de todo, así cumpliréis con vuestro encargo.

—Cierto, si todo va bien. Pero, ¿y si decides quemarnos con un arma?

—En ese caso ya lo hubiera hecho —dijo Reith—. Por el momento lo único que me interesa es encontrar a mi compañera y traerla de vuelta a la superficie.

Los Gzhindra lo observaron con una curiosidad impersonal.

—¿Por qué no caminas delante?

—No sé dónde hay que ir.

—Nosotros te dirigiremos.

Reith habló tan secamente que su voz pareció crujir.

—Id delante. Es mucho más fácil que llevarme en un saco.

Los Gzhindra se susurraron de nuevo, agitando las comisuras de sus delgadas bocas, sin apartar sus ojos de Reith. Finalmente se dieron la vuelta y echaron a andar lentamente por las llanuras de sal.

Reith los siguió, a unos quince metros de distancia. Siguieron un sendero casi invisible, que a veces desaparecía por completo. Caminaron un kilómetro, dos kilómetros. El almacén y la oficina se empequeñecieron hasta convertirse en pequeñas manchas rectangulares; Sivishe se convirtió en un brumoso amontonamiento gris en el horizonte septentrional.

Los Gzhindra se detuvieron y se volvieron hacia Reith, que creyó detectar un fugitivo ramalazo de alegría en sus ojos.

—Acércate —dijo uno de los Gzhindra—. Debes permanecer junto a nosotros.

Reith avanzó cautelosamente. Extrajo la pistola de energía que había adquirido la tarde anterior y la mostró.

—Esto es una simple precaución. No deseo ser muerto ni drogado. Quiero llegar vivo a los Abrigos.

—¡No temas, no temas! ¡No tengas dudas a este respecto! —dijeron los Gzhindra, casi a coro—. Retira esa arma; no sirve de nada.

Reith mantuvo la pistola en su mano mientras se acercaba a los Gzhindra.

—¡Más cerca, más cerca! —urgieron—. Sitúate dentro de la zona marcada de negro.

Reith se colocó encima de la zona indicada, que inmediatamente se hundió. Los Gzhindra permanecían inmóviles, tan cerca ahora que Reith podía ver las diminutas arrugas en la piel de sus rostros. Si se sentían alarmados por su pistola, no lo reflejaron en absoluto.

El ascensor camuflado descendió cinco metros; los Gzhindra salieron a un pasadizo de paredes de cemento. Miraron por encima de sus hombros a hicieron un gesto.

—Aprisa. —Echaron a andar en una especie de trote oscilante, sus capas revoloteando de lado a lado. Reith les siguió. El pasadizo se inclinaba hacia abajo; correr por él no

representaba ningún esfuerzo apreciable. El pasadizo se niveló, luego de pronto terminó al borde del agua; más allá se abría un canal. Los Gzhindra hicieron un gesto a Reith señalándole un bote; ellos mismos ocuparon sendos asientos en él. El bote empezó a deslizarse por la superficie, guiado automáticamente por el centro mismo del canal.

Viajaron durante media hora. Reith miraba hoscamente hacia delante. Los Gzhindra permanecían sentados, rígidos y silenciosos como negras imágenes esculpidas.

El canal desembocó en una corriente de agua más amplia; el bote se desvió hacia un muelle. Reith saltó a la orilla; los Gzhindra le siguieron, y Reith ignoró su expresión de alegría con toda la dignidad que pudo reunir. Le hicieron signo de que aguardara; finalmente, un Pnumekin apareció de entre las sombras. Los Gzhindra murmuraron algunas palabras al aire, que el Pnumekin pareció ignorar, luego volvieron al bote y se alejaron, lanzando pálidas miradas hacia atrás. Reith se quedó a solas en el muelle con el Pnumekin, que finalmente dijo:

—Ven, Adam Reith. Te hemos estado esperando.

—La joven que fue traída hasta aquí abajo ayer—dijo Reith—. ¿Dónde está?

—Ven.

—¿Adónde?

—Los *zuzhma kastchai* te están aguardando.

Una sensación como de una corriente de aire frío erizó la piel en la nuca de Reith. Por su mente reptaron furtivas dudas, que intentó echar a un lado. Había tomado todas las precauciones en que había sido capaz de pensar; su efectividad quedaba por probar.

El Pnumekin le hizo un gesto.

—Ven.

Reith le siguió, reluciente. Descendieron por un corredor en zigzag revestido con paneles de pulido pedernal negro, acompañados por reflejos y sombras movientes. Reith empezó a sentirse como mareado. El corredor se abrió y desembocó en una estancia de negros espejos; Reith avanzaba ahora en un estado de desconcertado asombro. Siguió al Pnumekin hasta una columna central, donde abrieron una puerta.

—A partir de aquí debes continuar solo, hasta Posteridad.

Reith miró al otro lado de la puerta, a un pequeño cubículo revestido con una sustancia como vellocino plateado.

—¿Qué es esto?

—Entra.

—¿Dónde está la joven que fue traída aquí ayer?

—Entra por esta puerta.

—Quiero hablar con los Pnume —dijo Reith, dominado por la rabia y la aprensión—. Es importante que lo haga.

—Entra aquí . Cuando se abra de nuevo la puerta, sigue el camino hasta Posteridad.

Reith miró fijamente al Pnumekin, en un estado de furia enfermiza. El pálido rostro le devolvió la mirada con la misma indiferencia que un pez. Exigencias, amenazas, brotaron en la garganta de Reith, únicamente para asfixiarse y morir. Cualquier retraso, cualquier pérdida de tiempo, podía tener como resultado terribles consecuencias. Aquel pensamiento hizo que su estómago se constriñera. Penetró en el cubículo.

La puerta se cerró. El cubículo descendió, cayendo a una velocidad rápida pero controlada. Pasó un minuto. El cubículo se detuvo. Una nueva puerta se abrió. Reith salió a una completa y aterciopelada oscuridad. A sus pies se encendió un rastro de amarillos puntos luminosos que se perdían allá delante en la lobreguez. Reith miró en todas direcciones. Escuchó. Nada. Ningún sonido, ninguna presión de presencias vivas. Lastrado por una sensación de fatalidad, echó a andar siguiendo el rastro señalado en el suelo.

La línea de puntos luminosos serpenteaba hacia uno y otro lado. Reith fue siguiéndolos meticulosamente, temiendo lo que pudiera haber a ambos lados. En una ocasión creyó oír un lejano rugido sordo, como de aire brotando desde alguna enorme profundidad.

La oscuridad se hizo menor, casi imperceptiblemente, debido a un resplandor procedente de alguna fuente desconocida. De pronto, sin advertencia previa, llegó al borde de un abismo al fondo del cual se divisaba un penumbroso paisaje, un lugar de objetos débilmente silueteados por una luminosidad oro o plata. A sus pies un largo tramo de escaleras conducía hacia abajo; Reith inició el descenso, peldaño a peldaño.

Alcanzó el fondo y se detuvo en medio de un incontrolable espasmo de terror; frente a él se erguía un Pnume.

Reith reunió todos los jirones de su voluntad. Con una voz tan firme como pudo conseguir, dijo:

—Soy Adam Reith. He venido aquí en busca de la joven, mi compañera, que os llevasteis ayer. Tráela aquí inmediatamente.

De la forma que se erguía ante él brotó el ronco susurro Pnume:

—¿Eres Adam Reith?

—Sí. ¿Dónde está la mujer?

—¿Viniste aquí desde la Tierra?

—¿Qué hay de la mujer? ¡Dímelo!

—¿Por qué viniste al viejo Tschai?

Un rugido de desesperación brotó de la garganta de Reith.

—¡Responde a mi pregunta!

La oscura forma se alejó deslizándose silenciosamente. Reith permaneció inmóvil unos instantes, indeciso entre quedarse o seguirle.

Las luminosidades oro y plata parecieron hacerse más brillantes; o quizá Reith había empezado a poner orden en las masas aparentemente sin relación. Empezó a ver siluetas y formas, esquemas como de pagodas, una hilera de columnas. Más allá aparecieron siluetas con aureolas oro y plata, sin significado todavía para su mente.

El Pnume se alejaba lentamente. La frustración de Reith alcanzó una intensidad que lo llevó casi al borde del desvanecimiento; luego experimentó una rabia que lo envió a grandes saltos tras el Pnume. Agarró el duro componente de su hombro y tiró; ante su completo asombro, el Pnume cayó como a la inversa, agitando los brazos y bajándolos para que le sirvieran de patas anteriores. Quedó con su superficie ventral hacia arriba, la cabeza agitándose extrañamente hacia abajo y hacia afuera, de tal modo que el Pnume adquirió el aspecto de un miembro de las jaurías nocturnas. Mientras Reith lo contemplaba con desconcierto y asombro, el Pnume saltó nuevamente en pie y miró a Reith con helada severidad.

Reith consiguió recuperar el uso de la palabra.

—Tengo que hablar con el responsable entre vosotros, y rápido. Lo que tengo que decir es urgente... itanto para vosotros como para mí!

—Esto es Posteridad —dijo la ronca voz—. Tales palabras no tienen significado aquí.

—Pensarás de modo distinto cuando me oigas.

—Ven a ocupar tu lugar en Posteridad. Eres esperado. —La criatura echó a andar de nuevo. Lágrimas de rabia e impotencia asomaron en los ojos de Reith; una enorme maldición golpeó contra la parte de atrás de sus dientes. Si le había ocurrido algo a Zap 210, iban a pagarlo, icómo iban a pagarlo!, independientemente de las consecuencias.

Caminaron por un espacio de tiempo, y al fin cruzaron una puerta encolumnada a un nuevo reino subterráneo: un lugar que Reith asoció con algún elegante jardín conmemorativo de la vieja Tierra.

A todo lo largo y ancho de la perspectiva oro y plata se agitaron unas oscuras siluetas. Reith no tuvo oportunidad de especular. Algunas de esas siluetas avanzaron; vio que eran Pnume; su extrema discreción le hizo comprender que eran del más alto status. Enfrentado a aquella veintena de sombras en las sombras de aquel hechizado rincón de Posteridad, no pudo evitar el pensar si tenía aún intactos todos sus sentidos. ¿Estaba completamente cuerdo? En aquel entorno, los procesos mentales ordinarios eran inaplicables. Debía imponer por medio de la más brutal energía su voluntad personal sobre aquel aberrante entorno de los Pnume.

Miró a su alrededor, al sombrío grupo.

—Soy Adam Reith —dijo—. Soy un terrestre. ¿Qué deseáis de mí?

—Tu presencia en Posteridad.

—Estoy aquí —dijo Reith—, pero tengo intención de marcharme de nuevo. Vine por voluntad propia; ¿sois conscientes de ello?

—Hubieras venido en cualquier circunstancia.

—Falso. No hubiera venido. Vosotros secuestrasteis a mi amiga, una joven. Vine a llevármela y a devolverla a la superficie.

Los Pnume, como obedeciendo a una señal, dieron simultáneamente un paso al frente: un movimiento siniestro, la acción de una pesadilla.

—¿Y cómo esperas conseguirlo? Esto es Posteridad.

Reith pensó unos instantes.

—Vosotros, los Pnume, lleváis mucho tiempo viviendo en Tschai.

—Mucho, mucho; somos el alma de Tschai. Somos el mundo en sí.

—Otras razas viven en Tschai; son gente más poderosa que vosotros.

—Ellos vienen y van: sombras coloreadas para divertirnos. Los expulsamos cuando así lo deseamos.

—¿No teméis a los Dirdir?

—No pueden alcanzarnos. No saben nada de nuestros preciosos secretos.

—¿Y si los supieran?

Las formas oscuras se acercaron, al unísono, otro lento paso.

—¿Y si los Dirdir supieran todos vuestros secretos? —dijo Reith con voz alta y dura—. ¿Si supieran de todos vuestros túneles y pasadizos y salidas?

—Una situación grotesca que nunca puede llegar a ser real.

—Pero puede ser real. Yo puedo hacerla real. —Reith extrajo de entre sus ropas un portafolios de cuero azul—. Examinad esto.

Los Pnume aceptaron circunspectos el portafolios.

—¡Es el Mapa Maestro perdido!

—Falso de nuevo —dijo Reith—. Es una copia.

Los Pnume emitieron un sonido parecido a un gemido sordo, y Reith pensó de nuevo en las jaurías nocturnas; había oído a menudo aquella suaves llamadas en las estepas de Kotan.

Los tristes y medio susurrados lamentos cesaron. Los Pnume permanecían formando un rígido semicírculo. Reith pudo captar su emoción; era casi palpable, una loca e irresponsable ferocidad que hasta entonces sólo había asociado con los Phung.

—Tranquilos —dijo Reith—. El peligro no es inminente. Los mapas son una garantía de mi seguridad; estáis a salvo a menos que yo no regrese a la superficie. En este caso, los mapas serán entregados a los Chasch Azules y a los Dirdir.

—Intolerable. Los mapas deben ser mantenidos secretos. No hay alternativa.

—Eso es lo que esperaba que dijeseis. —Reith miró al semicírculo a su alrededor—. ¿Aceptáis mis condiciones?

—Todavía no las hemos oído.

—Quiero a la mujer que os llevasteis ayer. Si está muerta, planeo hacéroslo pagar muy caro. Me recordaréis durante largo tiempo; maldeciréis eternamente el nombre de Adam Reith.

Los Pnume guardaron silencio.

—¿Dónde está? —preguntó Reith con voz rasposa.

—Está en Posteridad, para ser cristalizada.

—¿Está viva? ¿O muerta?

—Todavía no está muerta.

—¿Dónde se encuentra?

—Al otro lado del Campo de los Monumentos, aguardando la preparación.

—Decís que aún no está muerta... ¿pero está viva y sin haber sufrido ningún daño?

—Está viva.

—Entonces sois afortunados.

Los Pnume lo contemplaron con incomprensión, y algunos componentes del grupo se alzaron de hombros de una forma casi humana.

—Traedla aquí o vayamos todos donde esté —dijo Reith—. Lo que resulte más rápido.

—Ven.

Avanzaron a través del Campo de los Monumentos: estatuas o simulacros representando gente de un centenar de razas distintas. Reith no pudo evitar el detenerse y mirar, fascinado.

—¿Quiénes o qué son todas estas criaturas?

—Episodios de la vida de Tschai, o lo que es lo mismo, de nuestras propias vidas. Aquí: los Shivvan, que vinieron a Tschai hace siete millones de años. Es un cristal muy antiguo, uno de los más viejos: el recuerdo de una lejana época. Más allá: los Gjee, que fundaron ocho imperios y fueron expulsados por los Fesa, los cuales a su vez huyeron ante la luz de la estrella roja Hsi. Más adelante: otros que han caído en el olvido hace ya mucho tiempo.

El grupo avanzó a lo largo de las avenidas. Los monumentos eran negros, orlados con un oro y un plata luminosos: criaturas cuadrúpedas, trípedas, bípedas; con cabezas, sacos cerebrales, redes nerviosas; con ojos, franjas ópticas, sensores flexibles, prismas. Aquí se alzaba una enorme masa con un pesado cráneo; blandía una espada de tres metros. Reith identificó a la criatura como un Chasch Verde. Cerca, un Chasch Azul azotaba a un grupo de agazapados Viejos Chasch, mientras tres Hombres-Chasch miraban desde un lado con ojos brillantes. Más allá había Dirdir y Hombres-Dirdir, escoltados por dos hombres y dos mujeres de una raza que Reith no pudo reconocer. A un lado, un único Wankh, solo y austero, vigilaba a un grupo de hombres dedicados a trabajos manuales. Más allá de esos grupos, excepto un único pedestal vacío, la avenida descendía solitaria hacia la negra orilla de un lento río negro, cuya superficie era señalada por derivantes remolinos plateados. Al lado del río había una jaula de barrotes plateados; agazapada dentro de la jaula estaba Zap 210. Contempló acercarse al grupo con rostro impasible. Vio a Reith; su rostro se crispó en opuestas emociones; dolor y alegría, alivio y desencanto. Había sido despojada de sus ropas de superficie; ahora llevaba únicamente una túnica blanca.

Reith tuvo problemas en controlar su voz; pero habló con firmeza.

—¿Qué le habéis hecho?

—Ha sido tratada con el Líquido Uno. Vigoriza y tonifica, y abre el camino al Líquido Dos.

—Traedla.

Zap 210 salió de la jaula. Reith tomó su mano, acarició su cabeza.

—Tranquila. Estás a salvo. Vamos a volver a la superficie. —Aguardó unos instantes inmóvil, en silencio, mientras ella lloraba de alivio y tensión nerviosa, con la cabeza hundida en su hombro.

Los Pnume se acercaron. Uno dijo:

—Exigimos la devolución de los mapas.

Reith consiguió lanzar una estentórea risa.

—Todavía no. Tengo otras peticiones que haceros... pero en otro lugar. Salgamos de aquí. Posteridad me oprime.

En la estancia de pulido mármol gris, Reith se enfrentó a los Ancianos Pnume.

—Soy un hombre; me siento molesto al ver a hombres de mi propia especie viviendo las vidas innaturales de los Pnumekin. no debéis criar más niños humanos, y los niños que están creciendo ahora deben ser transferidos a la superficie y mantenidos allí a vuestro cuidado hasta que sean capaces de valerse por si mismos.

—¡Pero eso significa el fin de los Pnumekin!

—Así parece. ¿Y por qué no? Vuestra raza tiene una antigüedad de siete millones de años o más. Solamente en los veinte o treinta mil años últimos habéis tenido Pnumekin a vuestro servicio. Su pérdida no representará un gran problema para vosotros.

—Si aceptamos... ¿qué hay de los mapas?

—Los destruiré todos menos algunas copias. Ninguna de ellas será entregada a vuestros enemigos.

—¡Esto es insatisfactorio! ¡Viviremos en constante temor!

—Esto no me preocupa. Necesito mantener un cierto control sobre vosotros, para garantizar que mis peticiones sean cumplidas. A su debido tiempo puede que os devuelva todos los mapas... en el momento en que lo crea oportuno.

Los Pnume murmuraron desconsolados entre sí unos instantes. Uno de ellos dijo, en un átono susurro:

—Tus peticiones serán cumplidas.

—En este caso, conducidnos de vuelta a las llanuras de sal de Sivishe.

Al atardecer, las llanuras de sal estaban tranquilas. Carina 4269 colgaba en un brumoso cielo tras los acantilados, resplandeciendo sobre las torres Dirdir. Reith y Zap 210 se acercaron al viejo almacén. La delgada silueta de Anacho apareció en la oficina. Avanzó a su encuentro.

—El vehículo aéreo está aquí. No hay nada que nos retenga en este lugar.

—Entonces apresurémonos. No puedo creer que estemos libres.

El vehículo aéreo partió de la parte de atrás del almacén y enfiló al Norte. Anacho preguntó:

—¿Adónde vamos?

—A las estepas de Kotan, al sur de donde tú y yo nos conocimos por primera vez.

Volaron durante toda la noche, sobre el desolado centro de Kislovan, luego por encima del Primer Mar y las marismas de Kotan.

Al amanecer llegaron al borde de las estepas, mientras Reith estudiaba el paisaje a sus pies. Cruzaron un bosque; Reith señaló un claro.

—Ahí: en este lugar llegué a Tschai. El campamento Emblema estaba al este. Ahí, junto a ese bosquecillo; en aquél lugar enterramos el Onmale. Desciende ahí.

El vehículo aterrizó. Reith salió y caminó lentamente hacia el bosque. Vio un resplandor de metal. Traz avanzó a su encuentro. Se detuvo en silencio mientras Reith se acercaba.

—Sabía que vendrías.

Traz había cambiado. Se había convertido en un hombre: en algo más que un hombre. Sobre su hombro llevaba un medallón de metal, piedra y madera. Reith dijo:

—Desenterraste el emblema.

—Sí. Me llamaba constantemente. Fuera a donde fuera por la estepa oía voces, todas las voces de todos los jefes Onmale, llamándome desde la oscuridad para que fuera a buscarles. Desenterré el emblema; ahora las voces han callado.

—¿Y la nave?

—Está preparada. Cuatro de los técnicos siguen aquí. Uno se quedó en Sivishe, otros dos perdieron su entusiasmo y terminaron marchándose a través de la estepa hacia Hedaijha.

—Cuanto más pronto partamos, mejor. Cuando me vea en el espacio creeré realmente que hemos escapado.

—Estamos preparados.

Anacho, Traz y Zap 210 entraron en la espacionave. Reith lanzó una última mirada al cielo. Se inclinó, acarició el suelo de Tschai, desmenuzó un grumo de tierra entre sus dedos. Luego él también entró en el poco estilizado casco. La esclusa fue cerrada y sellada. Los generadores zumbaron. La nave se alzó hacia el cielo. El rostro de Tschai se alejó; el planeta mostró su redondez, se convirtió en una esfera gris amarronada, y finalmente desapareció.

FIN

